narrativa izana

JUSTO SOTELO

Las mentiras inexactas

izanaeditores

Narrativa izana

Colección dirigida por Justo Sotelo

www.izanaeditores.com

Avenida de Machupichu, 17-3

28043 MADRID

Tel.: 91 388 00 40
e-mail: izanaeditores@izanaeditores.com

Diseño: Antonio Ramos

Preimpresión: Origen Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-945221-5-4

Para mis amigos de las Cuevas de Sésamo,

con los que compartí tantas noches

de vino y rosas

PRIMERA PARTE

1

Empujó la puerta y entró con curiosidad. La librería era de una altura considerable y estaba llena de estanterías y objetos insólitos: un libro de rock and roll situado sobre un mueble del siglo XVIII , otro de matemáticas junto a una guitarra eléctrica apoyada en una silla, una mesa camilla donde se juntaban el último ensayo sobre la *Vita Nuova,* una vieja edición del *Tristram Shandy* y la versión francesa de *Not fade away* . En otra mesa se veían libros de Kurt Vonnegut, Richard Brautigan y Colin McInnes. Se fijó en un piano de pared con velas construido en París a principios del siglo XX , un tocadiscos con cientos de discos de vinilo y varias esculturas de personajes mitológicos. En las paredes colgaban cuadros con planetas y estrellas, en un rincón había dos ordenadores y una impresora, y en otro un pequeño escenario con sillas. El joven librero le estrechó la mano y le pidió que se sentara y lo acompañara. Se llamaba Sergio Barrios y estaba leyendo una novela sobre la isla de la Tortuga, donde encerraban a los gatos en cajas con piedras y los tiraban al océano, frente a Port-de-Paix o la loma de Tina. Era una diversión inocente cuyo origen se desconocía, que practicaban para endurecer a las mujeres y aplacarlas más tarde de la manera más antigua, con el mayor deleite. La isla estaba recorrida por fantasmas, repleta de tesoros ocultos, de cuando los filibusteros conocían los secretos de la alquimia y convertían la pólvora en oro.

A mi padre le encantaba esta historia, dijo mostrándole la portada como si se tratase de algo singular, pero a mí no me convence. Prefiero la novela de Rabo Karabekian, un pintor tuerto, que mezcla las anfetaminas y las infinitas posibilidades de vivir en las nubes, añadió cogiendo otro libro.

Nora lo observó en silencio, mientras pensaba en la isla de la Tortuga y aquel mundo de piratas y tesoros escondidos con el que tanto había disfrutado en su juventud, hasta que se vio obligada a

leer cosas más serias. La universidad era un mundo difícil para una mujer con sus gustos, y empezó a mentir a sus compañeros hasta conseguir el puesto de profesora titular. Aun así, recordaba la leyenda de los Hermanos de la Costa, dispuestos a abrir fuego a la menor oportunidad.

Estoy haciendo un estudio sobre el futuro de la novela, dijo más relajada tras comprobar que aquel librero no se comía a nadie, pero soy incapaz de ir más allá de la novela posmoderna, una especie de agujero negro que lo devora todo. Entonces no te has equivocado de lugar, dijo el joven encendiéndose un cigarro. Aquí podrás vivir historias más próximas a la ficción que a la realidad. ¿Aunque las novelas ya no se impriman en papel?, sonrió ella tímidamente. Aunque las novelas ya no se impriman en papel…, repitió él, y añadió: Lo importante es vivir esas historias y luego llevarlas al papel o a la pantalla del ordenador. Hay gente afortunada que todavía no ha leído algunos libros imprescindibles, y desconoce la suerte que tiene. Yo no soy más que un intermediario, pero no cambiaría este trabajo por ningún otro. No creo que exista nada más divertido.

¿Sólo por eso? No llegó a hacerle esa pregunta, así que no se arriesgó a que le contestara que también quería ganar dinero o que los jóvenes se imaginan que el dinero lo es todo y cuando maduran comprueban que es cierto. Había conocido libreros que consideraban la literatura como un negocio, y ni siquiera leían sus propios libros.

Tampoco sé hacer otra cosa, dijo Sergio sin tragarse el humo, y quizá sea culpa de mi padre.

Lo primero que vio al abrir los ojos fueron libros, sobre las mesas, en el suelo, debajo de la cama, dentro del cuarto de baño, y cuadros rarísimos, un piano con velas siempre encendidas, los discos de una banda de rock que tardó en deletrear y una bañera que odiaba desde que su madre le metía en ella cada mañana, hiciera frío o calor. Qué obsesión tenía con que estuviera limpio. A los niños les encanta la suciedad; parecía mentira que su madre no lo supiera. Quizá por ello a partir de cierta edad decidió ducharse sólo una vez a la semana.

Inclinó la silla y miró de nuevo hacia las estanterías, como si

buscara algo que se le hubiera perdido. Nora separó la silla de la mesa, cruzó las piernas y se fijó en la suciedad del tragaluz. Aquel joven no era el típico librero que te desnuda con la mirada nada más abrir la puerta. Le gustaban sus gafas de diseño, y el pelo corto y en punta, incluso su reloj, que debía de tener más de veinte años. Llevaba un traje oscuro de Adolfo Domínguez (o un modista de ese estilo), una camisa de cuello afilado y una corbata lisa. Ella también se había puesto un traje de chaqueta, pero más tradicional, la inconfundible ropa de trabajo que impedía que nadie la intentase desnudar.

El joven se colocó las gafas, se levantó, volvió a sentarse, se quitó los zapatos, los miró, se los puso.

La plaza era como un mar de cerveza y cocaína, dijo rascándose la cabeza, y el hotel y el teatro le otorgaban un aire entre bohemio y aristocrático. Para encontrar el origen de la librería había que retroceder a finales del siglo XVIII , cuando la libertad y la igualdad eran desconocidas, la democracia nacía lejos y en España se ajusticiaba a garrote vil a putas y maricones. Según su padre, siempre había pertenecido a su familia, aunque él no había encontrado ningún documento que lo acreditara. La abrió un desertor del ejército español en Nápoles que no quería matar a gente que no conocía; sus grandes pasiones eran los libros y las mujeres, y durante varios años aquel lugar sirvió tanto de librería como de prostíbulo. El mismo rey fue uno de sus clientes habituales (del prostíbulo, no de la librería), y llegó a enamorarse de una de aquellas mujeres; quizá por eso muchos libros de esa primera época pertenecían a la biblioteca del Palacio Real. Con el tiempo acabaron en la Nacional, pero todavía conservaban algunos ejemplares. Más de un anticuario les había hecho suculentas ofertas, pero su padre siempre decía que era mejor pasar hambre que desprenderse de ellos. Aun así, tres o cuatro incunables habían terminado en las mesas de Sothebys para ser subastados, sobre todo en los momentos en que la librería pasaba por problemas de liquidez. El primer Barrios del que tenía noticia se hizo cargo de la librería en tiempos de la Segunda República, y lo fusilaron en las vallas del cementerio civil de la Almudena en 1936. Lo peor ocurrió tras la guerra; el escaparate aparecía roto casi cada mañana, y hasta la policía entró en varias ocasiones

para llevarse los libros que consideraban peligrosos para la moral pública. Una noche unos salvajes rompieron la cerradura, tiraron las estanterías y quemaron parte de los libros en medio de la plaza. La escena debió de ser tan delirante como surrealista.

Ahí tienes un buen argumento para una novela posmoderna, añadió con otro cigarro entre los dedos, mientras Nora llegaba a la conclusión de que había entrado en la librería más antigua de Madrid. Lo que no conseguía era desviar la mirada de sus ojos azules. El joven no le resultaba desconocido, pero en más de veinte años habría tenido miles de alumnos y no podía recordarlos a todos.

Sergio se levantó para atender a un cliente que llevaba un paraguas en una mano y un sombrero en la otra. Estaba calvo, cojeaba visiblemente de una pierna y el chaquetón de cuero le quedaba corto.

Lo que Nora no lograba quitarse de encima era su olor. Le gustaba lo que decía, pero su olor era más fuerte que sus palabras. Además empezaban a dolerle los ovarios; solía pasársele con una buscapina, aunque no sería la primera vez que terminaba en urgencias. En el último mes la habían atendido varias veces en la Clínica Moncloa, cerca del Puente de los Franceses, aunque por otro motivo. Su médico le dijo que tenía piedras en la vesícula, y había que quitársela. Las piedras no se formaban de un día para otro, y tal vez estuvieran allí desde hacía tiempo. La operación no entrañaba riesgos, pero tuvo que permanecer una semana sin comer. Las enfermeras la trataron de maravilla; se acercaban todas las mañanas para darle ánimos mientras seguía atada al cordón umbilical del suero. Las radiografías y el escáner descartaron más complicaciones.

¡Falsa alarma!, exclamó Sergio, cogiendo el cigarrillo que había dejado en el cenicero. Ese buen hombre buscaba una tienda de fotocopias. El otro día le robaron el dinero de la pensión al salir de la Caja de Ahorros, y teme que le quiten el carné de identidad en cualquier momento. Le he enviado al estanco, al otro lado de la plaza, aunque no sé si Mari Carmen continuará haciendo fotocopias.

Se sentó en el mismo sitio.

Lo cierto es que no le va bien el negocio…, dijo frunciendo las cejas. Un día de estos el gobierno va a prohibir que se fume, y lo mejor será apurar las existencias. La estanquera sueña con jubilarse y marcharse a su pueblo. Abrió el local tras la Guerra Civil, aunque nunca ha fumado.

¿Tienes seguro contra incendios?, le preguntó Nora estableciendo una sencilla asociación de ideas. No lo sé, dijo Sergio encogiéndose de hombros. Supongo que mi padre lo haría hace años.

Apuró el cigarro y aplastó la colilla en el cenicero. El humo tardó en difuminarse entre las estanterías.

Lo que me extraña es que el vigilante no lo impidiera, recuperó el incidente del viejo. Lo conozco desde hace tiempo, y es un valiente. Y lo mismo puede decirse del director de la oficina y el resto de empleados. Eso no significa que los robos sean infrecuentes en el barrio, porque te mentiría.

La profesora seguía dando vueltas a los libros que se consumían lentamente en medio de la plaza. El humo llegaba hasta los tejados, y la noticia aparecía en los principales periódicos del país.

Aquí mismo han entrado varias veces, añadió Sergio. Los ladrones suelen llevarse el poco dinero que encuentran en la caja y dejan los libros tranquilos. De alguna forma respetan el negocio.

El especial patrimonio de las librerías…, pensó Nora, deteniendo la mirada en el libro de rock.

Es posible que la novela no tenga futuro, no lo discuto, dijo Sergio poco después, aunque conozco a más de uno que mataría por una buena historia, como Justo Sotelo, uno de mis clientes habituales, que se ha empeñado en estudiar literatura en la universidad con cuarenta y tantos años. Es profesor de economía en una universidad privada, pero parece ser que no tiene bastante. Me gustaría conocerlo, dijo Nora, quizá le haya visto por la facultad. Cuando quieras te lo presento, dijo él, pero te advierto que es un tipo testarudo, sobre todo cuando divaga sobre los mundos paralelos. Asegura que vivimos en varios mundos a la vez sin saberlo; cada uno tiene sus normas y están conectados por

pasadizos interiores que permiten traspasar paredes, personas y épocas. Internet ha contribuido a la formación del nuevo laberinto; es un terremoto que no deja nada igual. La sociedad también cambió con la imprenta, y sus críticos tuvieron que aceptarlo. Mi padre quiso mantener abierta la librería más bohemia de Madrid olvidándose de Internet, y fue un error.

Quizá la Red estuviese cambiando la forma de leer, se dijo Nora tras coger una guía de Samarcanda que estaba sobre la mesa. Sus alumnos sólo la obedecían cuando los amenazaba con suspenderlos si entraban en Internet. Gracias a la Red podían usar Wikipedia, el Rincón del Vago y otras páginas parecidas para hacer los trabajos de clase. No hacía falta leer libros y profundizar en las cosas más complicadas, estúpidas o arbitrarias. Todo cabía en Internet, hasta lo que no debería estar. Desde alguna parte alguien se encargaba de escribir lo que había que saber, y los demás lo aceptaban. Pero, ¿qué ocurría con el derecho al olvido? ¿Ya no se conseguiría borrar esa parte del pasado que no se quería recordar? ¿Hasta cuándo habría que obedecer a los golpes del destino? Tragó saliva e intentó seguir la conversación. Había entrado en aquella librería para trabajar, y era absurdo que se enredara en sus frecuentes obsesiones sobre la dependencia de la tecnología.

Justo Sotelo y él se hicieron grandes amigos durante un curso de pilotos en el aeródromo de Cuatro Vientos, continuó Sergio. A ambos les apetecía subirse a una avioneta, y ver el mundo desde arriba. La percepción de las cosas cambiaba a cierta distancia de la tierra. No era sólo que todo pareciera más pequeño, evidentemente, sino que nacía algo indescriptible en su interior. A veces las palabras estaban de más, se convertían en un obstáculo para describir un estado de ánimo concreto, próximo a la alucinación. Su padre le había insistido en esa idea; hasta que no la comprendiera, no sería un buen librero.

¿Has pilotado avionetas alguna vez?, le preguntó mirando hacia el tragaluz sin perder la sonrisa. No he tenido el gusto, le respondió ella divertida. Pues te has perdido una experiencia mágica, aseguró el joven. Es como una borrachera donde todo estuviera a punto de saltar por los aires, el pasadizo secreto a uno

de esos mundos posibles. Es revivir la leyenda del simorgh, de cómo el rey de los pájaros perdió una pluma en China y los pájaros decidieron encontrarla. Mi padre era un enamorado de los cuentos orientales. Durante un tiempo la librería se especializó en literatura juvenil, hasta que comprendió que sus clientes buscaban otro tipo de libros. A mi padre le costó aceptarlo; yo era un crío, pero todavía recuerdo su mal humor al retirar del escaparate las novelas de Salgari, Wells o Kipling. Para compensarlo decidió pegar en la puerta la carátula del disco con forma de periódico. Esa música le había acompañado toda su vida, y era una forma de congraciarse con su pasado.

Nora recordó la foto del niño que había ganado un premio de la BBC y la joven ingenua que enseñaba el pico de las bragas, y se estiró instintivamente la falda. La mente se le fue hacia la ropa interior que se había puesto ese día. El sujetador y las bragas no hacían juego, y estaban un poco viejos. Eran bonitos, eso sí, y se sentía bien con ellos, pero los habría lavado decenas de veces. Tenía que comprarse ropa nueva, acababa de decidirlo; así no podía seguir, por mucho que le gustara la que llevaba puesta. Su barrio estaba lleno de tiendas de ropa, desde luego; era cuestión de prestar más atención al mundo real y olvidarse de sus habituales rarezas, por mucho que el joven librero le hubiese prometido más ficción que realidad dentro de aquella librería. En cierta forma empezaba a necesitar más realidad en su vida.

La primera vez que me bajé de una avioneta, insistió Sergio en el mismo asunto, estuve vomitando todo el día y prometí que no volvería a subirme, pero no tardé en contradecirme. Mis enemigos dicen que soy un impulsivo nato, aunque pensándolo bien no recuerdo a ninguno que lo haya dicho. Y, si quieres que te sea sincero, tampoco tengo enemigos. Mi padre aseguraba que no es malo tenerlos, ya que definen los límites de nuestra personalidad, pero tampoco me convence esa idea.

Nora dejó la guía en su sitio.

El joven aprovechó el breve silencio que se produjo entre ellos para invitarla a comer en un restaurante italiano de dueños argentinos, una excusa para seguir hablando sobre el futuro de la novela. Clara Cardone y Daniela Echeveste hacían la mejor pasta

del barrio, y la gente se peleaba por comer allí. Los aparcamientos se llenaban desde primeras horas, y los coches debían permanecer sobre las aceras. Nora no estaba acostumbrada a que la invitaran a comer, salvo el pesado de Amorós –un compañero de la facultad que andaba detrás de ella desde hacía tiempo–, y menos aún un absoluto desconocido, pero no supo negarse. Aparte del olor, eran sus manos, su voz, la intensidad con la que hablaba. En el ordenador había exámenes que corregir sobre teoría de la literatura, pero podían esperar. La insistencia del Plan Bolonia para que los profesores evaluaran semanalmente a los alumnos le parecía una estupidez.

¿Una estupidez?, repitió entre dientes. ¿Desde cuándo le había parecido que la reforma universitaria fuese una estupidez? Tras su aprobación por la Unión Europea, había defendido el plan como la solución a los problemas de la universidad española. Las discusiones con otros miembros del departamento llegaron a oídos del Rector, que los amenazó con abrirles expediente. Las tensiones no habían desaparecido por completo, y continuaban viéndose caras largas por los pasillos.

Antes de salir, Sergio se dirigió a uno de los ordenadores para comprobar si tenía correos. Últimamente recibía publicidad de editoriales digitales empeñadas en venderle sus productos a cualquier precio. ¿Qué debería hacer con los libros cuando no existieran más que editoriales de ese tipo, otra hoguera en la plaza? La librería se convertiría pronto en un museo si alguien no lo remediaba. Sólo conocía a una persona que lo hubiera intentado, pero había muerto. Su padre le había dejado cuando más lo necesitaba.

Este correo no tiene ninguna gracia…, dijo moviendo la cabeza, mientras Nora se dirigía al lavabo agobiada por su dolor intermitente. Acababa de leer la factura del último pedido, que ascendía a 20 000 euros. Anselmo Xiles llevaba la contabilidad; su padre lo había contratado unos años atrás. Era nieto de un viejo amigo, de esos que también defendían otro tipo de sociedad en los últimos tiempos del franquismo. Había corrido con él delante de los grises por la Avenida de la Ciudad Universitaria, pero a diferencia de otros nunca quiso romper el carné del

partido comunista.

El dichoso dolor la estaba matando y casi no le dejaba caminar. Los médicos le decían que era más psicológico que físico, pero ella empezaba a estar harta. A veces el dolor se concentraba en la cabeza; en esos momentos se quedaba tumbada en la cama. El dolor la martilleaba en cuanto hacía el más mínimo movimiento o había demasiada luz. Mientras permanecía en la cama ni siquiera se levantaba a tomar una pastilla, y pensaba en las veces en que se había comportado así en su vida, y preferido un dolor constante y soportable a hacer un esfuerzo por cambiar nada de lo que le ocurría.

En la parte interior había otros cuartos de igual altura que la librería, pero menor profundidad. Uno de ellos era una cocina con los muebles tradicionales, donde destacaban un enorme frigorífico, una cocina de vitrocerámica, una cafetera italiana de cristal y varias teteras de diversas formas y colores. También había dos fuentes repletas de fruta, con aguacates, papayas, manzanas y peras. Los platos y los vasos sucios se acumulaban en los dos fregaderos. Nora se detuvo unos instantes frente a la habitación grande; la cama estaba sin hacer, y había varios retratos en blanco y negro sobre un mueble antiguo, similar al de la entrada. En todos ellos la mujer intentaba sonreír, pero se quedaba a medias, como si algo inaudito nublara su voluntad; el hombre poseía una mirada enérgica, directa, demostrando la fuerza de su personalidad. También había fotos de Sergio jugando con una pelota, pedaleando en un triciclo o sentado a una mesa en el colegio. En todas ellas su mirada era triste, impropia de un niño de su edad.

Su sonrisa no tenía nada que ver con la actual, pensó Nora. Era como si hubiera aprendido a sonreír.

Tras poner papel higiénico en la taza del váter, se sentó en ella, respiró hondo y se encontró mejor. La orina tenía sangre, y quizá las heces, aunque no quiso preocuparse. Hacía tiempo que no le ocurría, y trató de pensar en otras cosas, por ejemplo, en el lavabo, un lugar tan original como el resto, y no sólo por la gran bañera de porcelana. Las paredes estaban llenas de fotos de ciudades de medio mundo. Se lavó las manos con jabón y se las

secó con unas toallas de papel; después se remarcó los labios frente al espejo. Sergio culpaba a su padre de todo lo que no le convencía, pero él también tendría algo que ver en la construcción de ese mundo. Recordó el cinismo de Gil de Biedma cuando escribió que quería llevarse la vida por delante, como todos los jóvenes. Aquel muchacho podía llevarse su vida por delante, y debía tener cuidado. No le apetecía tontear con el dueño de una librería del que le separaban más de veinte años.

2

El restaurante se llenó en seguida. La gente hablaba a voces, y dificultaba la conversación. En cierto momento aparecieron unos niños corriendo, bebieron agua en la barra de la entrada, se metieron en el comedor de las máquinas de coser y después en la cocina, y salieron con las manos llenas de comida, patatas fritas, trozos de pizza. En la calle apenas tenían sitio para jugar, pero se las habían ingeniado para dibujar en la acera con una tiza el recinto mágico de la rayuela. Lo demás consistía en golpear la piedra suavemente y llegar al paraíso.

Mientras brindaban con un vaso de vino y esperaban a que les sirvieran la comida, Sergio le habló de un disco célebre. *Aqualung* era un vagabundo que estaba sentado en un banco del parque (como cualquiera de los de la plaza), miraba a las chicas con malas intenciones y le salía un moco por la nariz. El grupo de rock había tomado el nombre de un agricultor escocés del siglo XVIII que se hizo famoso al inventar un sistema revolucionario para la siembra. Los setenta fueron sus años de gloria, aunque todavía ofrecían conciertos y los nostálgicos seguían babeando con la flauta de Ian Anderson. Su padre lo había invitado a la librería varias veces, e incluso se había quedado a dormir allí en alguna ocasión. La primera vez que lo vio tardó en reconocerlo; no era el mismo de las portadas y las fotos de los discos. La arrogancia de los veintitantos años se había convertido en una máscara antipática, llena de arrugas. Su voz se había agrietado tanto como su rostro, aunque continuaba siendo un buen tipo.

¡El rock tampoco tiene futuro!, exclamó Sergio antes de llevarse la mano a la boca para ocultar un eructo.

Lo de la música había sido el preludio, tal vez elegido a propósito –pensó Nora en seguida– para que surgieran nuevos detalles sobre la librería, un lugar sin horario porque no cerraba nunca. Su padre regaló una llave a sus amigos, y les dijo que podían pasarse cuando quisieran para leer, quedarse a dormir o

vender libros. No sería la primera vez que sus amigos convencían a los clientes para que cambiaran de opinión. La gran mayoría seguía la moda, aunque esto implicase no salir de las novelas históricas, policíacas y de ciencia ficción.

Los crepes rellenos de espinacas están exquisitos, ¿no te parece?, dijo satisfecho. Clara Cardone suele decir que el secreto está en la forma de cuajar la masa, pero yo creo que es el queso mascarpone.

Y las gotas de jerez…, se dijo Nora relamiéndose al tiempo que pensaba en la banalización de la cultura, uno de los factores que más podía influir en el futuro de la novela, junto a los cambios en la capacidad de atención de la gente debido a la dependencia de Internet y las redes sociales.

Un tipo alto y delgado, de unos sesenta años, se acercó a ellos tras esquivar a los camareros (Magda Rubio y Dominic Yanes, dos jóvenes que estudiaban económicas y que también eran amigos de Sergio) y les pidió permiso para sentarse. Miguel Ángel Andés vestía vaqueros y una chaqueta vieja, y al verlo Nora creyó que se le había aparecido Jesucristo. No tardaría en saber que era el pintor de los cuadros de la librería.

En uno de sus paseos por las librerías del centro de Madrid, dijo el pintor observando las manos de Nora, tan pequeñas como las de una niña, tropezó con Sergio y cayó rendido a sus pies. No recordaba qué le sedujo exactamente, si su inteligencia o su entusiasmo por la vida. No le importaba reconocer que le había chupado la sangre, y no le quedaba una gota en las venas, como a los demás.

No le hagas caso, dijo Sergio a Nora. Miguel Ángel era el mejor amigo de mi padre, quizá el amigo más exagerado de mi padre… Y tu librería es mi segunda casa, dijo aquel tosiendo con tanta fuerza que la gente se volvió hacia ellos. Luego añadió: También me gusta pasear por la Cuesta Moyano, y pasarme las horas muertas en el Museo del Prado y el Reina Sofía, por si me llega la iluminación.

¿Has comido?, le preguntó Sergio. Hace más de una hora, le respondió el otro mirando la botella de vino. Ya sabes que a mi madre le gusta comer pronto y echarse la siesta, sobre todo

después de su caída. No se puede llegar a viejo, y empeñarse en llevar a cuestas tal cantidad de huesos rotos.

El joven le sirvió un vaso.

La librería de Sergio es diferente de las demás, dijo Miguel Ángel dirigiéndose a Nora. Cuando uno entra en ese lugar, ya no vuelve a salir, o al menos no lo hace de la misma forma. Allí se venden libros, por supuesto, pero también se defienden las causas perdidas, como la del mismo Tarancón. Daniel se declaraba ateo, pero algunos de sus mejores amigos eran curas. La manifestación de apoyo a Tarancón de los setenta marcó una época. Las relaciones de Franco y la Iglesia no eran buenas y los políticos del régimen se burlaban del cardenal (algunos llegaron a retirarle el saludo y otros lo injuriaron). Tarancón era un tipo socarrón, con una ironía que jamás llegaba al sarcasmo, pero que le permitía contar chistes graciosísimos, y que ayudó a que la transición fuese pacífica. La Iglesia española siempre echará en falta a gente como él, estoy seguro.

Lo que peor llevaba tu padre eran las pintadas, dijo saboreando el vino. Recuerdo las de “Tarancón, al paredón” y “El cerdo de Carrillo”. Las borrábamos cada mañana, pero al día siguiente volvían a aparecer. ¡Tarancón al paredón!, exclamó Sergio estirando las piernas. La estupidez puede llegar a ser peligrosa, añadió antes de golpearse en el tobillo con los pedales de la mesa.

Miguel Ángel se bebió la mitad de su vaso, y Sergio aprovechó para decirle que Nora Acosta era profesora de literatura comparada en la Complutense y estaba haciendo un estudio sobre el futuro de la novela.

¿El futuro de la novela?, se preguntó el pintor sorprendido. El futuro de la novela somos nosotros… dijo reaccionando en seguida.

Se puso a mover los pedales mientras soltaba una risa infantil. Al cabo de unos segundos se encontraba exhausto.

Ahí tienes una primera conclusión para tu estudio, dijo Sergio a Nora, que empezaba a sospechar que el joven librero era peligroso para su estabilidad emocional. Creía que lo tenía todo

controlado, pero tal vez se equivocase. Sólo faltaba que también viera a Sergio como un pirata valiente y atractivo, de esos que salían en las películas en blanco y negro de la televisión de su infancia.

En realidad el futuro son esos niños…, insistió el pintor señalando a la calle y recuperando las fuerzas. No lo saben, pero están jugando a algo extremadamente complicado, y no lo digo sólo por la novela de Cortázar y todas las interpretaciones que se han hecho de ella. Desde que somos pequeños, queremos llegar a ese cielo que nos han prometido sin explicarnos las reglas. El tiempo corre muy despacio en la infancia, incluso en la juventud, y cuando empiezas a darte cuenta desaparece. Sólo conozco la eternidad de los libros, que es cuando el tiempo se detiene y vives el de los demás. Es una forma de convertirse en inmortales, aunque sea a través de unas simples páginas de papel.

La profesora buscaba algo de coherencia y verosimilitud en las palabras de un tipo que se parecía a Jesucristo y otro que, por lo visto, prefería estar en las nubes. Tal vez le sirvieran para su investigación. Amorós y los becarios creían que la novela no desaparecería nunca, pero no aportaban soluciones a su crisis. Los libreros con los que había hablado no pasaban de llevarse las manos a la cabeza y decir que todo era un desastre; el problema era tanto de creación de novelas como de soporte. En cuanto triunfara el mercado literario sin papel, su librería tendría que cerrar, le dijo el último antes de ponerle el ejemplo de Obabak, un espacio de Internet donde cualquiera podía publicar gratis sus libros, y al precio que quisiera. En tres años Obabak había publicado más de cincuenta mil títulos. Ante todo ello, ¿quién sería el guapo que querría seguir vendiendo novelas? Con la posible eliminación de la cadena de distribución, tanto los derechos de autor como el modelo de negocio estaban en peligro. ¿Existiría alguna forma de luchar contra la cultura de lo gratuito?

El hombre siempre ha pretendido ser dios…, dijo el pintor, y tanto Sergio como Nora se echaron a reír. Ninguno de los tres somos escritores, balbuceó Sergio. Pero sabemos convertirnos en inmortales, se encogió Miguel Ángel de hombros. Aunque al despertar comprobemos nuestra insignificancia, digo Nora

jugando con una miga de pan. Y terminemos con los pies por delante, añadió Sergio.

Ante ellos se presentó un sujeto maduro de gran bigote, cicatrices a cada lado de la cara y pelo fino, negro y brillante como la tinta, que le daban aspecto de personaje de tebeo. Su familia no podía salir de Cuba, y a él no le dejaban regresar. Eso sí que era surrealismo latinoamericano, aseguró Miguel Ángel con ironía, y no las obras de los pobres pintores que, como él, se morían de hambre.

Sergio le sirvió un vino. Raúl Torres se acercó el vaso a los labios y bebió con ganas, y hasta derramó unas gotas.

Su vida estaba vacía, dijo con un tono que a Nora le pareció excesivamente teatral. En su país no existía libertad. Era su tierra, y la amaba, pero desde hacía muchos años Cuba había perdido la magia, la música, la sensualidad. Era un cementerio…, y todos lo sabían tan bien como él.

Miró a Nora de arriba abajo, como si dudara de su presencia entre ellos.

Es otra profesora atrapada por el laberinto de la librería de Sergio, no se reprimió Miguel Ángel echándose hacia atrás en la silla. Aún no sabe dónde se ha metido… Yo se lo intentaba explicar cuando has llegado.

Raúl volvió a mirarla.

Si es así, podría explicarme qué ocurre en Cuba, dijo situando las manos bajo las piernas. Que Fidel Castro tarda en morirse…, aseguró ella ingenuamente.

El cubano se rió dando a entender que le gustaba el comentario, pero en pocos segundos cambió la expresión de su cara.

Los dictadores imprimen los libros de historia, dijo convencido, tras sobornar a los escritores cobardes. Ya no hay intelectuales, ni siquiera en un lugar tan desarrollado como la vieja Europa.

Miguel Ángel frunció el ceño.

Los escritores siempre serán cobardes, aseguró terminándose

su vaso. La literatura es el arte menos evolucionado, el más conservador.

Nora se mordió los labios. Hacía tiempo que las ideas no se agolpaban con tanta fuerza en su cerebro.

El problema de los pueblos oprimidos es su propia opresión, dijo Raúl apurando el vaso. El subdesarrollo no lo provocan los desastres naturales, ni el analfabetismo de la gente, sino la falta de democracia. Como dice Amartya Sen, siempre habrá dictadores. El economista indio es una de las personas más inteligentes que he conocido. Y fue en la librería de Daniel…, al poco de llegar a España. En aquella época iba de una pensión a otra escondiéndome de la policía, hasta que conocí a Daniel y me refugié en su casa. Tu padre se jugó la cárcel por protegerme, se dirigió ahora a Sergio.

Nora no lograba sustraerse de la imagen de la isla de Cuba como un lugar mágico, casi de leyenda, saqueado por piratas con nombres de novela que siempre raptaban a la chica de turno. Era ridículo que pensara de esa forma, sobre todo después de lo que acababa de escuchar, pero no podía evitarlo.

Pasolini apareció un día por la librería…, dijo Miguel Ángel con la saliva bañándole los labios, y dijo que España daba miedo, y eso que no había encontrado más que a policías y parejas de la Guardia Civil vigilando cada esquina. No me extraña que la gente pase miedo durante una dictadura, añadió clavando la mirada en Raúl. En cualquier momento a un loco se le escapa una bala, y te envía al otro barrio. Y no es que esté justificando lo que hiciste en tu país, pero en España se pasó miedo de verdad.

¿Desde cuándo no os visita la policía?, les preguntó Nora mientras se estiraba la falda. Últimamente las cosas están bastante tranquilas, aseguró Miguel Ángel. Hace meses tuvimos problemas con un grupo extremista, que nos acusó de vender libros que hacían apología de ETA, y que llenó las paredes de pintadas con amenazas de muerte. ¡Como en los buenos tiempos! En la época de la transición cerraban la librería cada dos por tres porque vendíamos libros que despertaban el deseo sexual. Una vez un policía nos denunció por mostrar pornografía en el escaparate, la portada de un libro con la maja desnuda. ¡Cómo

han cambiado las cosas! El erotismo ya no vende.

¿Quieres algo de postre?, preguntó Sergio a Nora. Por ahora tengo bastante, dijo ella. Los crepes dulces también son deliciosos, aseguró el crío antes de pedir a Magda un crepe relleno de frambuesa.

Se les acercó una joven tan corpulenta como Raúl, aunque más alta, de larga melena, nariz respingona y gafas como las de Sergio y Magda, y lo primero que dijo fue que no hacía falta que le pidieran que se sentara para escuchar los lamentos de Raúl y Miguel Ángel sobre las injusticias del mundo. Nora la vio inteligente, dotada de individualidad, sana, de espíritu inquieto, de matices y sombras, y de un entramado de singularidades que nadie lograría eliminar. En seguida pidió una Coca-Cola.

La gente prefiere comprar papel higiénico en las librerías de los centros comerciales, y así nos va…, dijo mirando a Sergio fijamente. Al final te salen llagas en el culo y ni siquiera puedes despacharte a gusto. Si al menos los fabricantes de papel higiénico grabaran en él unos cuantos versos inmortales…

No apartaba la mirada del crío, se dijo Nora, y a él también le había cambiado el gesto al verla.

Nuestra profesora quiere saber si vamos a leer novelas cuando seamos viejos, dijo Sergio, sacándola de su abstracción. Es una buena pregunta, dijo María José sin perder tiempo, aunque espero que no, porque me gustaría morir joven. ¡Como buena poeta surrealista!, exclamó Miguel Ángel. Siempre se ha dicho que los poetas mueren antes de los veinte años y los cantantes de rock de los veinticinco.

El cubano pidió a Dominic una manzanilla con leche, su bebida favorita en invierno. El camarero se parecía a Magda; tenía rasgos dulces, casi femeninos, y era tan delgado y alto como ella.

Espero que esta tarde me confirmen el día de mi recital…, dijo María José abriendo la lata. ¡Fantástico!, exclamó Raúl antes de cortar con los dedos un trozo del crepe de Sergio. Era lo que estabas esperando…, insinuó Miguel Ángel encendiéndose un cigarrillo. ¡Por fin vas a codearte con los mejores poetas de este

país! Este crepe está para chuparse los dedos, suspiró Raúl a lo suyo. Cosas así no se sirven en tu tierra, se rió Miguel Ángel. Que te crees tú eso, dijo el cubano comiéndose el último trozo.

María José miró a Nora con curiosidad.

El futuro de la novela está garantizado, aseguró. Yo no soy una experta, pero esa mezcla de géneros es casi invulnerable. Hay cosas que sólo se pueden contar a través de una novela. Como esta misma conversación…, la interrumpió Miguel Ángel. ¡Exacto!, exclamó Sergio con una sonrisa, y luego dijo: La ficción es necesaria para contar la realidad. No creo que el cerebro distinga sólo las imágenes que provienen de la realidad. Cada día dedicamos varias horas a la ficción, a través de la literatura, la televisión, la radio o Internet, pero sólo cinco minutos al sexo. La sensibilidad de los lectores está cambiando, dijo Miguel Ángel con exagerada gravedad, e incluso de los escritores. En la novela actual se mezclan los discursos y las imágenes. El 11-S fue un cambio de la realidad, para bien y para mal. Yo no lo veo exactamente así, dijo la joven poeta raspando la lata de CocaCola con una uña. Mi ruptura particular fueron los atentados de los trenes de Madrid; a partir de ese instante se inició mi propia historia, estoy convencida. La anterior era cosa de mis padres y abuelos, la Guerra Civil, el franquismo, la transición política, los primeros gobiernos socialistas… Internet, la televisión o la publicidad son una referencia para mi poesía. Sé de sobra que esta es mi época, y que no puedo hacer nada para evitarlo. En mi historia se han derrumbado las Torres Gemelas, hemos invadido Irak y doscientas personas murieron entre los hierros de unos trenes en las estaciones de Vallecas. Sé que tengo que escribir de eso, y del desamor y la orfandad que se siente cuando la persona que amas se olvida de ti.

La joven clavó la mirada en Sergio, pero este miró para otro lado. Nora procuraba no perder detalle.

Tampoco podemos olvidar que la literatura debe mantener cierta tradición, dijo entonces Miguel Ángel para enfriar el ambiente. ¿Se puede ser más cursi?, soltó María José una carcajada. Todo lo cursi que quieras, insistió el pintor, pero el arte no surge de la nada. ¿Ni siquiera por inspiración divina?, se

rió la joven. Ni siquiera por inspiración divina, repitió Miguel Ángel.

Sergio sugirió que pasearan un rato para hacer la digestión. Aquel barrio era el más bonito del mundo; algunos tan sólo iban por allí para emborracharse, sin saber que era lo más parecido al París de Rayuela, como si Cortázar se hubiera equivocado de bulevar en su búsqueda de la Maga. Ellos también contaban con su propia Maga, incluso con el bueno de Rocamadour. Era el París que Cortázar hubiera descrito desde la altura del Viaducto, aunque les faltaran famas y cronopios. A Miguel Ángel le gustó la idea, pero no quería dejar sola a su madre demasiado tiempo. Raúl y María José también se excusaron: él tenía trabajo pendiente en la Academia de Historia, y ella había quedado con el director del Círculo. Nora tampoco se lo pensó demasiado. Su intuición le decía que debía conocer mejor a Sergio, ahora que su ex marido había muerto y se sentía dominada por sensaciones contradictorias. Hacía tiempo que no vivían juntos, pero no dejaba de recordar el infierno de su vida cotidiana. Ella era de las que reivindicaba el derecho al olvido, a que la realidad no le escupiera el pasado a la cara. Si en Internet el borrado digital resultaba complicado, en la vida real podía serlo más. Los algoritmos de Google servían para rastrear en la Red, y había programas gratuitos que destruían los enlaces, pero, ¿quién limpiaba los estragos de la mente?

3

Tras cruzar la verja del Retiro, Sergio le habló de Albertina Duarte, una de las últimas poetas vivas de la generación del veintisiete. Gerardo Diego no la incluyó en su famosa antología porque era demasiado joven, aunque ya había escrito algunos poemas esenciales. Albertina se fue de España al poco de empezar la guerra acompañada por su hijo recién nacido y su marido, un economista que había escrito ensayos sobre el papel del estado y las aportaciones de Keynes. En México encontraron trabajo sin problemas (ella como traductora en la universidad), iniciaron una estrecha amistad con otros españoles exiliados y descubrieron que lo imprescindible para ser feliz no es el lugar donde se vive sino las personas que nos rodean. Su marido murió de un infarto años después, y ella decidió volver a España definitivamente. La Residencia de Estudiantes publicó todos sus libros (algunos por primera vez), y durante unos años le hicieron entrevistas en periódicos y revistas literarias; incluso se convirtió en asidua de algunos programas de debate en la televisión. Un día entró en su librería, conoció a su padre, se hicieron buenos amigos y decidió que aquel era el mejor lugar para escribir su último libro antes de morir.

Sergio vocalizaba con rara perfección. Nora lo notaba feliz refiriéndose a la vieja poeta del veintisiete; en el fondo lo notaba feliz refiriéndose a todos sus amigos. Se habían sentado en un banco frente al estanque. Apenas se veía a nadie, sólo tres o cuatro echadoras de cartas dispuestas a que odiases los milagros, algunos sudamericanos que pensaban que habían llegado al paraíso y una pareja de la policía a caballo.

El cuadro de siempre en invierno…, dijo Sergio.

La profesora se frotó las manos, y acercó su mano a la de él para agenciarse un cigarrillo. Los zapatos de tacón la estaban matando. Casi siempre llevaba zapatos planos; en clase no pretendía sentirse admirada por cincuenta o sesenta alumnos,

sólo estar cómoda. No superaba el metro sesenta de altura y tampoco se consideraba especialmente guapa; su nariz era demasiado pequeña para su pronunciado mentón, y empezaba a tener canas y arrugas. Su primera intención había sido teñirse el pelo y mantener el color castaño de siempre, pero aún no se había decidido a hacerlo. Se había pasado la vida sin llamar la atención en ningún sitio, ni en el colegio ni en la universidad.

¿Todavía no sabes quién soy?, le preguntó Sergio. ¿Un alumno mío?, dijo Nora con curiosidad. Cómo sois los profesores…, se lamentó él acariciándose la barbilla. Han pasado tres años, pero aún recuerdo a la mejor profesora de la facultad, y aquella conferencia sobre los amores de Borges en el Aula Magna. Entonces llevaba el pelo largo, como mi padre. Lo de dejarme barba ya me pareció demasiado.

Sergio Barrios…, un antiguo alumno que no se parecía en absoluto al muchacho que tenía delante.

Les habló de la biblioteca de Babel, de la literatura inglesa que Borges había leído de pequeño, de sus sagas nórdicas y de la pasión que, ya de mayor, sintió por la Cábala. Pero sobre todo les habló de su vida, de la dependencia de su madre, de su ceguera, de las mujeres que amó y no le amaron a él.

Beatriz Talaván te dijo que la obra de un escritor no tenía que ver con su vida, y que Borges no era una excepción. Tú bajaste la mirada, ordenaste los folios con cuidado, volviste a levantar la vista en busca de Beatriz, miraste a la derecha –hacia donde se había sentado Amorós–, y sonreíste. Te habías acostumbrado a escuchar ese tipo de comentarios cuando se trataba de Borges.

Levantó la mano una segunda alumna, creo que Alba Martínez, y tú aprovechaste para preguntar algo a Amorós, en voz baja. Alba quería saber por qué decías que Borges había sido un fracasado. Estaba convencida de que su única preocupación era su obra. No era que no valorase el amor que podía sentir por las mujeres que había conocido, pero no creía que le influyesen a la hora de escribir.

El verdadero amor de Borges había sido su madre, dijiste casi en un susurro y como si te ruborizaras.

La alumna siguió con la mano en alto mientras escuchaba tus explicaciones.

Me gustaría que leyerais las *Memorias* de Bioy Casares, comentaste poco después, incluso una biografía que ha escrito Edwin Williamson y ha publicado Seix Barral no hace mucho. Ahí encontraréis las diferentes caras de Borges, como no puede ser de otra manera al tratarse de un escritor complejo.

¿Qué pretende demostrar con tanta cita?, te preguntó Erea Gómez fuera de sus casillas, lo que no dejaba de resultar sorprendente, porque era una de las chicas más dulces y tranquilas de la facultad.

Que quizá ahí esté la explicación, dijiste. En Borges la obra está unida a sus experiencias sentimentales. Sin sus amores imposibles, no habría escrito gran cosa. La primera fue Adriana y luego siguieron Emilia (una de las pocas que se atrevió a corresponderle), Ángela, Luz (una prostituta), Concepción Guerrero (con la que pensó casarse), Norah Lange, Elsa Astete (que con el tiempo se convirtió en su primera esposa), Haydée Lange, Estela Canto, Sara “Pippina”, Cecilia Ingenieros, Margot Guerrero, otra vez Estela Canto, María Esther Vázquez y, por fin, María Kodama (su segunda esposa).

¡Borges, el seductor!, dijo Beatriz Talaván.

Borges no fue Girondo, aunque hubiera preferido serlo, quisiste ser condescendiente. No tenía su estilo cosmopolita, al menos mientras se disputaron el amor de Norah, y tampoco fue tan rebelde como él. No poseía su voz cálida ni se expresaba con tanta gracia como su rival. Borges era retraído, de modales suaves, inseguro, y estaba convencido de no poseer cualidades que le permitieran el rápido aprecio de los demás. Girondo era su antítesis, una fuerza de la naturaleza que no dejaba indiferente a nadie, un exhibicionista compulsivo, un tipo desenvuelto y enérgico que arrasaba por donde pisaba.

Beatriz Malanda te preguntó si era necesario criticar a Girondo para defender a Borges. No todo iba a ser cosa de echar un polvo y revolcarse en el fango de los sentimientos para lograr sus objetivos.

¡Borges era un genio!, le respondiste, y miraste para otro lado, dando a entender que te molestaba ese lenguaje.

Su comparación es estúpida, dicho con el debido respeto, dijo Beatriz Malanda. ¿Cuántos libros has leído, le preguntaste, y cuántos crees que te quedan por leer? ¿Tengo que contestar a eso?, dijo ella. ¡Déjalo ya, Beatriz!, fue el momento que yo aproveché para intervenir. Después aseguré que las mujeres volaban con Girondo, y no sólo por su atractivo físico. Era un seductor de la palabra capaz de enamorar con su inteligencia. Por eso escribió que sólo haría el amor con una mujer que supiera volar.

Borges y Girondo eran las dos caras de una misma moneda, intervino Amorós, por eso se necesitaban. El valor de cada uno adquiría su verdadero sentido en comparación con el otro. Norah Lange debió enamorarse de ambos, porque los dos eran una sola persona, aunque sólo fuese de manera metafórica.

Mis compañeros aplaudieron las palabras del profesor, aunque yo te observaba a ti, esperando cualquier reacción por tu parte, no sé, otra respuesta o una mirada especial. Gracias a ti, aprendí que el propio Borges era el protagonista de un cuento que visitaba la casa de una mujer cada cumpleaños, hasta que se enteró de que iba a ser derruida. Allí le hablaron de una esfera que ofrecía una visión instantánea del Universo. Ese punto del espacio contenía todos los puntos, comparable al simorgh.

Pensándolo bien…, añadió Sergio encendiéndose otro cigarrillo, no había tantas diferencias con las ideas que defendían Amorós y Sotelo.

¿Por qué no me dijiste que había sido tu profesora cuando entré en la librería?, le preguntó Nora, recordando su ingenua prevención de los primeros momentos. Quería comprobar hasta dónde llegaba tu memoria, sonrió Sergio haciendo una mueca ridícula. En la facultad tenías fama de inteligente, aunque algunos no hablaban bien de ti. Aseguraban que eras una estirada, y que te creías por encima del bien y el mal. ¿Tú también?, le dijo Nora expectante. Nunca pude acercarme lo suficiente…, le respondió cruzándose de brazos. Necesitaba acabar la carrera para ocuparme de la librería. Anselmo Xiles tenía una buena

preparación, pero había que controlarle, sobre todo al principio.

Sergio justificaba su vida continuamente, pensó Nora.

Se levantó y se dirigió hacia el estanque. Una vez allí se apoyó en el pretil e inclinó la cabeza sobre el agua.

Él se acercó con lentitud.

Cada vez le divertían menos las historias que no corrían riesgos con el lenguaje, dijo Sergio, apoyándose también. Estaba harto de los libros que repetían los mismos temas. El hombre no tenía que elegir siempre motivos originales, pero debía atreverse a contarlos de otra forma. Era la vuelta a los "grandes universales", no le importaba reconocerlo aunque sonara pretencioso, pero a cambio había que exigir un compromiso.

Borges, el inefable, dijo Nora, y se giró hacia él.

Entró en su librería buscando ideas para terminar su estudio, y ahora estaba allí…, junto a esa agua estancada y tranquila. ¿No resultaba paradójico?

Su librería estaba llena de títulos que mezclaban la realidad y la ficción, aseguró Sergio, y que incluso enseñaban cómo querer y sentir, o la manera de matar y morir. Nadie era el mismo después de haberlos leído.

Borges, el paradójico, dijo Nora.

Todo eso me lo enseñaste tú…, dijo el joven, tras reanudar el camino sin una dirección concreta. ¿Así que yo soy la culpable?, esbozó Nora una sonrisa. Entonces no soy tan buena profesora como pensaba.

En lo que no estaba de acuerdo era en considerarse por encima del bien y el mal. Después de tantos años en la universidad, se había hecho una idea precisa sobre la calidad de las obras literarias, pero no quería imponer sus ideas a nadie, ni siquiera a Amorós, entre otras cosas porque le seguían fascinando las novelas de aventuras de los siglos XVIII y XIX . Amorós tenía una magnífica preparación clásica y discutía con ella frecuentemente. Era un ejercicio que demostraba la buena salud intelectual de ambos, y ella se dejaba llevar por el juego de las discrepancias. No todo iba a ser dar clase y corregir exámenes.

El crío se detuvo frente a un quiosco; tenía la intención de comprar una bolsa de caramelos de café con leche, otra de las manías de su padre. Se había formado una larga fila de niños que observaban los productos del quiosco como si no los hubieran visto nunca, y tardaron en atenderlos. Nora se fijó en la impaciencia de los rostros de los críos. La niñez continuaba siendo la misma aunque vivieran en tiempos de Internet y la tecnología fuese a devorarlo todo, como la novela posmoderna. Ella misma se sentía un poco infantil paseando por allí, junto a un antiguo alumno que había sido incapaz de reconocer.

¿Te apetece uno?, le preguntó Sergio con la bolsa de caramelos en la mano. Son unos caramelos estupendos, hazme caso. Lo que me gustaría saber, se rió ella, es si hay algo en tu barrio que no sea maravilloso.

Recordaba algo más sobre Borges…, dijo Sergio caminando de nuevo. Aquel día les dijo que la leyenda de *El prodigio de la rosa* era el origen de una de sus historias más bellas y enigmáticas. Todo el mundo aseguraba que un brujo podía devolver la vida a una rosa después de haberla quemado y sólo quedaran sus cenizas.

Nora supuso que ese prodigio era tan imposible como que alguien quisiera acostarse con ella, pero no dijo nada y se limitó a caminar mientras masticaba el caramelo. Observaron a unos niños que bailaban con un dibujo animado; se lo estaban pasando en grande, metiéndose entre sus piernas. Unos guiñoles representaban la escena del balcón de *Romeo y Julieta* , con la peculiaridad de que los dos personajes eran chicos. Un sujeto medio en cueros se introducía una antorcha por la boca, unos negros cantaban canciones tristes de su país apoyados en el pretil del estanque y hasta llegaban ecos de la banda sinfónica. Unos metros más allá la gente rodeaba a unos peruanos que tocaban *El cóndor pasa* .

Por si te sirve de algo…, dijo Sergio mientras salían del parque, un profesor de historia ha identificado al Rey Arturo y a Robin Hood. Al final resulta que no son personajes de ficción, o al menos existen serias dudas de que lo sean. Hasta la ficción puede llegar a convertirse en realidad en algunos casos. A lo mejor

alguien escribe nuestra historia y cuenta cómo bajamos por la calle de Alcalá en dirección a Cibeles comiendo caramelos de café con leche, nos detenemos en la esquina de la Casa de América y bordeamos la tapia del Cuartel del Ejército. Luego cruzamos la calle, subimos por la acera del Banco de España y llegamos hasta la plaza de Canalejas, como dos personajes de carne y hueso.

Nora sonrió.

No dejaba de pensar en la posibilidad de que alguien se acostara con ella a su edad, porque no todo iba a ser hablar de Borges y Girondo, y su rivalidad por conseguir a Norah Lange. Aun así, debía reconocer que había perdido buena parte de su atractivo juvenil, y era absurdo hacerse ilusiones.

¿Personajes reales o de ficción?, se dijo al enfilar la calle Príncipe. No sería extraño que alguien los grabara con el móvil, tal vez algún alumno resentido, y los metiera en YouTube para reírse de ellos. Ahí se vería que eran una pareja ridícula, aunque en realidad no formaban ninguna pareja. Ni siquiera los brujos hacían milagros en esos tiempos. Sergio admiraba a su profesora de literatura comparada, pero nada más. Por eso le había invitado a comer en el restaurante argentino, y a pasear por el Barrio de las Letras hasta desembocar en el parque del Retiro. No se les había ocurrido mirar la hora mientras bajaban por la calle Lope de Vega, y vieron a unos niños que jugaban entusiasmados a la rayuela, ni cuando Sergio aseguró que la casa del autor de *Fuente Ovejuna* estaba situada en la calle del creador de *Pérsiles y Segismunda* , que en una esquina de la calle Quevedo había vivido Góngora y alquilado un estudio al escritor de los *Sueños* , y que un poco más arriba, al poco de iniciarse la calle Cervantes, había pasado los últimos años de su vida el autor del *Quijote* .

La panadería y su olor recién salido del horno, la tienda de ropa con el nombre de poeta, la ferretería y la tienda de música de enfrente, el pub irlandés que se llenaba con los partidos de fútbol, las pensiones repletas de inmigrantes sin papeles, la puerta de cristal de las Cuevas de Sésamo con sus premios literarios, otra vez a la izquierda, con la cafetería de arriba y los cuartos de baño perdidos en el pasillo donde se escondían sus alumnos. Su alumno Sergio Barrios…, un muchacho que en la facultad llevaba el pelo

largo, como su padre. Fuera de los muros de la facultad también existía un mundo completo y real, después de todo, y sus habitantes no necesitaban esconderse entre las páginas de los libros (aunque vivieran, paradójicamente, dentro del laberinto que conformaba una librería), ni siquiera para contar esas historias de piratas que le impedían dormir de pequeña. A veces se mantenía despierta por si algún pirata se descolgaba desde la terraza por la enredadera y entraba en su habitación con la intención de raptarla y llevársela a un país lejano. Mucho después comprendería que su carácter se parecía más al de Borges que al de Girondo, y que nunca sería capaz de secuestrar a Norah Lange y llevársela en avioneta.

Creo que debería despedirme, dijo esperando que el joven se lo impidiera. Me ha gustado todo…, tus amigos, tu librería, la comida, el paseo por el Retiro y hasta los caramelos de café con leche. Aún no hemos decidido si la novela tiene futuro, dijo Sergio sonriendo como de costumbre. Es verdad, aún no lo hemos decidido, repitió Nora con rostro inocente. Entonces, no puedes irte, dijo Sergio, necesitas saber más cosas de mis amigos y de este barrio. Ni siquiera hemos tenido tiempo de quitarle el polvo. Este barrio es prodigioso, supongo que estarás de acuerdo. ¿Porque tú vives en él?, le preguntó ella sin perder la sonrisa, y Sergio le respondió: Además de Miguel Ángel Andés, María José Castillo, Raúl Torres, Albertina Duarte, Pepe Utrera, Anselmo Xiles, Dominic Yanes, Magda Rubio, Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Luis de Góngora, Francisco de Quevedo…

4

En el momento en que Nora aseguraba que otro profesor de historia había afirmado que el cielo de la *Noche estrellada* de Van Gogh se correspondía, exactamente, con el 19 de junio de 1889, y que así no había forma de separar la realidad de la ficción, un coche patrulla se abalanzó sobre ellos y se detuvo a menos de un metro. Se bajaron dos policías y se dirigieron hacia el Café Dorín. Mientras se recuperaban del susto, se les acercó Pepe Utrera, otro de los amigos de Sergio. Casi no pudieron presentarse; en seguida aparecieron los policías con un tipo esposado, lo metieron en el coche tras varios golpes y empujones, y desaparecieron con la misma rapidez con la que habían llegado. El ruido de la sirena se perdió camino de la comisaría de policía de la calle Huertas.

Pensé que venían a por nosotros…, sonrió Sergio, y que la librería quedaba en manos de Miguel Ángel y Raúl.

Pepe no había superado los sesenta años, pero aparentaba más. Estaba calvo por completo y no le quedaba ni un diente, y apenas abría la boca para hablar. Llevaba varios años escribiendo una novela sobre la vida cotidiana de la librería. No se le escapaba ningún detalle de lo que ocurría entre sus paredes, y lo que no sucedía realmente se lo inventaba. Solía hablar con todos los clientes que entraban en ella para que le contasen cosas interesantes que incorporar a su historia; a veces se hacía el sordo y pegaba la oreja a sus conversaciones. Estaba convencido de que la curiosidad es la cualidad esencial del escritor. En las últimas semanas se había dedicado a escribir sobre un amigo de su infancia, Alfredo Salcedo, el tipo que acababa de ser detenido por la policía.

El crío buscó el paquete de tabaco, encendió un cigarro, y le ofreció a Nora. La profesora necesitaba un lugar donde sentarse, pero le intrigaba la historia de este otro tipo, y tampoco se quejó.

Salcedo y él se conocieron en un colegio de Jaén, dijo Pepe casi entre balbuceos, y pronto se enamoraron de las corridas de

toros y las prostitutas jóvenes que les dejaban mirar por la cerradura y les ofrecían conversación gratuita. Cuando sus padres se trasladaron a Madrid (el padre de Pepe era empresario taurino), le perdió la pista. Un día cayó en sus manos un ejemplar del *Nuevo Madrid* con la esquela de la madre de Salcedo, y todo volvió de golpe: las lecturas apasionadas, las charlas interminables, las tardes con las mujeres que les enseñaron el significado del amor. Era como si el tiempo se hubiera detenido, sobre todo cuando Salcedo apareció por Dorín semanas atrás. Lo que le hacía distinto era el mundo interior que había creado gracias a su imaginación. Su incapacidad para expresar dolor por la muerte de su madre podía ser la explicación del asesinato que había cometido horas antes en la pensión donde se hospedaba. Después de matar a la mujer que vivía con él, llamó al 091. "La frente se me hinchaba bajo el frío del sol", le dijo unos minutos antes de que llegara la policía. "El frío pesaba sobre mí; era el mismo sol del día en que enterraron a mi madre". No había querido ir al cementerio tras insertar la esquela en el periódico; no podía aguantar el calor ni el frío. Pepe le ofreció una botella de agua, y su amigo se la bebió entera con rapidez. "Beber agua es como nadar en una piscina", aseguró tras limpiarse con una servilleta. Después le dijo que no se preocupara por lo que pudiera ocurrirle; era un asesino y debía pagar por lo que había hecho.

Pepe terminó su relato con estas palabras: "Para que todo sea consumado, para que me sienta limpio de verdad, me queda esperar que el día de mi ejecución haya muchos espectadores y que me reciban con gritos de júbilo."

El resto lo habéis visto con vuestros propios ojos…, añadió antes de despegar la mano de la boca.

Sergio les propuso que siguieran la conversación en la librería, y que Pepe les ofreciera más detalles de ese sujeto, pero su amigo se disculpó. Le apetecía pasarse por el Ateneo, y escribir hasta el anochecer. El Ateneo era un sitio estupendo para escribir, y la historia de Alfredo Salcedo resultaba apasionante. Por eso la había incorporado a su novela, a pesar de no tener ninguna relación con la librería.

Estrechó la mano a Nora, y se dirigió hacia la calle Prado. Nora lo siguió con la mirada durante unos segundos. De espaldas, se daba un aire al típico abuelo cuya única ocupación es ir a recoger a sus nietos a la salida del colegio. Llevaba un traje gris pasado de moda y un jersey de punto lleno de bolitas. No le vendría mal que le pasara la máquina de afeitar o un peine de esos especiales.

Lo que hace es dormirse en sus viejos sillones…, dijo Sergio envuelto en humo mientras Nora se decía que también podría utilizar una cinta adhesiva para eliminar todas esas bolitas. El Ateneo es ideal para dormir la siesta sin que nadie te moleste, añadió Sergio. Pásate cualquier tarde por allí y te encontrarás algunas de las viejas glorias de la literatura española roncando bajo la atenta mirada de Galdós y Sagasta.

La profesora todavía no había escuchado lo más sorprendente.

Pepe se ha ido de casa hace poco, dijo Sergio extrañamente serio. Es la tercera vez que lo hace en el último año, o la cuarta, porque a veces pierdo la cuenta. Tiene nueve hijos y quiere a su mujer; quizá por eso no se decide a divorciarse. Sus hijos mayores vienen de vez en cuando por la librería; son buena gente y ni siquiera critican el comportamiento de su padre. Sólo quieren saber cómo se encuentra en cada momento, si ha dejado de fumar o bebe de forma moderada. Málaga, Torremolinos, Benidorm, Sitges, Cadaqués, Ibiza… Pepe sólo necesita un sitio donde le dejen tocar el piano. Sus temas favoritos de conversación son el piano y las mujeres, sobre todo este último. Se enamora de todas las mujeres que entran en la librería, y luego se pasa el tiempo hablando de ellas.

Como el desertor del ejército de Nápoles, se dijo Nora.

Lo de Alfredo Salcedo es algo diferente, casi inusual en él, añadió Sergio antes de enmudecer unos minutos.

Apoyados en la pared del teatro, observaron el trasiego de la plaza: viejos que babeaban en el interior de sus sillas de ruedas, drogadictos enamorados del peligro, parejas enamoradas de sí mismas, policías que miraban enajenados las musarañas, actores excesivamente maquillados, vendedores de afrodisíacos, artesanos felices que se dejaban el alma en su trabajo. El mismo lugar de

siempre en invierno. El pequeño parque infantil le daba una nota de color, al igual que los viejos que bostezaban esperando a que sus nietos se cansaran de tanto subir y bajar por la escalera del tobogán.

Se empeña en vender capítulos sueltos de su novela en la librería, dijo Sergio antes de quitarse las gafas y mirarlas como si estuvieran sucias. Sacó un clínex del bolsillo superior de la chaqueta y se puso a limpiarlas. No es que me ilusione lo que hace…, añadió, pero no me atrevo a impedírselo.

El aparcamiento subterráneo estaba lleno, y los coches empezaban a rodear la plaza y a pitar con estridencia.

Es un tipo extraño, dijo Nora mirando hacia los coches. No sé cuánto tiempo resistirá esa vida, balbuceó Sergio prestando atención al ruido, aún con las gafas en la mano. Pero no puedes hacer nada…, dijo ella. Supongo que no, aseguró él.

Se puso las gafas.

Mi padre nunca juzgó su comportamiento, siguió hablando Sergio, y yo tampoco pienso hacerlo. Mi padre nunca juzgaba a nadie, aceptaba a todos por igual, aunque hubiesen matado a un hombre o supiera que malgastaban su vida de la manera más estúpida. Cualquier día alguien me telefoneará para decirme que Pepe ha muerto en una playa desierta después de tocar el piano en el café del puerto. Entonces tendré que llamar a su mujer y a sus hijos, y acompañarlos al cementerio.

Nora pensó en el padre de Sergio, una especie de fantasma que flotaba continuamente en el ambiente.

Aún no me has hablado de tu padre…, balbuceó. Es cierto, aseguró Sergio volviendo a sonreír. ¿Y vas a hacerlo?, insistió ella. En otro momento, dijo el crío quitándose las gafas una vez más.

Lo que hizo fue hablarle de Natalie Varoudakis y Elena Estrada, y la profesora le escuchó en silencio, aceptando la magia de su barrio y de sus amigos. Natalie era el amor platónico de Pepe, una francesita de Aix-en-Provence que apareció por la librería buscando una novela de un autor desconocido y se quedó casi un año. Tenía una cara redonda de muñeca de porcelana,

unos enormes ojos negros y una sonrisa que te partía el alma. Elena era la típica actriz secundaria absolutamente imprescindible en cualquier película, obra de teatro o serie de televisión. La gente no le pedía autógrafos en la calle, pero los productores apreciaban su profesionalidad. Almodóvar se había fijado en ella, y acababa de firmar un contrato con su productora para hacer de madre de la protagonista en su próxima película.

El dolor que se le había incrustado de cintura para abajo era ya irresistible. Antes de que se le retirara la regla, el dolor solía centrarse entre el ombligo y el vello del pubis, aunque a veces se desplazaba a un lado, algo natural en la mayoría de las mujeres. Sin embargo, una noche no le sirvió ningún analgésico. El dolor que sintió fue distinto, imprevisto, como si estuviera soñando el dolor de otra persona. Su marido regresaba de un viaje, y Nora fue a recibirlo a la estación. En principio era un regreso como tantos otros, pero poco después se produciría una gran diferencia. Tras permitirle que le hiciera el amor violentamente (cosa extraña en él), su marido se durmió en seguida y ella se fue a otro cuarto. Aquella brutalidad se repitió otras veces, hasta que le desgarró algunos órganos vitales. El ginecólogo le dijo que no era difícil reconstruírselos, aunque ya nada volvería a ser igual para ella. Nora intentó detener esa violencia inesperada, pero sólo consiguió que su marido empezara a insultarla y a pegarla. Su comportamiento resultaba incomprensible, y le provocó una tristeza tan fuerte como el propio dolor físico. Ella sabía que no había otra mujer en su vida, y que su trabajo como ingeniero no se había visto afectado por el drama de la crisis económica. No existían causas visibles que justificaran la transformación de un tipo normal y corriente en un repugnante maltratador. Se divorciaron un tiempo después. Su marido respetó la orden de alejamiento, y apenas se volvieron a ver hasta que la llamó para decirle que se moría de cáncer.

Abrió el bolso y buscó un analgésico. Lo llevaba medio vacío, como casi siempre: el carné de identidad, algunas cosas para la cara, un libro de Murakami, *After dark* . Era una defensora de la literatura del japonés, aunque en su departamento había división de opiniones. Amorós no entendía cómo podía pensar así una admiradora de Borges y Cortázar. Lo que Nora nunca quiso

explicarle era que sus historias le recordaban los libros de aventuras de su juventud. Se planteaban enigmas que había que resolver, los personajes viajaban continuamente y siempre se jugaba con la identidad.

Sergio insistió en que lo acompañara a la librería; con un poco de suerte tal vez pudiera conocer a Albertina. Se sentía afortunado por contar con su amistad, lo que le permitía presumir de ser amigo de la poeta más joven de su barrio y de la más vieja. La poesía de María José tenía algo de la melancolía de Albertina; su influencia empezaba a manifestarse en cada frase, incluso en la libertad de sus construcciones. Quizá Albertina ni siquiera fuera consciente de la fuerza de su lenguaje, incluso de la capacidad de atracción sobre los jóvenes, como ocurría con María José, por ejemplo.

Nora se tomó una buscapina, e intentó aguantar el dolor pensando en los libros de Murakami que más le gustaban. *La caza del carnero salvaje* , por ejemplo, relataba la búsqueda de la eterna juventud por parte del protagonista, incluso del santo grial. *El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas* transformaba la isla del tesoro en las cloacas de Tokio y a los piratas en unicornios. En *Kafka en la orilla* se mezclaban dos personajes que eran mitos y arquetipos a la vez, Edipo Rey y Franz Kafka. *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* era una novela de aventuras de principio a fin, aunque los personajes apenas se movieran de su casa y se empeñasen en esconderse en los pozos de los jardines abandonados y hasta en el interior de un ordenador. Esa novela le haría pasar a la historia.

Según el profesor del que le había hablado, dijo poco después frente al escaparate de la librería, Van Gogh había pintado su cuadro a las cuatro de la mañana del mes de junio, y la estela era un cometa. ¡No existía otra explicación posible! ¿Estás segura de que eso era lo que había en el cielo de Provenza?, le preguntó Sergio tosiendo varias veces. En absoluto, dijo Nora, pero no me extrañaría que Van Gogh imitara la imagen de un cometa. Después de todo también era un pintor de este mundo.

¿O sería de otro mundo?, pensó sin ocultar una sonrisa. ¿Por qué no podría venir de otro mundo a bordo de una nave espacial,

como los alienígenas del cine que tanto le gustaba? Nunca se imaginaría a Van Gogh en una de las películas hiperrealistas de estos tiempos, pero sí en las de los años cincuenta. Van Gogh bajaría de una nave espacial en blanco y negro, y lo llenaría todo de color.

Otra vez en casa…, dijo Sergio acercándose a la puerta.

Se giró hacia Nora, que se había quedado ensimismada mirando la carátula del disco de rock.

¿Te gusta su música?, le preguntó con la voz ronca. Nunca la he escuchado, se encogió ella de hombros, y luego dijo: ¿Es como la de *Pink Floyd* ?

Sergio se pensó la respuesta.

Habrá que preguntárselo a Miguel Ángel, balbuceó; yo no soy ningún experto, no creas. Sé que mezclan la música folk, el rock y el blues, con pinceladas de música medieval, renacentista y hasta barroca, y que han usado una gran variedad de instrumentos, en su mayoría tocados por el propio Ian Anderson, como el laúd, el saxofón, la armónica, la gaita, el acordeón y diversos tipos de flautas, como no podía ser de otra manera. *Jethro Tull* marcó una época, la de mis padres, precisamente, y mientras yo viva esa portada permanecerá pegada en la puerta. Es lo último que puedo hacer por él, por los dos.

No obstante, su obra más universal era *Aqualung* , de 1971, sobre lo insustancial de la vida cotidiana. La canción que daba nombre al disco y *Locomotive Breath* se escucharon durante mucho tiempo en las emisoras de radio. En 2003 la revista *Rolling Stone* lo incluyó entre los 500 mejores álbumes de todos los tiempos. Ya le había dicho que el personaje principal era un mendigo alcohólico, sin techo y pedófilo.

Sergio se apartó para que saliera una mujer baja y menuda, que se detuvo nada más verle. Esbozó una sonrisa y le dijo que debían dejar de celebrar tantas fiestas en la librería, porque la cocina siempre se quedaba hecha una pena. Sergio se encogió de hombros, la abrazó y la besó tiernamente en la mejilla.

Es Filomena, dijo a Nora mientras la mujer atravesaba la plaza en dirección a la calle Príncipe, una chica de Honduras que limpia

la librería dos veces por semana. Lleva tres años en España, y su sueño es regresar cuanto antes a Brasil, donde la esperan su marido y su hija de cuatro años.

5

Albertina Duarte sacó un cigarrillo del interior de una *Biblia* hueca, soltó una risa infantil, tosió y se colocó el pelo.

Esta librería es una caja de sorpresas, dijo a Nora mirando el cigarrillo, casi adorándolo. Y lo más gracioso es que el médico me ha prohibido fumar…, como si fuera a vivir otros cien años. No sé lo que pensarás tú, pero yo creo que los médicos están mal de la cabeza. Deberían ir al psicólogo antes de que les diesen el título de medicina, para que no nos volvieran locos a los demás.

Todavía era una mujer hermosa, con los ojos azules, la frente grande y los labios pintados de rojo.

El hecho de venir cada día, dijo mientras se encendía el cigarrillo, ya es un aliciente para levantarme de la cama. ¿Sabes cuándo supe que había encontrado mi lugar? Cuando descubrí que esta *Biblia* estaba llena de cigarros. No es que no me sienta buena cristiana, pero reconozco que mi fe es un tanto particular.

Había traído dos discos para Sergio. El primero era una versión de la cuarta sinfonía de Mahler (sólo del primer y tercer movimientos) a cargo de la Royal Concertgebouw Orchestra, bajo la dirección de Mengelberg en 1936, que no había dejado de acompañarla durante su exilio. En el segundo se recogía la voz de Juan Ramón Jiménez recitando poemas de Juan de la Cruz: *Canciones del alma y Canciones del alma en la íntima comunicación de amor de Dios* . También era de cuarenta y cinco revoluciones, y había sido grabado nueve años después por la biblioteca del Congreso de Washington.

Sigo levantándome temprano, añadió fumando con ganas. A las seis de la mañana ya me estoy tomando un café. ¿Por qué madrugo tanto? Vete tú a saber, pero no puedo estar más de cinco o seis horas acostada. Realmente, a partir de ese momento, empiezan a asaltarme figuras extrañas, casi fantasmales, terroríficas, empeñadas en meterse en mi interior por cualquier

orificio de mi cuerpo. Desaparecen de mi vista cuando abro los ojos, quizá porque son tan cobardes como yo. A veces me cuesta despertar, como si tuviese que aceptar el sueño permanente de una muerte a la espera.

Iba vestida como la típica mujer inglesa, con una falda de cuadros, una rebeca oscura y una blusa de volantes.

Pero no me hagas caso…, comentó acto seguido. No soy más que una vieja que vive con la vida prestada.

Sergio salió del lavabo, se dirigió al tocadiscos y limpió la tapa con una toallita de encerar muebles. Nora no pudo evitar fijarse en la mancha de sus pantalones; seguro que se había mojado mientras orinaba. A su marido le sucedía lo mismo siempre que iba al lavabo. También tenía la costumbre de tocarse sus partes aunque estuviera en público. Algunos decían que era uno de los mejores ingenieros de caminos de este país, pero eso no quería decir nada. Sergio había aprendido a no juzgar a los demás, como su padre.

Ella tampoco juzgó nunca a su marido. Lo único que quería era olvidarlo de una vez.

La colina de los chopos, el hospital blanco y las fotos en blanco y negro del álbum familiar, dijo Albertina mientras escuchaban la voz de Juan Ramón Jiménez. Era necesario que la poesía estuviese por encima del éxito y el dinero. Ella jamás había querido cultivar nada, prefería pasarlo mal a mendigar ayudas. Su trabajo como escritora no le había reportado ni una peseta. Había sido la "marida", como otras poetas de su generación, siempre a la sombra de los hombres. Lo peor no había sido eso, sino tener que abandonar España, la búsqueda de una casa donde vivir con su hijo, la melancolía de su marido que le impedía escribir, los primeros trabajos como profesora… Nadie los había educado para vivir encerrados en la voluntad de un dictador, y el suicidio no podía ser la solución para una persona como ella, educada para entender las tres cosas esenciales: dios, amor y poesía. Ahora sentía una dolorida expresión del tiempo huido y un acercamiento a la religión más como refugio que como necesidad, para sentirse "desdibujada entre los equívocos linderos de la vaguedad y la vagancia", que convertían en imposible el no saber,

el no soñar, el inventarlo todo.

Es mi chica preferida…, dijo Sergio abrazándola. Albertina no tiene nada que ver con *Jethro Tull* , pero es tan necesaria como el grupo de rock. Mahler y Juan Ramón Jiménez también son parte esencial de esta casa.

Albertina se quedó apretada a él, sintiendo que su calor la redimía de cualquier pasado oscuro.

Es el mejor adulador que conozco, balbuceó mientras miraba hacia la puerta, mejor incluso que su padre.

María José entró en la librería después de dar un empujón a la puerta, saludó a Albertina y a Nora con una reverencia, besó a Sergio en la boca, aplastó el cigarrillo en un libro de tapa dura, dijo algo sobre el buen tiempo que hacía y lo bonita que estaba la plaza llena de gente, cogió una silla y se sentó junto a la profesora. Después les enseñó las entradas para el baile de Carnaval. Esa año se celebraba un homenaje al cine en el Círculo de Bellas Artes . Se había vestido así porque no quería sentir envidia de Ingrid Bergman mientras se despedía de Bogart en un aeropuerto bajo la niebla. El director del Círculo quería invitarlos a todos al baile. Sería la primera vez que entraran gratis en alguna parte.

Albertina no perdió tiempo y le dijo que su mejor disfraz eran sus arrugas. Los disfraces podían servir para ocultar la verdad, pero a veces la verdad y la realidad eran incompatibles. Ella también había sido joven, y disfrutado de bailes de Carnaval más auténticos que los actuales, pero ya era tarde.

Los poetas surrealistas sólo brindaban con champán, dijo María José a Sergio con rostro exultante, y espero que nosotros hagamos lo mismo antes de ir al baile. Necesito moverme, no parar en toda la noche hasta caer rendida en la cama.

Sergio se fue a la cocina, pero regresó moviendo la cabeza. El frigorífico estaba casi vacío. La última botella de champán se había terminado el día anterior. Lo mejor era pasarse por la tienda de Huertas. Alberto Olmos era buen amigo, y vivía encima de la tienda, así que no tendría inconveniente en bajar y abrirle a esas horas. Su padre sólo se fiaba de la calidad de sus productos.

María José se puso la gabardina y se agarró de su brazo. Sergio la estrechó con fuerza y la besó en la boca.

Esa chica es una de sus víctimas…, dijo Albertina en cuanto se quedaron solas. María José conseguirá escribir buenos poemas, incluso buenísimos poemas, pero como mujer no va a ser feliz con él.

Nora prestó especial atención a esta declaración de intenciones de la vieja poeta, aunque no pudo quedarse callada.

¡Los típicos complejos de las mujeres!, exclamó antes de encenderse un cigarrillo.

Ahora fue la poeta quien la miró a ella con curiosidad.

María José sólo se fía de su opinión, dijo con una mirada brillante, y está claro que le quiere. El problema de Sergio es que Nuria murió demasiado joven, y desde ese momento la vida de Daniel fue un desastre, llena de aventuras que precipitaron su muerte, con poco más de sesenta años. Y quizá para defenderse de ello, Sergio se empeña en no querer ver la realidad. Ahora le ha dado por subirse a una avioneta y viajar de una parte a otra como un loco, hasta que se estrelle. Tantos años fuera de España me han hecho comprender que los sitios están donde tú estás. Siempre he llevado este país en el corazón y no he podido desprenderme de él, aunque me hubiera subido a cientos de avionetas.

Acabo de cumplir cincuenta años, dijo Nora, y no me importaría que alguien como Sergio me prestara atención. Sólo he cruzado unas frases contigo…, dijo Albertina, pero no creo que tengas los mismos problemas que María José. A lo mejor te equivocas, aseguró Nora. A lo mejor, repitió Albertina.

La vieja poeta sacó unos folios de su bolso y los dejó sobre la mesa. Era un libro donde hablaba de sí misma, pero también de Daniel y Sergio.

¿Sabes que entre las dos sumamos siglo y medio?, añadió mientras alargaba un folio a la profesora.

Nora lo leyó con cierto nerviosismo. No pensaba emitir ninguna opinión sobre esos versos.

Pepe entró vestido de esmoquin y con un sombrero de copa en

la mano. Las saludó con una sonrisa y les dijo que acababa de alquilar la ropa en la tienda de Amor de Dios. En realidad se lo habían prestado con la promesa de pagar la factura dentro de unos días. Luego se acercó al piano y comenzó a tocar. Nora observó cómo acariciaba las teclas, y pensó que le gustaría que alguien tocara así para ella.

Natalie era un libro abierto, dijo Pepe entre dientes, uno de esos libros que tenía sobre la mesilla de noche hasta terminar de leerlo. *Por el lado de Swann* no era el nombre de una novela, sino una forma de entender la lectura, casi una forma de ser. Combray no era un lugar distinguible en el mapa, sino un estado de ánimo, el relato de la infancia de alguien que pronto pasó a ser su propia infancia. Y la criada de su tía era todas las madres con sus múltiples detalles, la persona que le susurraba al oído antes de dormir: "Ya está el bosque sombrío, pero azul sigue el cielo", la que le habría permitido conocer París mejor que Madrid para que cualquier transeúnte indicara a lo lejos la torre de un hospital o el campanario de un convento. Desde que Natalie empezó a ir por allí, él ya no necesitó la mesilla de noche para nada, aunque el duermevela se convirtiera en una parte importante de su vida. Hablar con ella era como leer un libro; su mente se encargaba de dar sentido a la historia. Natalie era de las pocas mujeres que había sido capaz de trascender su propia personalidad.

Albertina soltó una carcajada, y dijo que entre los tres sumaban más de doscientos años, toda una eternidad.

¿En qué pensaría Borges cuando paseaba con Norah por Buenos Aires?, se preguntó la profesora. ¿Quizá adivinara que sólo podría ser feliz a su lado? Borges quería cambiarse por Girondo, y Pepe por Sergio. Y Sergio, ¿por quién querría cambiarse? ¿Y ella, tal vez por el amor imposible de Borges?

Pepe interpretó la conocida canción de Brel una vez más. Era la preferida de Natalie, balbuceó.

¿Me sirves un whisky?, dijo Albertina a Nora con un nuevo cigarrillo entre los dedos. ¿Creía que ya no quedaban bebidas?, se encogió Nora de hombros. Abre ese mueble, dijo la vieja poeta, señalando al mueble del siglo XVIII . Sergio suele cambiar las botellas de sitio cada cierto tiempo para que no se las beban sus

amigos, sobre todo Miguel Ángel, Magda y María José, pero yo le sigo la pista sin problemas. Desde esta silla se distinguen las cosas perfectamente, y sólo tengo que permanecer atenta. La llave está dentro de la guitarra; muévela un poco y ya verás como sale en seguida.

Nora siguió el consejo de Albertina.

¡Por nosotras!, dijo Albertina poco después levantando su whisky. ¡Y por Daniel Barrios, y su lucha constante por mantener abierta la librería! Y, ya puestos, por Pepe y Miguel Ángel, los últimos bohemios que quedan en este país… ¡Y por Sergio, claro, y esa asombrosa personalidad que ha heredado de su padre!

Nora sonrió, y se bebió su copa. No estaba acostumbrada a beber, pero aquel whisky le sentó bien.

Hay días en que salgo borracha de esta librería, dijo Albertina sonriendo, y alguno en que soy incapaz de moverme. En ese caso me quedo a dormir en una de las habitaciones. Sergio siempre quiere que me acueste en la cama de sus padres, pero a mí no me apetece. Yo le digo que es demasiado grande para mí sola, y que me conformo con una de las camas del otro cuarto, que son más pequeñas. Y no es que sea supersticiosa, no es eso. He pasado por muchas desgracias en mi vida, y todas las han provocado los hombres.

Le acercó la copa para que volviera a llenársela.

No pongas esa cara…, dijo tras bebérsela de un trago. Necesito tomarme media botella para que el whisky empiece a hacerme efecto, así que no te preocupes. Además no creo que se resienta mi salud. Siempre he creído que todas las cosas tienen un límite, y que moriré con un whisky en la mano.

Nora también pensó en la gran cantidad de cigarros que fumaba, pero prefirió no decirle nada.

Te acercas al abismo, dijo Pepe volviéndose hacia ellas, y sientes deseos de saltar. Es un escalofrío que te recorre la piel, pero que te impide dar el último paso. Sólo existen unos metros entre la vida y la inmortalidad.

Eso se merece otro trago, sí señor…, dijo Albertina antes de cerrar los ojos y quedarse dormida instantáneamente.

Nora no supo qué hacer. Sergio y María José no tardarían en volver con las botellas de champán, y los otros también aparecerían en cualquier momento. Decidió quedarse sentada, escuchando a Pepe y mirando a la vieja poeta. El rostro de Albertina se veía espléndido a pesar de sus arrugas; quizá el médico desconociera sus grandes pasiones, pero no iba a cambiar a su edad. Albertina también procedía de otro mundo paralelo, un lugar donde nadie pegaba tiros por la calle. Cogió su libro y empezó a leer. Al principio aquello le sonó demasiado a Juan Ramón Jiménez.

6

En el último Carnaval había un caradura que me tocaba las tetas en cuanto me descuidaba, dijo Elena acariciando la cabeza de Pepe. ¡A ver, que levante la mano el tío de la careta de enanito de Blancanieves del año pasado!

Miguel Ángel aprovechó para pedir un poco de surrealismo a la vez que abría la primera botella de champán de la noche.

Elena quería parecerse a Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses* , mientras sujetaba su copa con ambas manos como si se la fueran a arrebatar. Pepe mostraba la soledad de su boca y disfrutaba del traje de Fred Astaire en *La alegre divorciada* . Raúl prefería ser Robert Redford en *Habana* y para eso se había empapado el pelo de gomina. Anselmo iba de Leonardo di Caprio en busca de Rimbaud en *Vidas al límite* , Dominic era el mirón de David Hemmins en *Blow up* , y Magda la Audrey Hepburn de Truman Capote en *Desayuno con diamantes.* Miguel Ángel no había tenido que disfrazarse de nadie en concreto para representar el papel que Nora le había asignado al conocerlo.

Con la que he terminado esta tarde, llevo escritas cincuenta páginas sobre la dictadura de Cuba, dijo Raúl tras coger una silla y sentarse en medio de la librería. No es un secreto que los Castro están en las últimas, pero nadie nos garantiza que la dictadura no continúe cuando hayan muerto. Son demasiados años educando a los jóvenes para que no se rebelen contra sus maestros. Los dictadores marcan las normas y los demás obedecen, aunque no lo sepan. Estoy harto de escuchar que Cuba tiene la mejor educación del Caribe, incluso la mejor sanidad, pero no se dice que es a costa de perder la libertad.

Nora volvió a pensar en la isla de la Tortuga.

El Carnaval es el momento perfecto para empezar una revolución, dijo Anselmo mientras sujetaba una copa para Sergio. Estoy pensando que podríamos quemar unas cuantas librerías,

¿no os parece? Cuando haya ardido todo, compraremos libros electrónicos y tendremos más sitio. Una librería es la que te da de comer a ti…, se rió Sergio cogiendo su copa. El problema de Anselmo es que está tan obsesionado con la contabilidad de la librería que necesita sacar toda la mala leche que lleva dentro, dijo Pepe también con una copa en la mano. ¿Mala leche?, se extrañó el joven encendiéndose un cigarrillo. Nunca he tenido mala leche, pero algo habrá que hacer con el papel si los libros empiezan a parecerse a videojuegos. ¿Os habéis enterado? Ahora los relatos llevan links y videos de los propios escritores. ¡Es fantástico! A lo mejor meten hasta música, y entonces ya podríamos hablar del hombre orquesta.

Dominic terminó de llenar las copas, se sujetó las gafas de pasta con sus larguísimos dedos y pidió a Pepe que tocara el piano. El novelista le obedeció, dejó su copa en una mesa e interpretó *Ne me quitte pas* . No tardó en referirse a Natalie, pero ninguno de sus amigos le prestó la menor atención.

¿Y cuando nos cansemos de los libros electrónicos?, les preguntó Magda con la mirada acuosa. Podríamos amontonarlos en medio de la plaza e intentar quemarlos, le respondió Dominic apurando su copa. Habría que crear una brigada especial en el cuerpo de bomberos para salvarlos, aseguró Magda sirviéndole más champán. ¡Es fantástico! Las pantallas se pondrían a gritar: “¡Estamos ardiendo, estamos ardiendo!” Luego alguien escribiría un libro (o haría un videojuego) para inmortalizarla. Destruiríamos electrónicamente esos libros con toda la artillería pesada que se nos ocurriera.

Todo es cuestión de dinero, aunque algunas no nos llevemos ni una peseta, dijo Albertina.

Nora no le quitaba la vista de encima.

Sergio guarda una fortuna entre las páginas de esos libros…, dijo Miguel Ángel señalando hacia las estanterías, un montón de billetes de quinientos euros. Hacedme caso, y os haréis ricos. Yo llevo recorridos todos los autores desde la A a la H; todavía no he encontrado nada, pero no pierdo la esperanza.

Albertina pidió más champán mientras apretaba con fuerza la *Biblia* .

Si no hubiera tantos piratas informáticos por todas partes…, dijo Magda con una sonrisa. ¿Te refieres a los repugnantes animalitos que viven debajo de las piedras?, le preguntó Dominic riendo. ¿Esas cucarachas que viven del cuento, es decir, de los cuentos que inventan los demás?, siguió Magda.

Miguel Ángel pidió un cigarro a Albertina, pero esta miró para otro lado.

¿No prefieres un cigarrillo electrónico?, le dijo Elena antes de pedir más champán a Dominic. ¿Para morir envenenado en una nube de vapor de agua?, se rió Miguel Ángel. Y estar más cerca del cielo…, aseguró la actriz. Te recuerdo que Juan Pablo II se cargó el infierno, dijo Albertina. Y Ratzinger ha hecho lo mismo con el purgatorio…, añadió Elena encogiéndose de hombros.

El cielo y el infierno ya no eran lugares, balbuceó Raúl pensativo, sino estados de ánimo.

El infierno somos todos, continuó Pepe frunciendo los labios. Eso ya lo dijo Sartre, dijo Elena acariciándole la cabeza. El cielo y el infierno son las dos caras de la moneda, dijo Magda abrazando a Dominic. Capitalismo y comunismo, balbuceó este. Me preocupa más el comunismo que el capitalismo, dijo Sergio con exagerada seriedad. Tienes extrañas preocupaciones, aseguró Magda riendo. Europa siempre ha sido hipócrita con los dictadores, volvió Raúl a lo suyo. ¿Qué me dices de Estados Unidos?, le preguntó Anselmo. Qué quieres que te diga, le dijo Raúl, sin su ayuda los disidentes habríamos terminado en el fondo del mar de las Antillas, como tantos barcos portugueses y españoles asaltados por los piratas. Los alrededores de Cuba tal vez sean el mayor cementerio de barcos de la historia. Sergio siempre levantando polémica…, dijo Dominic. No suelo tener esa costumbre, dijo el crío tocándose la oreja. ¡Ay, si Daniel estuviera aquí!, exclamó Miguel Ángel con otra botella en la mano. Entonces el joven librero se cagaría las patas abajo, aseguró Magda. Eso, las patas abajo, repitió Anselmo. Las patas abajo, terminó Dominic. ¿Qué me decís de la cara que se os quedó anoche cuando os leí aquellos poemas?, dijo Miguel Ángel cogiéndolos desprevenidos.

Magda, Elena y María José hicieron como que se mareaban.

El quid está en la sacrosanta esencia maldita, dijo Miguel Ángel cambiando ligeramente el tono de voz, y me da igual que el escritor tradicional haya muerto. Lo que me desagrada es el exceso de ornamentación en literatura, la crítica que refleja el verso de Lautréamont. "¡Ah, si el mundo fuese como un inmenso culo!" Más que surrealista ese verso es maldito, ¿no creéis? Como un inmenso culo…

María José se quitó la ropa, y dijo a Sergio que tenía su espalda a su disposición. ¿Se atrevería a dibujar en ella los ojos de un violoncelo? Esa fotografía marcó su juventud, y siempre estaría unida a la película de Buñuel y Dalí, a ese otro ojo que le sedujo de tal modo que se lanzó a escribir como si en ello le fuera la vida. Ahí estaba el surrealismo de verdad, el que aprendieron la mayoría de los imitadores que llegaron después. No hubieran hecho nada sin la navaja que construía el espejismo junto a las hormigas que se metieron en su cuerpo una mañana en la Filmoteca Nacional.

Internet sí que es un inmenso culo rodeado de hormigas, aseguró Magda terminando otra copa. O de mentiras…, añadió Albertina con una risa malévola. ¡Vaya con las viejas glorias!, intervino Elena. ¿Lo dices por ti?, le preguntó la poeta. Me refería a la película de Buñuel, dijo la actriz; en YouTube podéis encontrar un montón de parodias de esa película. Que nunca podrán superar a la original…, dijo Miguel Ángel con ímpetu. Desde un navegador se puede arrastrar cualquier archivo al móvil con Android, continuó la actriz.

¿Por qué no brindamos por la próxima película de Elena?, dijo Sergio abriendo la enésima botella de champán. Es verdad, dijeron Magda y Dominic al unísono. No me importaría tocar el piano en esa película, se rió Pepe. ¿Cuándo empezáis el rodaje?, dijo Nora con ganas de intervenir en la conversación.

En ese momento un joven empezó a gritar, y hundió la frente en el escaparate. Magda y Anselmo se pusieron a aplaudir, y Dominic dijo que quería aprenderse toda la literatura en un minuto.

Albertina se levantó y se dirigió hacia la puerta, y Sergio y Pepe la siguieron.

Sergio entró al cabo de unos minutos, buscó el móvil que había dejado sobre el mueble del XVIII y marcó el número de urgencias.

El Samur no tardó en llegar. El joven bordeaba la muerte a causa de un coma etílico. Dos sanitarios intentaron reanimarlo sin éxito, y decidieron trasladarlo al hospital. Dominic y Raúl les ayudaron a transportar la camilla a la ambulancia. Sergio les pidió permiso para acompañarlos, ya que el incidente se había producido en la puerta de su librería y se sentía responsable de alguna forma.

Si me retraso, no me esperéis, dijo a sus amigos.

¡Ahí va el hombre perfecto!, exclamó María José en cuanto Sergio salió por la puerta. Es un cabrón, dijo Magda tras encenderse un cigarrillo. Estoy de acuerdo, dijo María José, un cabrón tan encantador como su padre, y luego dijo: No sé si estamos viviendo dentro de un videojuego, pero Sergio es capaz de manipular la realidad a su antojo. Nunca he entendido lo que veis en él, se preguntó Miguel Ángel. Es uno de los grandes misterios de la humanidad, aseguró Magda. Tengamos la fiesta en paz, y que alguien me dé un cigarrillo, dijo Albertina, porque esta *Biblia* se agota.

La librería se quedó en silencio. La carátula con forma de periódico seguía en la puerta, la guitarra guardaba en su interior la llave del mueble del siglo XVIII y tal vez los libros escondieran una fortuna entre sus páginas. Fuera había pedófilos con poluciones nocturnas por culpa de las lolitas de turno; quizá también desearan creer en dios, o al menos parecer que lo intentaban. No cabía ni un alma en aquella librería, empeñada en convertirse en una *caveau* de París, una *caveau* de la orilla izquierda, como soñó Cortázar. A Nora le gustaba una literatura de personajes capaz de transformar a sus lectores. El artista embellece la realidad, en eso no hay ninguna duda. El problema es que la tradición mimética acabará desfigurando la propia realidad. Quizá María José tuviera razón, y aquello no fuese más que un videojuego que Sergio utilizaba para no aburrirse. Salgari apenas salió de su tierra, y lo mismo les ocurrió a Verne o Wells. A Daniel Barrios no le quedó más remedio que retirarlos del

escaparate y de las mesas y estanterías. La gente ya no creía en los cuentos de hadas, era cosa de mentes infantiles. La hiperrealidad se había impuesto con todas las consecuencias. El mundo ya no pertenecía a los navegantes solitarios en busca de Ítaca o a los animales mitológicos que tenían el cuerpo de caballo y la cabeza de ciervo. ¡Con un cuerno en medio de la frente! Ella siempre se presentaba el primer día de clase con una manzana en la mano; se la enseñaba a sus alumnos y les pedía que analizaran su sabor. Eso era la literatura para Nora, el sabor de una manzana. Hablar de sus libros preferidos era hacerlo de unos seductores que pululaban a su antojo por San Petersburgo, en compañía de famas y cronopios para sentirse libres, y perderse un día por las calles de Dublín mientras leían el periódico en el váter después de comer un riñón bien cocinado.

(Y entonces apareció el unicornio a bordo de una avioneta que a Nora le recordó el árbol del paraíso).

No ha salido vivo de la plaza…, dijo Sergio con la mirada perdida.

Miguel Ángel llenó una copa, y se la pasó.

¿Eso es todo lo que vas a decirnos?, le preguntó María José. No hay mucho más que decir, os lo aseguro, dijo apurando la copa. Ni siquiera pudimos llegar a Sol. Ese chico estaba medio muerto cuando golpeó el escaparate. Según los del Samur, es posible que llevara varias horas bebiendo sin parar, hasta que su hígado se negó a seguir funcionando. A lo mejor bebía para olvidar…, sonrió Dominic. ¿Qué tendría que olvidar un tipo tan joven?, se preguntó Elena. Como dijo aquel, dijo Miguel Ángel a punto de reír, el ser humano es un gran misterio. Tú sí que eres un gran misterio para mí…, se rió María José con ganas.

Un reloj de pared les avisó de que eran las dos de la madrugada.

El Carnaval tiene que estar en su mejor momento, dijo Anselmo frotándose las manos. ¡Vámonos al cine!, exclamó María José. Yo me quedo con William Holden, dijo Elena llevándose la mano a la frente. ¿Y nosotros qué hacemos?, alargó Dominic el brazo a Magda. ¿Nos pasamos por Tiffany?, dijo ella. ¡Cochinos burgueses!, dijo Anselmo. ¿Están incluidos los contables?, le

preguntó la profesora. Esos…, los primeros, aseguró Dominic. ¿Y dónde vamos a encontrar un gato a estas horas?, se preguntó Magda.

Sergio les pidió que se adelantaran. Él se pasaría más tarde por el Círculo; necesitaba ducharse y cambiarse de ropa. Además, tenía que buscar el antifaz adecuado para el traje negro que quería ponerse.

María José le dijo que le esperaría lo que hiciera falta, pero Sergio insistió en quedarse solo.

La joven se dirigió a la puerta haciendo aspavientos.

Nora se metió en el cuarto de baño. Le apetecía lavarse las manos, pero una vez allí volvió a sentarse sobre la taza. Fue entonces cuando pensó que María José había acertado al decir que Bogart y Bergman únicamente tenían sentido como mitos. Alguien apagaba la luz, empezaba la película y Bogart volvía a tener cuarenta años y a ser un romántico que luchaba por la República española, y Bergman una mujer enamorada tanto del aventurero como de la única persona que podría salvar al mundo. Los dos eran inteligentes, guapos y seductores. Eran jóvenes y eternos, de esos capaces de llevarse la vida por delante. Mientras permanecía sentada empezó a escuchar violines y flautas, xilófonos y órganos, sintetizadores y teclados. Era la música de ese disco conceptual que tanto gustaba a Miguel Ángel y Daniel Barrios. La letra se basaba en un poema escrito por un ficticio niño precoz, Gerald Bostock, alias *Little Milton.* Las cubiertas y el interior del disco fueron diseñados imitando el diario de un pueblo, el *St. Cleve Chronicle & Linwell Advertiser* , donde se incluía la letra de la canción y diversas noticias y pasatiempos típicos de un periódico.

7

A sus padres les apasionaba esa música, dijo Sergio tras situar la aguja del tocadiscos en el primer surco de *A passion play* . Siempre que invitaban a sus amigos a escuchar sus discos, la librería se convertía en una especie de templo del rock. Todo se llenaba de humo, y sus padres se movían al ritmo de la música, y se besaban, no dejaban de besarse. Él se dormía aturdido por el humo y la música, pero cuando despertaba seguían besándose. Claro que no siempre le dejaban quedarse hasta el final, eso también lo recordaba; en esas ocasiones le mandaban a la cama antes de tiempo, aunque su madre siempre se pasara por su habitación para darle el beso de buenas noches. Antes de cerrar la puerta le hablaba de una magdalena que se deshacía poco a poco en el paladar; él creía que era porque le gustaba mojar magdalenas en el café mientras aspiraba el humo del cigarrillo. Tardó mucho tiempo en saber lo que quería decirle en realidad, y para entonces ya era tarde para los dos. Por eso prefería pensar en aquella época de los conciertos de *Jethro Tull* , cuando sus padres se querían y formaban una pareja perfecta. No había nadie más feliz que ellos, que los tres, protegidos por la música, sus amigos y el humo de los cigarros que se encendían sin cesar.

Sergio Barrios el paradójico, pensó Nora, sentada a la mesa de la primera vez, mientras Ian Anderson decía *There was a rush along the Fulham Road. /There was a hush in the Passion Play.*

Cogió la guía de Samarcanda, y se fijó en que muchas de sus páginas estaban subrayadas. Las cúpulas de malaquita y arabescos de las mezquitas y madrazas se veían espléndidas en las fotografías.

Nunca les pregunté por qué se besaban tanto…, susurró el joven.

Sergio Barrios el inefable, convertido en la mismísima Norah Lange para ella, se dijo Nora. Y eso que su mundo se resumía en ir cada mañana a la facultad y regresar por la noche a su casa, y

en las aburridas críticas para el *Nuevo Madrid* y las conferencias sobre algunos de sus escritores favoritos. No era más que la posibilidad de seguir dentro de un mundo intelectual, frío y distante, que nunca le había convencido. Más de una vez había pretendido salirse de él, pero ya no se sentía con fuerzas para hacerlo.

Mi padre comparaba esa música con el hecho de subirse a una avioneta, acercó Sergio su silla a la de Nora. Los amaneceres de la plaza Santa Ana son los más hermosos de Madrid. Él fue quien me habló de la luz que salía del teatro y se extinguía lentamente en los balcones del hotel. Algunos de esos amaneceres los he contemplado desde el aire. Las ruedas de la avioneta pasan sobre los tejados y puedo oír el latido de los corazones. Las nubes se llenan de amantes sobre las camas.

Aquel hombre podía estrellarse en cualquier momento, pensó Nora echándose hacia atrás, y sería una gran pérdida para el mundo. La realidad estaba dentro de uno mismo y no en el interior de una avioneta, por mucho que Sergio y su padre se empeñasen en lo contrario. El tiempo no se detenía ni se cambiaba a su antojo. Ese mundo era pura ficción. Los únicos pasadizos interiores que ella conocía eran los que empezaban al abrir las páginas de un libro. La realidad podía ser terrible, llena de maltratadores.

¿Aún no te has hartado de mí?, le preguntó intentando que no se le notara el agotamiento. Y añadió: Llevamos juntos todo el día. Me has enseñado tu barrio y he conocido a tus amigos. Hacía tiempo que nadie me prestaba tanta atención como tú, y te lo agradezco, pero no recuerdo que te pusiera ninguna matrícula, ni siquiera un sobresaliente. ¿Nos queda algo más por hacer esta noche?

No sentía ningún dolor, y eso la tranquilizaba. Cogió la novela de McInnes sobre las tribulaciones de un muchacho en el Soho de los cincuenta, entre disturbios raciales, jazz del bueno, teddy boys , calcetines de colores y amor no correspondido. Recordó que era una de las preferidas de sus alumnos.

En esa época todos los grupos de rock se adaptaban a las dos caras…, dijo Sergio cuando *A passion play* dejó de girar sobre su

eje.

Se levantó y se dirigió hacia el tocadiscos.

Por eso cada parte apenas supera los veinte minutos, añadió. En *Thick as a brick* se ve muy claro.

Todo estaba claro para Sergio Barrios, se dijo ella.

¿Y tus amigos?, le preguntó queriendo abarcar la librería con la mirada. En el Círculo de Bellas Artes, ya lo sabes, le respondió él encogiéndose de hombros. ¿No piensas pasarte por allí en toda la noche?, insistió Nora expectante. Todos los bailes del Círculo son iguales…, sonrió Sergio.

El viaje lo estaba haciendo junto a un encantador de serpientes que todavía no le había dicho que la quería, ni siquiera que sentía algo por ella. Era como seguir los pasos de aquel rey que salió de las páginas de una novela, para meterse en la mente de un director de cine y acabar muriendo sobre la nieve de Dublín.

¿Cómo era Natalie?, le hizo otra pregunta antes de que diese la vuelta al disco. Una mujer especial, dijo Sergio sin demasiado interés.

Una mujer especial…, repitió Nora para sí.

¿Todavía la quieres?, intentó olvidarse de que tenía cincuenta años, y podía ser su madre. Supongo que no, le respondió Sergio volviéndose hacia ella.

Natalie…, dijo Nora entre susurros.

Natalie era encantadora, pero vivía en París, dijo Sergio aún con el disco en la mano. Durante un tiempo no logré quitármela de la cabeza, pero al final comprendí que pertenecíamos a mundos diferentes, y no tenía sentido que intentáramos crear nada duradero. Todos decían que hacíamos buena pareja, incluso mi padre. Mi padre jamás se metía en mi vida, pero ya ves, parece ser que aquella chica le gustaba. Natalie se ganaba la vida impartiendo clases particulares de francés; reunía poco dinero, aunque a ella no le importaba. Solía decir que cuando era pequeña sus padres ganaban casi lo mismo. A los seis o siete meses de vivir en España le ofrecieron unas clases de literatura en una universidad de Marsella, pero las rechazó. Recuerdo que una

tarde discutimos ese asunto aquí mismo, junto a esa mesa a la que estás sentada, y que ella terminó llorando. Natalie no quería regresar a Francia porque se había enamorado de mí.

Nora hubiera preferido preguntarle más cosas sobre la joven de Aix-en-Provence, pero no se sintió con fuerzas.

Debería darte una llave, le dijo Sergio mientras situaba la otra cara del disco bajo la aguja. ¿Para entrar por esa puerta cuando quiera?, le preguntó ella. Y para que te sientes a leer cualquier libro, le respondió el joven, o te quedes a dormir. Me gustaría encontrar el libro perdido de Aristóteles, dijo Nora sonriendo. Lo siento, se rió Sergio llevándose un cigarro a la boca, pero Eco se lo quedó para siempre.

¿Eco o Narciso?, se preguntó ella sin despegar los labios mientras volvía a coger la guía de Samarcanda. Tenía que enterarse de si alguno de sus alumnos había viajado a esa ciudad, por qué no. Se había encontrado con alumnos en los lugares más insospechados, pero nunca recordaba sus nombres.

¿Y me dejarás que venda libros a tus clientes?, le preguntó. Algunos insisten en que la literatura es cuestión de gustos, dijo él, y en ese caso no hay más remedio que seducirlos. Mi padre solía decir que los clientes no siempre tienen razón, aunque ya te dije que teníamos gustos diferentes.

Se dirigió hacia ella, acarició su rostro y estuvo a punto de besarla.

En la época en que todavía no se habían inventado ni la radio ni la televisión, dijo después de expulsar el humo, la gente se pasaba las tardes leyendo novelas y bebiendo café, tan ricamente. Los amores, infidelidades y aventuras cotidianas se las contaba un tipo que lo sabía todo, hasta que el protagonista se apoderó de las voces y puntos de vista. Fue el triunfo del modernismo. La parodia, los juegos y la burla llegaron cuando ya no se pudieron hacer más experimentos con el lenguaje.

¿Estás seguro de que ni siquiera te puse un vulgar notable?, le dijo Nora, pero su pregunta quedó desfigurada por la fuerza de la música. *“The passion play /goes all the way /spoils your insight”*.

¿Te ves como el héroe de una historia que no te pertenece?, le

preguntó acto seguido. ¿El héroe de un cómic, dijo Sergio cerrando los ojos y respirando con celeridad, como en tantas letras de *Jethro Tull* , y que si Supermán o Batman?

Su padre, siempre su padre…, pensó Nora.

¡Mi padre, el hijo de puta de mi padre!, exclamó él.

Sergio se inclinó sobre Nora y la besó, y deslizó su mano por su cuerpo, y ella se dejó acariciar. Al principio no sintió más que sorpresa. Era como si su cuerpo perteneciera a otra mujer, quizá a Natalie o a María José. Era ilógico que un hombre la deseara, no tenía ningún sentido. Se había acostumbrado a verse como alguien asexuado, sin reglas ni amantes. Había aceptado su situación sin demasiado dramatismo, y ahora aquel crío quería resucitarla. Nora se imaginó cerca del abismo, a un paso de precipitarse en él. Se limitó a pronunciar su nombre, y a pedirle que se detuviera. Y en ese momento supo que aquello no era verdad, sino pura ficción, la ficción en que se había convertido su vida mientras el juez dictaba una orden de alejamiento. Al principio pensó que su marido no la respetaría, pero se equivocó, como en tantas cosas… Sergio no se detenía; estaba acostumbrado a seducir a mujeres de todas las edades y ella no iba a ser una excepción, y Nora comprendió que debía acariciarlo. Los labios, las orejas, el cuello. Así, continuamente, como dos adolescentes dentro de un videojuego, como había dicho Anselmo Xiles. Sergio volvió a abrazarla, y a acariciarla, y ella se sintió desnuda. En su librería abundaban los libros con principios sugerentes y finales maravillosos, ya se lo había dicho. Era el mejor lugar que conocía para terminar su estudio; si las novelas tenían algún futuro sólo podrían encontrarlo en sitios como su librería. Sus clientes creían en los personajes de Balzac o Zola, pero también en hobbits o elfos. Le gustaba pensar que el protagonista de *La metamorfosis* era un hombre que tenía el cuerpo de un escarabajo, pero también un escarabajo con los recuerdos y la conciencia de un hombre.

Pepe abrió la puerta de la librería en esos momentos.

¿Puedo quedarme a dormir aquí?, dijo balbuceando mientras se acercaba a ellos. No tengo dinero ni para la cama de una pensión.

Se sentó junto a Nora.

Tú siempre tan oportuno…, dijo Sergio mientras se metía la camisa. Ya sé que soy una calamidad, aseguró el novelista, pero tan sólo será por esta noche. Estoy pasando por una mala racha, y el dinero no me llega ni para comer.

Te conozco desde que eras así, y sabes que no te miento.

Nora prefería mirar al suelo.

Nunca te he mentido, insistió Pepe. La de veces que te he cuidado cuando tus padres se iban al cine o a alguna fiesta. Incluso te llevaba a mi casa para que jugases con mis hijos. ¿Ya no te acuerdas?

Sergio negó con la cabeza.

¿Qué has hecho con la entrada?, le preguntó sin poder evitar una sonrisa. Se la he vendido a un tipo muy simpático que estaba loco por entrar, dijo el novelista. Entonces tienes dinero…, dijo Sergio. Sí…, dudó Pepe, pero preferí saldar una deuda. Ya sabes que me habían prohibido que volviera a pisar la cafetería del Círculo porque me había ido dos o tres veces sin pagar. ¡Como si fuese un delito gravísimo! Ni siquiera me sirvió que les dijera que era amigo de tu padre. ¡Con la de veces que he escrito allí dentro, sentado en uno de esos sillones grises que me recuerdan a los del Ateneo! ¿Y qué vas a hacer con el esmoquin?, insistió Sergio. Devolverlo a la tienda, balbuceó el novelista. Si convenzo a la dueña de que no me lo he puesto, tal vez no me haga pagar el alquiler. No tenía que haber aceptado. ¿Qué pintaba yo en una fiesta de disfraces? Bastante patética es ya mi vida, para encima tener que ponerme más máscaras.

Nora se sentía ridícula, como si acabara de entrar en uno de los lavabos de la facultad y leyese su nombre escrito en las paredes. Nunca se había visto implicada, pero a veces los alumnos se inventaban relaciones sentimentales entre los profesores. El Vicedecano de Alumnos solía enfadarse y amenazaba con expulsarlos, cosa que no ocurría nunca. La dualidad entre la realidad y la ficción podía encontrarse incluso en ese sitio.

¿No habré interrumpido una conversación importante?, les preguntó con una sonrisa entre ingenua y maliciosa. No te

preocupes, le dijo Sergio. Lo decía porque si molesto…, siguió Pepe. ¿Te he cerrado la puerta alguna vez?, le preguntó el dueño de la librería. Nunca, ya lo sé, le respondió su amigo.

Creo que ha llegado la hora de irme…, dijo Nora mirando a Sergio, y en esta ocasión no vas a convencerme de lo contrario.

Se levantó, se estiró la falda, besó a los dos hombres y se dirigió decidida hacia la puerta.

No olvides que seguimos sin decidir el futuro de la novela, dijo Sergio casi entre susurros, pero ella no se volvió.

Mientras atravesaba la plaza, recordó que Sergio no le había regalado la llave después de todo. De esa manera no podría entrar cuando quisiera para leer alguno de esos libros que aún no había leído, ni convertirse en vendedora improvisada tratando de convencer a los clientes de que se llevaran una novela de aventuras. El protagonista sería un arrogante y apuesto pirata que buscaba un tesoro en una isla de las Antillas, donde naufragaban los barcos portugueses y españoles. Antes de salir de la plaza también pensó en los seres olvidados de la sociedad, locos, drogadictos, gais, negros, mujeres… En su imaginación se juntaron todas las mujeres del mundo, todas las mujeres maltratadas, todas las mujeres con el útero reconstruido, todas las mujeres como ella. Se subió a un taxi cerca de Sol, y dijo al conductor que la llevara a la calle Princesa, en el barrio de Argüelles.

Segunda parte

8

Amorós tenía cincuenta y tantos años y una mente privilegiada. Era alto, bien parecido, de modales refinados y siempre usaba sombrero. Al verlo, Nora apagó el ordenador y se echó hacia atrás; estaba leyendo la última entrada del blog de Sergio, donde hablaba del futuro de las librerías como la suya. Prometía seguir analizando ese asunto, aunque llevaba dos semanas sin hacerlo. A Nora le interesaba más el acto creativo de escribir novelas que el soporte, aunque ambos aspectos estaban unidos. Sergio se detenía en el increíble caso de una librería de Lexington, Kentucky, que iba a abrir en el interior de un centro comercial de seis mil metros cuadrados, ocupando la sexta parte. Un tiempo después, los dueños del centro comercial se echaron atrás por falta de clientes y expresaron a la librería su intención de devolverles el dinero, pero para su sorpresa los dueños de la librería les propusieron otra cosa: coger los cinco mil metros cuadrados restantes y hacer una librería de seis mil metros. Expandieron la librería y completaron las secciones con otros negocios, una agencia de viajes, una zona de venta de productos de cocina, jardinería y paisajismo, y así sucesivamente. El éxito fue tan grande que aplicaron la idea en otros lugares.

¿Te he contado lo que opinaba Alma Mahler sobre la belleza?, dijo Nora a Amorós fijándose en el perfecto nudo de su corbata y el pañuelo de seda situado en el bolsillo superior de la americana. ¡Cientos de veces!, exclamó Amorós, sentándose frente a ella. Eso es porque tú también eres hermoso, dijo Nora riéndose. Ya, ya…, balbuceó Amorós cruzándose de brazos. Siempre he sido sincera contigo, insistió ella. ¿Aunque seas la experta en teoría de ficción del departamento?, le preguntó el profesor.

Nora no tardó en referirse a Sergio, a sus sentimientos hacia el dueño de una librería que había sido su alumno en la facultad. No entendía lo que le estaba ocurriendo, pero era real, algo que se podía tocar con los dedos. Había tenido alumnos con los que se

podía discutir de todo, incluso de Borges y Girondo, pero que se iban a su casa tan tranquilos cuando terminaba la clase, y ella se quedaba sola, leyendo cualquier artículo absurdo en su despacho, sintiendo que la vida se le escapaba.

Es guapo, inteligente y divertido, insistió Nora. Y su librería siempre está llena de gente que me recuerda a los personajes de una película de Woody Allen. Al principio parecen un poco vanidosos, pero en seguida adviertes que son buenos tipos. Incluso resultan más interesantes juntos que por separado.

Amorós clavó los ojos en Nora.

¿Has perdido la cabeza?, fue lo primero que se le ocurrió decir. Jamás la has tenido en tu sitio, pero enamorarte así es ridículo, y me da igual que lo hayas hecho de una sola persona o de todo el equipo.

A ella le salió una sonrisa condescendiente.

También la perdí varias veces por ti, dijo entonces. No te creo, aseguró él. Como quieras, dijo ella. Le llevas más de veinte años, intentó reforzar Amorós sus argumentos. ¿Desde cuándo te ha importado la edad de la gente?, le preguntó Nora.

El profesor no la contestó y miró hacia la ventana, y ella aprovechó para observar a aquel catedrático que desde hacía meses también era director de departamento. La investigadora principal del proyecto era ella, pero Amorós se había movido en el ministerio para que se lo concedieran. Amorós tenía una visión tradicional de la literatura, y solía decir que las revoluciones había que hacerlas con cuentagotas. La ficción adquiría sentido si intentaba imitar a la naturaleza, ahí estaba la única realidad posible. Había escrito libros y docenas de artículos donde pretendía demostrar que las críticas al paradigma literario dominante no estaban equivocadas, y era ridículo admitir sin más los límites de la deconstrucción y otros postulados relativistas. Gracias a ellos había recibido varios doctorados “honoris causa”. Cada año dedicaba unos meses a dictar conferencias en París, Londres y Nueva York, y había rumores de que el Príncipe de Asturias quizá completara su curriculum dentro de poco.

¿El cambio de vestuario también tiene que ver con ese joven?,

le preguntó sin volverse. Esa corbata es sugerente, sin duda.

Nora no se había puesto su traje de chaqueta de siempre. Llevaba una rebeca negra, una falda a media pierna del mismo color y una corbata con un detalle del “gran masturbador”, de Dalí.

Sé sincero…, y reconoce que te encanta el morbo de esta situación, dijo ella hojeando el último libro publicado por su amigo, que tenía encima de la mesa junto a obras de Eco, Foucault y Doležel. Desde el principio de su investigación sabía que debía incluirlos, pero desconocía cómo hacerlo.

Amorós continuaba ensimismado.

A veces me siento uno de esos fantasmas que sólo existen dentro de tu cabeza, balbuceó. Olvídate de tu habitual frialdad, al menos la que sueles utilizar conmigo, y lánzate a la realidad. Sergio Barrios no es ningún crío, y parece que sabe tratarte. Yo no consigo entenderte del todo, así que reconozco mi derrota. Deberías acostarte con él, sí…, por qué no…, quizá sea lo mejor. Ya sé que es una locura, pero yo lo haría. El sexo es una defensa contra la muerte, una manera de prolongar la vida. Tú misma me convenciste de ello hace años, incluso antes de que supiera que te quería con locura.

A Nora le salió una de sus risas tontas.

Creo que intentas seducirme, como siempre, dijo ella. Más de una jovencita se habrá quedado con la boca abierta cuando les hablas de Cervantes y Quevedo… Las alumnas ya no abren la boca, se lamentó él. ¿Ni siquiera con Cervantes y Quevedo?, le preguntó Nora. Ni siquiera con Cervantes y Quevedo, admitió Amorós.

¿Para qué servían los poetas en tiempos de penuria?, se preguntó Hölderlin hacía doscientos años. Algunos pensaban que no existía más penuria que la económica, pero no era verdad. ¿De qué servía leer novelas cuando tantas cuestiones intelectuales despertaban su interés?

¿Y tampoco cuando les hablas de sexo?, insistió Nora. Ni siquiera cuando les hablo de sexo, respondió Amorós. Y tenías razón, intentaba seducirte, como siempre, sobre todo si te pones

corbatas como esa.

Nora se acercó a un armario, cogió una botella y le ofreció un whisky. Había tenido que retirar varios libros de crítica literaria, entre los que destacaban los estudios de García Berrio sobre Paco Brines y Claudio Rodríguez. Todo lo que sabía sobre la forma interior se lo debía a Berrio. Aristóteles nunca había hablado de poesía en su famoso ensayo, aunque Berrio le había otorgado cierto papel en su obra teórica. ¿Eco o Narciso? La imitación no era sólo reproducir, sino también crear; por eso la poesía era la base de todo. El mundo lo había creado el ser humano. Como observador objetivo poseía su propio mundo real.

¡Ya veo que en los despachos no sólo se guardan libros!, dijo Amorós mirando la botella. Tendré que decirle al decano que los profesores de mi departamento se dedican a beber durante las horas lectivas.

Nora le acarició la mejilla.

¿Por qué no te casas conmigo de una vez?, se aprovechó Amorós del gesto, y añadió: No creo que haya nada que te lo impida… Quizá un joven librero…, suspiró Nora exageradamente. Que además es guapo, inteligente y divertido, ¿no es eso?, añadió el profesor. ¡Y que sabe pilotar una avioneta!, terminó ella.

Amorós no había querido casarse, a pesar de que no le habían faltado oportunidades tanto en su época de estudiante como tras convertirse en profesor. En su día juró que lo haría con Nora o con nadie más. Era un hombre paciente, y por Nora esperaría lo que hiciese falta. ¿Para qué iba a buscar a otras mujeres si ella era la mujer perfecta? Miró hacia la foto del viaje a Dublín colgada en la pared. Nora no solía apuntarse a los viajes de la facultad, ni siquiera para homenajear a Joyce en su famoso día, pero ante su insistencia no tuvo más remedio que aceptar. Le habían concedido el divorcio unas semanas atrás, y quería (y necesitaba) iniciar una nueva vida. La secretaria del decano había sacado la foto. Se encontraban junto al río, y él rodeaba su cintura con el brazo.

Cualquiera que se ocupase de cuestiones más o menos intelectuales usaba tesis doctorales y libros de texto. Sin embargo, ¿leían "novela", la gran novela? Estaba convencido de que no era

así, aunque no dejara de ser una apreciación subjetiva. Naturalmente no se podía leer de todo. Tal vez algunos sintieran cierto menosprecio por la novela como género de creación. ¿Leer novelas no era perder el tiempo? “No nos cuentes novelas”, se decía cuando alguien hablaba de algo que resultaba poco creíble. “¿Quieres leer novelas, aún crees que merece la pena hacerlo en tiempos duros?”

¿Puedo invitarte a comer?, le preguntó. ¿No me imaginas en brazos de un muchacho?, sonrió Nora. En absoluto, frunció Amorós las cejas. Borges y Cortázar no lo son todo, dijo Nora orgullosa. Depende de cómo se mire, insistió él, al menos en una mujer que hasta hace poco se llamaba Nora Acosta, y añadió: Supongo que esta locura no impedirá que te prepares la cátedra… Lo había olvidado, dijo ella sonriendo. Pues será mejor que vuelvas a pensar en la oposición cuanto antes, dijo él. Estoy dispuesto a ayudarte desde el departamento, pero no quiero manchar mi prestigio con tus locuras adolescentes.

Tras un beso estrictamente protocolario, Nora aceptó la invitación, pero no le apetecía comer en la facultad. Le sugirió el restaurante de los arcos de Moncloa, aunque tendrían que coger el autobús. Amorós había dejado su Mercedes en el aparcamiento de profesores, como siempre, pero lo mejor era que no lo cogiera.

La ciudad universitaria estaba atascada, y tardaron media hora en llegar. A ella no le importó gran cosa; sabía que el restaurante estaba lleno de magia, en los juguetes de la vitrina que separaba los dos comedores y en el mismo *fricasé* que todavía no se le había olvidado preparar al cocinero. En la vitrina había juguetes antiguos, muñecas de rostro perfecto, trenes de hojalata, coches extraños, payasos melancólicos, pelotas desinfladas, aros irrespetuosos con la lógica, patinetes que parecían bicicletas. Eran juguetes aún más antiguos que ella, fragmentos de lata encerrados en una vitrina.

Era uno de los restaurantes favoritos de Neruda…, dijo Nora mientras atravesaban la cafetería. Había fotos del Madrid antiguo colgadas en las paredes, en blanco y negro, un Madrid desaparecido hacía tiempo.

Una buena novela era como un espejo que reflejaba la vida de

los demás, dijo Amorós tras pedir una botella de agua. Los lectores entraban en el corazón de los personajes, incluso mejor que en su propio corazón, tantas veces opaco. Algunos podrían decir que lo que contaba una novela no era verdad, que no había sucedido nunca, que era pura invención, que allí no encontrarían más que falsedades. En un sentido físico tal vez fuera cierto, pero no en un sentido ético, de ninguna manera. Una novela era tan verdad y mentira como las ideas o los números, fruto de la actividad intelectual del hombre. Un tipo poco sospechoso de irracionalismo como Zubiri había afirmado que la novela era realidad en ficción, así como que la idea era realidad en concepto y los números construcciones reales de la inteligencia.

Nora sonrió abiertamente.

Tienes razón…, dijo mientras se encendía un cigarro. ¿No habíamos decidido que las novelas estaban sentenciadas a muerte? Su futuro es negro… Por eso el Ministerio de Cultura nos paga un dineral por la investigación, para demostrar que van a desaparecer y no tiene sentido seguir subvencionándolas.

Amorós no le hizo caso.

La novela podía llevarles fácilmente al corazón del hombre. Era lo que intentaba transmitir a sus alumnos. Las grandes obras tenían la virtud de hacer transparente el sentido real de los valores y contravalores de la vida. ¿Para qué poetas en tiempos de penuria? Él creía que para adentrarse en el corazón del hombre y conocer sus razones secretas, y para disminuir su penuria y su tristeza siempre que fuese posible.

Pidieron una segunda ración de *fricasé* al camarero. Les había quedado algo picante, pero aun así lo encontraron delicioso. Ella había intentado preparar ese plato en casa, sin demasiado éxito. El cocinero se negaba a darle la receta, y seguro que le faltaba algún ingrediente esencial. Nunca había sido buena cocinera; prefería bajar a los restaurantes del barrio o comprar comida preparada. Su marido salía de viaje a menudo, y a ella se le caía la casa encima. Después del divorcio, decidió que resultaba más saludable leer y escribir tranquilamente en un café o en la facultad.

¿Piensas incluir esas reflexiones en el proyecto?, le preguntó,

como si ella no tuviera nada que ver. Ya lo he hecho…, le respondió Amorós tras beber agua. Un becario las está pasando al ordenador. Quizá tenga que hacer algunos cambios, pero lo importante es eso.

Para el final dejaron los flanes con nata, otra especialidad de la casa, que Nora también había intentado hacer en casa.

José Luis Sampedro entró en el restaurante acompañado de Olga Lucas. Cada vez estaba más delgado, pensó Nora, pero sus movimientos eran seguros, como si fuese a vivir otros noventa años. Su mujer tenía buen aspecto y miraba a su marido con admiración. El viejo escritor se percató de la presencia de Nora, y se acercó a ella; cogió su mano e hizo ademán de besarla. Ese verano pensaba dictar unas conferencias en Santander sobre la novela española de los últimos años, donde citaría su trabajo como crítica. También se refirió a la novela que estaba escribiendo con la ayuda de Olga.

Mi testamento…, sonrió mirando a su mujer.

Su vida se había repartido entre la literatura y la economía, pero al final había ganado la literatura. Tampoco desdeñaba sus conocimientos sobre estructura económica, aunque sólo fuese para intentar cambiar un mundo tan injusto y egocéntrico. Recordaba, perfectamente, la última manifestación a la que habían asistido para criticar al sistema capitalista que lo devoraba todo. Dentro del sistema se podía comer varias veces al día, pero fuera hacía frío y se pasaba hambre; por eso los pobres se hinchaban hasta reventar . Los más radicales quemaron contenedores de basura y destrozaron los escaparates de todos los bancos y comercios que encontraron a su paso. Algunos fueron a parar a la cárcel, pero a Olga y a él no les ocurrió nada. No se consideraba un gamberro anti sistema, pero algo había que hacer. A pesar de la edad, no quería quedarse de brazos cruzados. El pensamiento único que dominaba el mundo desde los ochenta, con la alianza entre Reagan y Thatcher, pretendía anestesiar a todos los que no compartían sus ideas.

Olga pidió a su marido que no se alterase. Le cogió la mano y le recordó que tenían una mesa reservada.

Claro…, claro…, dijo Sampedro con una mirada luminosa. En

este restaurante tengo la mesa reservada desde hace años. Es siempre la misma, junto a esos juguetes fascinantes de principios de siglo.

Nora lo abrazó, y le dijo que sus libros se encontraban a la misma altura moral que su persona.

Olga me cuida demasiado, dijo Sampedro antes de toser ligeramente. Como no dejes de hablar, vas a enfermar, aseguró su mujer con infinita dulzura. Deberías obedecerla, dijo Nora acariciando su hombro. Gracias por la ayuda…, sonrió Olga, porque no atiende a razones. En los últimos tiempos no deja de coger el teléfono en cuanto le llaman, ya sea una emisora de radio o cualquier desconocido. Además, ofrece entrevistas en todas las televisiones que os podáis imaginar, y da charlas en colegios, institutos y universidades. José Luis está viviendo una segunda juventud.

Sampedro había escrito novelas que trascendían la fuerza de su lenguaje. Aconsejaba a los jóvenes escritores que nunca dejaran de escribir, aunque tuvieran que trabajar en otras cosas para poder comer. Él también pensaba que una novela era la creación de un mundo; por eso elaboraba sus tramas con minuciosidad. Nada de lo que aparecía en el texto resultaba improvisado. Cada personaje tenía su propia historia, se mencionase o no en la trama. Su visión de la literatura no la compartían todos los escritores, ni mucho menos, pero aun así había conseguido que sus lectores le quisieran. Sampedro había afirmado en varias ocasiones que escribía para lograr el amor de sus lectores, y ese era uno de los consuelos que le quedaban a su edad. ¿La literatura podía tener otro sentido?

Una vez en la calle, Amorós dijo a Nora que le apetecía caminar. Se había quedado buena tarde. Madrid era un infierno en verano, pero el resto del tiempo no estaba mal. Y se acercaba la primavera.

Ahí tienes al último gamberro anti sistema, sonrió Nora todavía sin moverse de la puerta. Necesitaríamos muchos Sampedros como él, ¿no crees? En la universidad hay gente que no se lo perdona. Siempre digo a mis alumnos que Sampedro iba a la facultad en autobús, incluso después de conseguir la cátedra

o ser senador. Podría haber vivido como un marqués, y eligió una vida modesta, tranquila, escribiendo poco a poco sus novelas. Por eso le llama tanta gente para hablar con él.

Amorós insistió en el paseo.

¿Un beso?, dijo Nora tras acercarle la cara. ¿Eso es todo lo que vas a darme?, se extrañó el profesor. Eso es todo lo que voy a darte por ahora, dijo ella, ya sabes que estoy cansada. Creía que no te habías encontrado mejor en mucho tiempo…, dijo Amorós. Entonces, serán los nervios, dijo Nora con una expresión infantil. Qué tendrá el amor…, intentó reír el profesor. Que todo lo transforma, terminó ella.

Amorós cruzó la calle Princesa y se dirigió hacia la parada del autobús. Quería aprovechar la tarde para terminar de leer el último texto de Umberto Eco que había caído en sus manos, un estudio sobre el papel del autor en la literatura. Últimamente se prestaba demasiada atención al lector, y había que recuperar su papel. Nora se dirigió a su casa, que estaba a unos metros de allí. Mientras abría el bolso y buscaba la llave del portal, recordó la dedicatoria que Amorós le había escrito en uno de sus libros: “Para ti, Nora, mitad demonio, mitad diosa, siempre en el lugar de la duda y el deseo”.

9

Esa noche su sangre se transformó en energía femenina y masculina, una especie de vino que se bebieron la luna y el sol, y eliminó las arrugas de su rostro y de su vientre. Desconocía cuánto tiempo había estado tumbada, desnuda, sin dejar de sudar. El camisón, arrugado y sucio, se había caído al suelo. Su cabeza giraba como una noria sin control, pero aun así encendió la radio. Había dormido toda la tarde y toda la noche. Se tomó una aspirina y un café, y se encontró mejor. El rostro de Sergio se hinchaba en su mente como un gigantesco neumático de automóvil, y hasta oía su vasto e inmenso deseo de aplastar el universo con su fuerza. Había sangre en la sábana. Se llevó la mano a la frente, y no sintió las décimas de fiebre que demolían las paredes de su conciencia. Trató de calmarse con un segundo café, y después buscó sin éxito un paquete de cigarrillos. De lo más hondo de su corazón salió una sonrisa dirigida a las manchas fugaces, como su regla interminable; era una sonrisa enferma, a un paso del delirio. O se había vuelto loca, y veía visiones, o la sinrazón cegaba sus pupilas con los rasgos de ese crío. Se encerró en el cuarto de baño. Tocaba su cuerpo, pero no le pertenecía, intentaba limpiarlo, pero nuevas carcajadas se desplomaban en las esquinas de su garganta. Se vistió, y se sentó otra vez en la cama. Las paredes de la habitación se le caían encima. No podía permanecer más tiempo allí dentro, no tenía ningún sentido, tenía que fumar y pensar. Necesitaba explicarse qué había ocurrido con su cuerpo y, más que nada, con su mente (con el deseo de su mente). Se dirigió al restaurante de Princesa. Las calles estaban vacías; los barrenderos las limpiaban con cuidado, como si fuesen suyas, confiriendo a su trabajo una dignidad manifiesta. Por los arcos de Moncloa se movía un camión del Ayuntamiento tratando de quitar con alocados chorros de agua los restos de la grasa de los coches. Tuvo que esperar unos minutos sentada en un banco antes de que abrieran el restaurante. Después de empujar la puerta de cristal, se dirigió como una autómata hacia la máquina

de tabaco. La cafetera aún no estaba preparada, y apuró dos vasos de agua para apaciguar el resquemor de su garganta. Unos minutos después se bebió un café solo de un trago, y comenzó a fumar casi temblando. Por fin, empezó a encontrarse mejor. ¿Qué es lo que tenía que hacer, se preguntó mirando a la calle, volver a la librería y declararle su amor? Sergio no era más que un ególatra cuyo único afán consistía en mantener vivo su mundo. ¿Acaso podía considerarse una de sus amigas? ¿Qué podía aportarle a esas alturas de su vida? ¿No sería para él un sucedáneo de su padre, o de esa madre de la que casi le daba miedo hablar? Entonces, ¿por qué la había besado y acariciado? Era deseo, por supuesto, todavía podía despertar deseo en un hombre… La librería era el centro del mundo para un grupo de personas, y empezaba a serlo para ella por culpa de un muchacho de veintitantos años. Todo ello saltando de una casilla a otra en el juego. Sergio Barrios, Miguel Ángel Andés, Raúl Torres, Albertina Duarte, María José Castillo, Pepe Utrera, Elena Estrada, Dominic Yanes, Magda Rubio, Anselmo Xiles… Una gran librería ofrecía cosas que una librería pequeña jamás podría ofrecer. Uno entraba en *Barnes and Noble* y veía a la gente sentada en sillones, tomando café y charlando amistosamente con personas que acababan de conocer. Era el deseo que reaparecía con veintitantos años o cincuenta. ¿Perseguiría ella también la inmortalidad con aquel día que había vivido en la librería? ¿Debería o no lanzarse por la ventana como Oliveira, ese personaje tan especial, para caer en el lugar indicado del juego? ¿Cuál sería el suyo? ¿De qué le serviría ponerse a jugar con cincuenta años a cuestas, como llevaba a cuestas al cabrón que la había maltratado hasta convertirla en algo peor que un desecho? Si ya había aceptado que todos los hombres eran unos cerdos por qué iba a cambiar de opinión tras cumplir cincuenta años. ¿En qué casilla de la rayuela colocarían Oliveira, o Cortázar, ese interés por recuperar la alegría? ¿Ella también podría ser feliz por encima de todo? Ser feliz con la pasión agitando sus sentidos. Pero, ¿qué sabía ella de Sergio? Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estoqueada en mitad del patio… ¡Estoqueada en mitad del patio! Como si ella tuviera derecho a reprocharle nada a nadie, ni siquiera a Cortázar. Podía repetir la

edad de los filósofos griegos, y aprenderse de memoria que no era una mujer fracasada, si eso significa no luchar y seguir cuidando a su propio hijo de puta… en la salud y en la enfermedad…, esperando que la rapte un pirata y se la lleve a su isla mágica llena de tesoros. Sócrates había vivido sesenta años, Aristóteles lo había hecho sesenta y tres, Anaxágoras setenta y dos, Pitágoras ochenta o noventa, Platón ochenta y uno, Diógenes noventa, Demócrito cien o ciento nueve… Su inocencia se perdía en un día interminable en compañía de un crío. Su tiempo había terminado cuando su marido empezó a pegarla. A los locos ya no se los lleva al manicomio… La aparición de librerías en Internet como *Amazon* o *Google Books* hacía predecir un panorama incierto. Las cadenas de librerías ya se estaban sumando al filón y vendían su producto también por la red. Las ventas por Internet habían aumentado en los últimos años, y disminuían las ventas físicas, pero Internet no era un enemigo de las librerías, sino que incluso podía ser un aliado, no sólo para que el librero pudiese vender libros tradicionales a través de la web, sino para comunicar las novedades a sus clientes y organizar grupos, blogs y comunidades con el fin de atraer al público. Siempre Sergio…, sin máscaras que se lo pudieran arrebatar, sin el lugar en la cama por donde tenían que haber pasado tantas mujeres, decenas de mujeres, todas las mujeres del mundo. Ella no había sabido luchar contra el puñetazo en el estómago. ¿Por fin vas a lanzarte por la ventana? Serías como Norah Lange, para intentar caer sobre la rayuela, aunque te equivoques de casilla. Sergio no tiene edad, tu deseo lo ha dejado sin edad… Buscando consuelo en la única justificación que te queda…, mi amor íntegra imagen de mi vida sol de las noches mismas que le robó su juventud la mía música de mi fondo sonríe… Un consuelo que nace imposible en la justificación del juego al que juegan tus sentidos… resolución de ser feliz por encima de todo contra todos y contra mí de nuevo por encima de todo ser feliz vuelvo a tomar esa resolución… Ser feliz, y agradecerle que te deje participar en el juego de la rayuela…, a duras penas te llevaré a la cama como quien va al infierno para dormir contigo muriendo a cada paso tropezando con muebles cruzaremos el piso abrazados vacilando de alcohol y sollozos. Aunque sepas que es un condicional sin futuro… suprimid el opio

no impediréis que haya almas destinadas al veneno que fuese veneno de la morfina de la lectura del aislamiento de los coitos repetidos de la debilidad del alma del alcohol del tabaco de la asociabilidad… hay almas perdidas quitadles un recurso de locura e intentarán otros mil absolutamente desesperados. Son los pasadizos interiores de Murakami, de Cortázar, de la *Biblia* , a través de Internet o volando en una avioneta a cientos de metros de altura. Nora sólo era capaz de mirar por la ventana, que era algo así como hacerlo en un espejo que no servía para verse en él, a cientos de metros de altura. Un día vas tan tranquila por la calle, ocurre algo insólito en tu interior y empiezas a comunicarte con los demás. El "yo" individual desaparece y se abre para la comunicación con otros. Para Cortázar es la experiencia de lo fantástico, y para Murakami del doble. Cortázar utilizó el zen y el mandala para escapar de la excesiva racionalidad de este mundo. Oliveira se esfuerza por superar el solipsismo occidental y llegar a otro lugar, como los niños se acercan al cielo impulsando una piedra. Recurre a la locura, al humor y la patafísica para lograr un nuevo orden. Eso también se lo has explicado a tus alumnos, aunque ahora puedan leerlo en Wikipedia o el Rincón del Vago. Es el kibbutz del deseo cuando encuentra a la Maga personificada en Talita, la esposa de Traveler. Para él ambas son la misma mujer. ¿De verdad había encontrado a la Maga? El mundo de la oscuridad (su morgue de Buenos Aires) lo construye Murakami en los pozos de los jardines abandonados y los desiertos de Manchuria. Lo que queda de cada uno se diluye y transforma en otra cosa, y el yo se funde con otros. Las leyes rigen los fenómenos que se producen sobre la tierra. Cuando debas ir hacia arriba, busca la torre más alta y sube a la cúspide, cuando debas ir hacia abajo, busca el pozo más profundo y desciende al fondo, cuando no haya corriente, quédate inmóvil, si te opones a la corriente, todo se seca, y el mundo se ve envuelto por las tinieblas. Sí, Nora, tú también vuelves a ser físicamente una mujer, otra mujer, y el espejo cae roto en mil pedazos. Tienes que seguir impregnándote de una droga plantada en las páginas de los libros que te gustan. Debes buscar el pozo en tu propio jardín abandonado. Todos tenemos un jardín abandonado en alguna parte, perdido en lo más profundo de la mente.

10

Dos gatos se peleaban en el parque infantil de la plaza Santa Ana; eran grises y elegantes, y se movían con movimientos ágiles. Los niños se apartaban cuando los animales se lanzaban al vacío desde lo alto del tobogán. Nora los observaba ensimismada desde un banco próximo. ¿Se peleaban o sólo jugaban? No era fácil entenderlos… Sergio se burlaría de ella, estaba segura, pero debía arriesgarse. ¿Qué podía perder reconociendo que se había enamorado de él como una adolescente? En 30 años cabían 360 meses, 10 800 días, 259 200 horas, 15 552 000 minutos y 933 120 000 segundos. En su caso, no llegaban a tanto, pero la diferencia de edad seguía siendo grande.

Por fin los niños volvieron a lanzarse por el tobogán; los gatos habían desaparecido de su vista.

Leyó la portada del disco, y pensó que aún se podían ganar premios de literatura en una televisión pública. Tras abrir la puerta, comprobó que todo estaba como la última vez, el mueble del siglo XVIII , el tocadiscos de vinilo, la guitarra, el piano con las velas encendidas, los cuadros fascinantes. La única diferencia era la persona que cuidaba de la librería. Anselmo la recibió con una sonrisa; se había puesto una chaqueta de lino, unos vaqueros y una camiseta con el rostro del Ché, y llevaba un libro en la mano.

Es una de nuestras joyas, aseguró mostrándole la portada de la antología de José Agustín Goytisolo. "Escucho el sonido falso de mi moneda /al chocar contra el mármol /de tu terrible ausencia / te amo mujer de muerte."

Extraña metáfora, dijo Nora. ¿Te refieres al sonido de la moneda?, le preguntó Anselmo. Me refería a lo que queremos, y se nos escapa, dijo ella, como la belleza…, y no hablo de la clásica, precisamente.

Anselmo dejó el libro de poemas sobre la mesa.

Y por eso no somos felices…, dijo.

Nora estuvo a punto de darle la razón, pero recordó la conversación con Amorós sobre la belleza de Sócrates. Unos amigos de los Mahler les invitaron a cenar una noche en su casa, y cuando llegaron los postres alguien se refirió al controvertido asunto de la belleza. Unos y otros sacaron a relucir los tópicos que se utilizan en esos casos, siguiendo el canon de belleza griega, hasta que Alma dijo que no estaba de acuerdo. La cabeza de Sócrates era hermosa gracias a su inteligencia.

Quizá por eso no había pasado de los sesenta años, pensó, aunque muriera más tarde que los poetas surrealistas y los cantantes de rock.

Me hubiera gustado conocer a esa mujer, dijo Anselmo. Apuesto a que era el centro de atención. Y a mí a Sócrates…, dijo ella.

Anselmo sonrió.

No quisiste venir al baile…, dijo el crío poco después. Te quedaste con Sergio, ¿me equivoco? María José no dejó de preguntar por él, y eso que estuvo bailando toda la noche. Primero lo hizo con Miguel Ángel, aunque se cansó pronto. Sólo repitió con un crítico de arte del que se dice que podría ser el próximo director del Thyssen, y dos músicos de rock que acaban de sacar un disco al mercado, bueno, creo que únicamente han sacado una canción… ¡Ah, y con el propio director del Círculo! Hay que reconocer que es una mujer encantadora. Cualquier ropa que se pone le sienta de maravilla, sobre todo esas minifaldas ajustadas. Aunque lo que más me gusta es que no usa sujetador. ¿No te has fijado?

Nora se limitó a mirar hacia las estanterías.

"Pasa, entra, ven a jugar a las mentiras", continuó Anselmo, eso es lo que se podía leer en una de las columnas, con letras rojas. Pero lo mejor estaba en la última planta. Habían instalado un escenario donde bailaban dos strippers, que acabaron montándoselo con un pastor alemán sexualmente súper dotado.

¡Encantador!, exclamó Nora.

La verdad es que estuve entretenido con otras cosas, sobre todo desde que me encontré con una chica que también

disfrutaba con los libros de Hinton, y que iba disfrazada de avispa, con unas alas articuladas y una máscara que sólo le dejaba la boca libre. Golpeen al que diga que *Rebeldes* es un libro para adolescentes, dijo ella, y yo me volví loco de amor. ¡A cuántos les gustaría escribir con la sencillez de Hinton! En sus páginas hay pandilleo, confusión y hermandad con brillantina.

Pasa, entra, ven a jugar a las mentiras, repitió Nora para sí.

Nada más llegar al Círculo, Elena vio a un tipo con la careta de enano de Blancanieves, y empezó a dar voces. No tienes que preocuparte de nada, escuché que le decía Raúl, aseguró Anselmo, yo estoy aquí para protegerte de los dictadores. ¿No sería mejor la ayuda de un guapo guionista ahogándose en una piscina?, le preguntó la actriz. No tengo la intención de tirarme a ninguna piscina, aseguró él.

Anselmo se acarició el pelo. El color de la chaqueta no podía disimular la caspa que llevaba encima.

Al día siguiente me encontré a Pepe por la calle, dijo melancólico, pero apenas me hizo caso. Desde entonces no he vuelto a verlo; es como si también se lo hubiera tragado la tierra. Te apuesto lo que quieras a que está tocando el piano en una playa del Mediterráneo.

Y más mundos posibles, pensó Nora, el del último bohemio que quedaba, según Albertina, que además tenía nueve hijos y se empeñaba en escribir una novela interminable sobre una librería del centro de Madrid. A veces aparecían locos que mataban a sus parejas y no sentían ninguna pena por la muerte de sus madres. Sería fácil utilizar la ficción como un recurso para justificarles (o los números y los conceptos), pero a lo mejor resultaba insuficiente. ¿A los locos ya no se los llevaba a los manicomios?

Y el hombre creó a *Aqualung.*

El Mediterráneo es su mar mitológico, dijo el crío. Dicen que todos necesitamos de alguna mitología para ir tirando, y la suya es ese mar, y Natalie, por supuesto, otra chica encantadora, y si no que se lo pregunten a Sergio. En esta librería el único que enamora a las mujeres es él, no te vayas a pensar otra cosa. Y tampoco es que sea el tipo más guapo del mundo. No creas que le

tengo envidia; después de todo es mi jefe, y reconozco que me gusta mi trabajo. Es fácil entenderse con Sergio; lo único que te pide es que cuadren los números a fin de mes, y siempre dentro de lo razonable. El resto del tiempo me deja libertad para hacer lo que quiera.

Nora aprovechó para preguntarle por Sergio, precisamente, pero Anselmo se encogió de hombros.

Le he llamado al móvil varias veces, añadió, pero como si nada. Sólo quiero saber dónde puedo encontrarlo. Se ruborizó ante sus propias palabras.

Lo más normal es que te lo encuentres dentro de alguna mujer, dijo Anselmo rascándose la cabeza. Lleva varios días desaparecido… Como dice Albertina, empieza a ser una copia de su padre.

Nora se sentó en la silla de Albertina.

¿No te estarás enamorando de él?, le preguntó Anselmo, que empezaba a divertirse con la conversación.

Nora intentó recuperar la iniciativa.

Eres muy joven para entender ciertas cosas…, dijo sin más.

Anselmo comenzó a jugar con un bolígrafo.

Te confundirías con Sergio si te entraran las prisas, dijo con aire pensativo, como si de pronto quisiera aparentar más edad de la que tenía. ¡Deberías hacerme caso, no puedes equivocarte ahora que aún estás a tiempo! Porque todavía estás a tiempo, ¿no crees? Para eso eres profesora de una universidad.

Se llevó la punta del bolígrafo a la boca, y la mordió con tanto afán que se hizo daño en los dientes.

Pero volverá pronto, no te preocupes…, añadió con muestras de dolor. Sergio es nuestro hijo pródigo particular.

Nora pasó las páginas de una novela de Calvino, se detuvo en el último párrafo y preguntó a Anselmo por la melancolía que encontraba en la librería.

¡La melancolía de la librería!, repitió Anselmo. Eso también es bonito. Aquí dentro todos estamos enfermos de melancolía.

Desde finales del siglo XVIII , nada menos, pensó Nora. Eran los

senderos que se bifurcan en mundos imposibles, la apertura de alternativas, de historias diferentes que no te llevan a ninguna parte. De eso iba *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* . Los pozos y bates de béisbol te podían enganchar durante varias semanas, pero no eran más que ficción, como pensar en cortarle los huevos a su marido. Su vida había pasado por diversos desastres y lo que conseguía la ficción era tranquilizarla. No sólo explicaba ficción a sus alumnos, sino que la vivía. Por eso debía luchar contra la locura que representaba Sergio para ella, y la letra de esas canciones que nunca habían significado gran cosa. Me hubiera gustado conocer a Daniel Barrios, dijo. ¡El gran hombre!, exclamó Anselmo medio riendo. ¿Cómo murió?, le preguntó ella y en seguida comprendió que el joven no pensaba responderle. Es estupendo que te hayas enamorado, dijo Anselmo. El amor es maravilloso a cualquier edad, o eso dicen, porque yo aún no he tenido la suerte de perder la cabeza por nadie, salvo por la chica vestida de avispa. Supongo que estoy madurando…

Nora sonrió; empezaba a entender por qué le habían contratado como contable.

Todos dicen que ha muerto, dijo Anselmo encogiéndose de hombros, pero yo no lo creo. Daniel es un tipo sorprendente y quizá tenga tantas vidas como los gatos. En esa plaza hay gatos que se lanzan por el tobogán y no les pasa nada. No sería la primera vez que se publica la noticia de su muerte, como ocurrió con la masacre de las Torres Gemelas. El *Nuevo Madrid* habló de ello con detalle, y también otros medios de comunicación. Esos días Daniel había viajado a Nueva York para cerrar un negocio, y alguien telefoneó a Sergio para decirle que su padre había muerto en el atentado. Fueron días terribles para todos. Sergio casi no comía ni dormía, era un fantasma que deambulaba por Madrid como si el muerto fuese él, en vez de su padre. Te confieso que temí lo peor, tanto por Sergio como por mí, porque ya me veía haciendo cola en las oficinas del Inem.

Nora supuso que con una avioneta se podía llegar a cualquier cementerio, pero no quiso interrumpir a Anselmo.

Un día Daniel abrió esa puerta tan tranquilo. Efectivamente, había estado en Nueva York, sacando gente de los escombros con

sus propias manos, aunque antes él mismo había quedado enterrado unas horas. Sólo tenía unas magulladuras y unos cortes en el brazo, nada importante. Un amigo le estuvo llamando toda la tarde, y también al día siguiente. Al final se comunicó con el Consulado, y la bola empezó a crecer. No sé si recuerdas esos días de locura…

Nora asintió con la cabeza; recordaba perfectamente esos días. Los había pasado en el hospital, recuperándose de la última paliza de su marido. Mientras permanecía en el hospital leyó un artículo donde se aseguraba que los bomberos habían sacado a un niño bajo los escombros de las Torres Gemelas, y lo único que decía era que quería ver a su madre. En esos momentos, ella se sintió igual. Los golpes de su marido apenas dejaron pruebas visibles en su cuerpo, pero sí en su interior.

Como los gatos de la plaza…, insistió Anselmo, mientras ella recordaba el hermoso rostro de su marido. Debía reconocer que siempre había sido un hombre guapo, incluso al final, cuando estaba lleno de tubos por todas partes, y le provocaba unos incontenibles deseos de vomitar sobre su cara.

Algo parecido le ocurrió con un avión que se fue a pique en la India un año después, siguió Anselmo. El nombre de Daniel Barrios aparecía en la lista de pasajeros, pero en el último momento no cogió el vuelo. Un amigo de Nueva Delhi le invitó a impartir una conferencia en la universidad de Jaipur, y se pasó varios días contemplando las puestas de sol en Puskhar, una ciudad próxima, junto a los santones que entran y salen del agua de un lago sagrado que se llena cada año con las lluvias del Monzón. Dicen que Brahma se detuvo una vez en ese sitio, dejó caer una flor de loto y el lago se formó mágicamente. Mientras tanto, Sergio y yo perdíamos el tiempo hablando con la compañía aérea.

Anselmo miró a Nora por si decía algo, pero la profesora seguía con el libro de Calvino en la mano, pasando sus páginas sin buscar nada en concreto. Amorós mantenía una relación de amor y odio con ese escritor.

Conozco más historias sobre él, dijo Anselmo a continuación. Hace tres o cuatro años unos piratas secuestraron a varios

miembros de una oenegé en el Sáhara, y lo más sorprendente es que Daniel también estaba allí. Nadie sabía que formara parte de esa organización, ni siquiera su hijo, y menos aún de que se encontrara en el desierto intentando construir una escuela en una aldea. El gobierno pagó mucho dinero por el rescate, pero no quiso reconocerlo. Tras su regreso a Madrid, varias editoriales le ofrecieron una millonada para escribir sus aventuras y algunas cadenas de televisión le invitaron a sus programas, pero rechazó los ofrecimientos. Daniel era de los que prefería vivir la vida antes que contarla. Eso no significa que no le gustara la librería. Estaba orgulloso de haberla mantenido abierta en épocas difíciles. Sergio es distinto. Puede pasarse las horas muertas sentado en una de estas sillas, leyendo sin parar. No quiero exagerar, pero es posible que Sergio se haya leído más de la mitad de la librería. No sé si sabes que muchos de los libros no los pedimos para venderlos, sino para que Sergio se los lea, por eso hay tantas devoluciones a fin de mes. Mientras tanto yo me vuelvo loco para que este negocio funcione. Sus amigos entran y salen continuamente, y cada noche montan una fiesta. Los libros van y vienen de unas manos a otras, aunque he de reconocer que los cuidan. La contabilidad está perfecta, puedes comprobarlo si quieres, y nunca hemos tenido problemas con los inspectores de Hacienda. Al final eso es lo más importante.

Nora se levantó, se dirigió hacia él y lo besó en la mejilla.

Límpiate la caspa…, le dijo antes de salir, e intenta vender todos los libros que puedas, aunque Sergio y sus amigos no los hayan leído.

11

La primera en intervenir sería María José Castillo –una de las promesas de la poesía en castellano, se decía en un video que no dejaba de repetirse–, y después lo harían Luis García Montero y Javier Lostalé. El vestíbulo, ocupado casi por completo en su parte central por la fuente de mármol (en realidad, la parte superior de la cúpula de la segunda planta del edificio), estaba lleno de gente, e incluso dos cadenas de la TDT se preparaban para inmortalizar el acto. Nora buscó sin éxito a Sergio en la sala Valle-Inclán, y se quedó de pie, apoyada en una columna. María José se había pintado los labios como si quisiera llamar la atención, y no llevaba sujetador. García Montero hacía gestos a todo el mundo, mientras Lostalé se concentraba en sus folios. Después de la apasionada presentación del director del Círculo, la joven poeta empezó a leer con convicción.

Habló de su soledad, de su rostro, de su silencio. Todo eso era aquel hombre para ella. La soledad se apoderaba de ella cuando tardaba demasiado tiempo en regresar, pero aun así aceptaba que tuviera que compartirlo con otras. “Hombre mío /hombre coronado de espinas /deseadas y deseantes espinas del vientre / coronado, /quiero establecer los límites de tu reino. /No indaguemos más la noche, /el silencio en tu presencia, / extendamos la sábana sobre los ojos ciegos /y que sólo la calma aniquile /el desenfreno de nuestras rimas.”

Sólo titubeaba cuando levantaba la vista en busca de alguien, tal vez de Sergio, supuso Nora, atenta a cada uno de sus gestos.

“Olvidaremos la luz. /Dibujaremos otro rostro sobre la arena. /Escuchará la cama nuevas canciones de cuna. /Mientras la diáspora invente los susurros, /espera, si aún quieres vivir, /o vive de una vez /y mira atrás aunque te abrases. /Ya es tarde. / Jamás terminarás de leer la novela, /aquella vieja historia /de la que tú eres el único testimonio.”

Debía permanecer allí y aguantar el cansancio.

“La cárcel que mis dedos dibujan /no sabe crear más que mentiras. /La palabra plagia mis sentidos. /Como eres aquí dentro /quiero vivir la duda diaria, /aunque nadie se acurruque junto a mí /y mi garganta rezume la intranquilidad de tus prisas. /No me importará que mis labios copien /las sábanas de otras mujeres.”

María José también lo amaba, estaba claro, aunque no se lo merecía más que ella.

“Por qué se rindieron /tus besos que maleducaron al loco /por un simple gramo de aullidos /tus besos que adoraron al proxeneta. /Ya sabes que el lamento /segó los hilos de tus suspiros. /Ellas agradecen tu aliento /que son tus besos /y guardan las alabanzas. /Enjuguemos el sepulcro de tu virginidad /prostituida y que él nos acoja.”

Cuando empezaron los aplausos, Nora se dirigió al vestíbulo y buscó el cuarto de baño. Una vez dentro echó el cerrojo. La ventana se abría sobre un patio interior; intentó despejarse, pero el frío era intenso, como en la tarde del Retiro. Se sentó sobre la taza y cerró los ojos. Tenía unos exagerados deseos de fumar. Al cabo de unos minutos regresó al vestíbulo, y se encontró con Miguel Ángel, Magda y Dominic.

¿Os he contado el viaje que hicimos a Londres para escuchar a *Jethro Tull* ?, decía Miguel Ángel acariciándose la barbilla. Eso sí que era música, y además en directo, casi sonaba mejor que en disco, sobre todo en los míos, los mejores discos de segunda mano de Madrid. Daniel y Nuria se lo pasaron en grande; todavía no se habían enamorado, pero no tardarían en hacerlo. Hay que reconocer que hacían buena pareja. Él no paraba de hablar y ella era callada y observadora. Sí, estaban hechos el uno para el otro. Luego teníamos a Ian Anderson, por supuesto, qué hombre, cómo se movía sobre el escenario.

Te estás haciendo viejo, dijo Magda encendiéndose un cigarrillo. *Aqualung* y *Thick as a brick* son dos discos inmortales…, insistió Miguel Ángel. Tan coñazos como tú, dijo Dominic poniéndose las gafas.

Nora clavó la mirada en la cajetilla de tabaco de Magda.

¿Lo habéis visto?, les preguntó intentando no parecer

demasiado ridícula. ¿A Sergio?, dijo Miguel Ángel como si lo estuviera esperando. Estará en las nubes…, aseguró Dominic indolente. ¡De paseo por el cielo!, exclamó Miguel Ángel, la verdad es que suena bien. Dicho esto les pidió disculpas; la próstata empezaba a molestarle, y debía pasarse por el lavabo. Dominic le tomó la palabra y se fue con él.

Nora y Magda se dirigieron hacia la escalera, y vieron cómo entrevistaban a María José. Estaba más guapa que sentada a la mesa, se dijo Nora. Sus rasgos eran perfectos, y la melancolía de su mirada la hacía aún más atractiva.

¿Hay algo entre ellos?, le preguntó tras pedirle un cigarrillo. ¿Entre ellos?, se extrañó Magda. ¡Entre Sergio y María José!, insistió Nora.

La joven no se lo pensó antes de responder.

Supongo que se quieren a su manera, dijo. ¿No pensarás que Sergio sólo usa la habitación de su librería para dormir? Primero nos sorprende con su increíble sonrisa, y después nos invita a la cama. Sergio es el tipo más embustero que conozco, un experto en engañar a las mujeres para servirse de ellas.

Nora buscaba sorprenderse de nuevo.

La vida es la reconstrucción de los padres que nos han tocado en suerte, continuó Magda bajando la voz. El problema es que tu padre puede llamarse Daniel Barrios y entonces aumentan las dificultades. Nunca he conocido a un hombre más loco e irresponsable, con la excepción de su propio hijo. Yo que tú me olvidaría de Sergio…, y no lo digo por la diferencia de edad que hay entre vosotros. Sergio aún no ha comprendido que todas las acciones tienen sus consecuencias, y que las personas no somos de piedra. Él apenas se entera de nada, es tan simpático e inteligente… Me encanta su sentido del humor, su ironía, esa forma de tomarse la vida.

La opinión de Magda era interesante, se dijo Nora, a pesar de una sinceridad que parecía fingida.

A veces los clientes del restaurante nos miran por encima del hombro. Después de todo no somos más que dos camareros que tienen que ganarse la vida sirviendo a los demás. Al principio me

costó aceptarlo, hasta que Sergio me convenció de que era una forma como otra cualquiera de pagarse la carrera. Ya ves, siempre dando lecciones… Dominic es un buen tipo, y sé que está loco por mí. También sé que algún día me sentiré completamente a gusto con él, y formaremos una familia. Para llegar a ese punto habré tenido que olvidarme de Sergio, pero no me queda más remedio.

No acabo de entenderte, le dijo Nora. ¿No querías que fuese sincera?, le respondió la joven. Antes de acostarme con Dominic lo hice con Sergio. ¿Es lo que querías saber? Nuestra relación no duró más que unas semanas. Terminó tan rápidamente como había empezado. Sergio es un hombre encantador. Cualquier persona con la que hables te dirá lo mismo; pero debes saber que, en el momento en que decide mirar para otro lado, has dejado de interesarle. Así que no te preocupes, yo no soy ninguna rival para ti. Desconozco lo que está buscando, pero no es a mí.

Dominic se acercó a ellas, y rodeó a Magda con el brazo. Magda le besó en la boca como si no lo hubiera hecho nunca. El recital iba a reanudarse en unos minutos, y no quería perdérselo. Le apetecía escuchar algo de la *poesía de la experiencia* .

Nora les estrechó la mano, y se dirigió a la salida. Aquellos jóvenes hacían buena pareja, sin duda. La reconstrucción de los padres…, pensó mientras bajaba la escalera. A ella también le gustaba la poesía de la experiencia, pero no se encontraba con ánimos para escuchar nada más. Se llevaba bien con García Montero y Lostalé; no era una experta en poesía, pero Amorós los había invitado varias veces a la facultad para dar conferencias, y siempre terminaban en la cafetería tomándose algo. Lostalé se inclinaba más hacia la poesía amorosa del estilo de Salinas y Aleixandre. Después de todo, era uno de los discípulos esenciales de este último.

A la altura de la segunda planta se cruzó con María José, y aprovechó para felicitarla por el éxito de su recital. La joven poeta se lo agradeció tras besarla en la mejilla y le invitó a tomar una copa en la pecera. Nora observó en su rostro el cansancio de una bellísima mujer que se había dejado la piel con cada poema, como si quisiera demostrar ante los demás su poder ilimitado; quizá por eso no le dijo que lo que realmente le apetecía era irse

a su casa. Si por una parte quería salir de allí, por otra necesitaba escuchar a una mujer que explicaba sus sentimientos mejor que ella. Se dirigieron hacia el fondo de la cafetería y se sentaron frente al cartel del baile de Carnaval de 1994, precisamente el año en que Nora se había casado.

A veces vengo a este sitio, dijo María José mirando a la calle, y me paso las horas muertas observando a los demás. No tengo ganas de leer ni escribir, sólo miro fuera. La gente siempre pasa por el otro lado de los cristales. Todos van con prisa, como si tuvieran que resolver asuntos importantísimos.

Mientras la escuchaba, Nora no dejaba de observar el cartel del Carnaval. ¿Cuántos años fueron felices, uno, dos, quizá tres?

No sé lo que va a ocurrir entre Sergio y yo…, dijo María José con la mirada perdida de los últimos minutos, lo que obligó a Nora a prestarle atención y olvidarse de sus propios problemas. Hace poco pasamos la noche juntos en la habitación de su librería, y por la mañana no dejaba de acariciarme; en realidad me despertaron sus caricias. Cuando abrí los ojos, me dijo que no era fácil imaginar tanta belleza junta, y lo hizo con esa manera que tiene de seducir a todo el mundo. Yo le recordé entonces la fecha de mi recital, sintiendo la felicidad en cada centímetro de mi piel, pero él hizo como que no se enteraba y se sumergió en la bañera. El agua saltó a oleadas, y el parqué crujió. Tras unos segundos sacó la cabeza, respiró aceleradamente y buscó la cajetilla de tabaco que había dejado sobre una silla. Encendió un cigarrillo, salió de la bañera y se dirigió hacia el tocadiscos. Regresó unos minutos después, se sentó en la bañera, estiró las piernas, pegó la espalda a la porcelana, cerró los ojos y me pidió que lo dejara solo.

Ian Anderson le decía que por supuesto, que era tan duro como un ladrillo, y que tenía que demostrar su personalidad.

¿Cómo podía echarme de esa forma? ¿Es que ya no le hacía sentir nada? Nunca la habían humillado de una manera tan absurda. No se consideraba una estrecha, todo lo contrario. Había perdido la virginidad con quince años, y además con un amigo de su padre. No buscaba a nadie en concreto, ni siquiera de su edad. Se limitaba a vivir la vida y tomar las cosas buenas que esta le

ofrecía. Tras conocer a Sergio supo que estaban hechos el uno para el otro, y ya no necesitaría acostarse con otros. Él también parecía feliz en sus brazos, hasta que de pronto empezó a apartarse. No había ninguna razón. Ella procuraba ofrecerle el mismo placer de siempre, pero él ya no parecía sentirse feliz. Continuaban haciendo el amor, pero cada vez con menos frecuencia, como si fuera lo más natural del mundo.

¿Crees que he tenido mala suerte con él?, le preguntó con expresión de angustia.

Estuvo a punto de decirle que le recordaba mucho a Sergio y que los dos eran inteligentes, jóvenes y guapos, pero se limitó a mirar a la gente que pasaba por la calle. Permanecieron en silencio unos minutos, hasta que María José llamó al camarero y le pidió la cuenta. Mientras la joven pagaba las cervezas, Nora se decía que su marido también había sido inteligente, joven y guapo.

¿Todo esto es porque Sergio no ha venido a escucharte?, le preguntó Nora. Ese libro lo he escrito para él, dijo María José, y Sergio lo sabe, desde el primero al último verso. Es un libro que casi hemos escrito a medias, en las camas de su librería y dentro de esa bañera maravillosa, paseando por el Retiro o yéndonos de excusión a la sierra. Hemos fumado y bebido mucho antes de que yo cogiera el ordenador, y me dejara la vista en la pantalla. ¿Qué pensarías si alguien te hiciera sentirte la mejor persona del mundo, la mujer imprescindible, y después desapareciera, precisamente en el momento en que debía demostrárselo a los demás?

Nora se quedó en silencio. A ella le había pasado algo similar, y casi podía dar lecciones en ese sentido.

¿Quieres apuntar el número de mi móvil?, le preguntó María José poco después con la mirada vacía. Me gustaría que me llamaras alguna vez.

Nora abrió el bolso, y buscó el teléfono, que se le había enredado entre las páginas de la novela de Murakami, donde la conciencia del protagonista lee el libro de Borges sobre los seres imaginarios en busca del unicornio, ese animal mitológico deliciosamente vulnerable que muere cada invierno en la ciudad

del fin del mundo.

Le hizo una llamada perdida, y le dijo que era una buena persona.

¡Gracias!, exclamó María José. Tú también eres una gran persona. En realidad me da igual que no haya venido. Una escritora dijo una vez que prefería tener el quince por ciento de un gran hombre que el cien por cien de otro mediocre. Sergio llegará a ser un gran hombre, no lo discuto, pero no me conformo con un porcentaje tan pequeño. Yo también quiero ser importante.

María José se puso en pie; había visto al director del Círculo apoyado en la barra.

Mientras esperaba un taxi en la calle de Alcalá, Nora pensó en los dos tipos se unicornios de los que hablaba la literatura, uno griego y otro chino. El primero tenía el cuerpo de caballo, la cabeza de ciervo, las patas de elefante y la cola de jabalí, su mugido era grave y en medio de la frente se elevaba un cuerno largo y negro. Por el contrario, el chino poseía el cuerpo de ciervo, la cola de buey y los cascos de caballo, y el cuerno de la frente era de carne. El griego sólo podía ser capturado aprovechándose de su sensualidad, mientras que el segundo era un animal sagrado y de buen agüero, un emblema de la mitología china junto al dragón, el fénix y la tortuga. Casi todos los animales con un número impar de cuernos se habían extinguido. La primera ventaja de los dos cuernos era que respetaba la simetría. El movimiento de los animales viene determinado por el mantenimiento del equilibrio bilateral, es decir, por la división de las fuerzas y las facultades por la mitad. La nariz tiene dos orificios, la boca mantiene una simetría entre la derecha y la izquierda y, en realidad, funciona dividida en dos. Sólo hay un ombligo, pero está atrofiado. El pene y la vagina, juntos, también forman una unidad. Los ojos son el órgano esencial y funcionan como una especie de torre de control, tanto para el ataque como para la defensa, y por eso lo más lógico es que los cuernos mantengan un estrecho contacto con ellos.

En el momento en que iba a subirse al taxi, Miguel Ángel se acercó a ella y le preguntó si podían hablar unos minutos. Nora le

dijo que estaba cansada, y que necesitaba dormir una semana seguida, pero él insistió.

12

Se sentaron en un banco frente a la estatua de ValleInclán, en el Paseo de Recoletos, cerca del Café Gijón. Era el único banco de madera que quedaba en la zona. El Ayuntamiento había levantado el suelo y retirado los demás bancos. El granito se apoderaba de la ciudad poco a poco.

¿Sabes que Daniel fue el primero que puso una bufanda a esa estatua?, dijo Miguel Ángel tras estornudar aparatosamente.

En el cuello de su camisa se veían unas gotas de sangre. Por lo demás vestía la misma ropa de la otra vez.

Nunca olvidaré la borrachera que cogimos esa noche, una borrachera descomunal, casi homérica, y acabamos durmiendo sobre un banco como este… Luego a algún cretino se le ocurrió que Valle-Inclán debía llevar una bufanda el Día del Libro, supongo que para que no se resfriara. Teníamos que haber pedido derechos de autor, pero en este país no se suelen respetar las ideas ajenas.

Le salió una sonrisa infantil.

Siempre he vivido con mi madre en un ático de Lavapiés, un séptimo piso sin ascensor, y la única forma de que subiera a mi casa era emborrachándolo. En estos tiempos el alcohol no está bien visto, y algo parecido ocurre con el tabaco y otras drogas. Quizá no sea la mejor época de mi vida.

A Nora se le cerraban los ojos.

A veces hacíamos apuestas para ver quién aguantaba más, hasta que algún policía nos abría la puerta de su coche y nos invitaba a dormir en el calabozo. Como casi todo el mundo conocía al dueño de la Librería Barrios, nos soltaban en seguida.

Miguel Ángel se encendió un cigarrillo.

La vida no es igual sin él; es como si me hubieran cortado los dos brazos, o la cabeza… Nos quedamos muy solos cuando se

mueren las personas que queremos. El problema no lo tienen ellos, sino nosotros. Perdemos todo lo que hemos compartido, los secretos, las mentiras, las borracheras, la jodida vida de cada día. ¿Quién te va a escuchar cuando te quedas solo? Ya has oído a Magda y Dominic… Me paso el día hablando de grupos de rock de los que no se acuerda nadie. ¡Estoy viejo, amiga mía! Magda y Dominic tienen razón, son dos buenos chicos con razón, y yo soy una mierda, una puñetera mierda pinchada en un palo. Y desde que me falta Daniel, ni siquiera eso.

¡Feo, católico y sentimental!, pensó Nora. Hacía tiempo que se lo quería adjudicar a alguien.

Daniel dirigió varias tertulias del barrio, como las de Mastabas y el Grupo Prado. Allí había de todo: poetas, novelistas, pintores, médicos, políticos, ingenieros, jubilados…, y siempre queríamos cambiar el mundo. Nos sentíamos como en casa, y en parte era gracias a Daniel, acostumbrado a poner las cosas fáciles. ¿Sabes que me pagó los cuadros por encima de su valor? A partir de ese momento las paredes de su librería se llenaron de estrellas y planetas, aunque María José y Anselmo aseguren que no son más que órganos sexuales. Todavía me quedan algunas pesetas de entonces. Tengo que pasarme por el Banco de España para cambiarlas, porque mis bolsillos están tiritando.

Tenía el cigarro entre los dedos, pero no se decidía a fumar.

Desconozco si Sergio siente algo por ti o son imaginaciones mías, dijo cogiéndola desprevenida, pero en cuanto aparece alguien que le gusta se vuelve gilipollas. Aunque no sepas si siente algo por mí…, sonrió Nora intentando reaccionar. Aunque no lo sepa, suspiró Miguel Ángel mirando al cielo oscuro.

Nora no hacía más que sentarse en todos los bancos que encontraba por la calle, y acababa buscando cometas en el cielo.

Con gente como Sergio aún pueden descubrirse nuevos mundos, aseguró Miguel Ángel sin bajar la mirada. ¡El muy creído! Cuando estoy con él se me olvidan todos los problemas, y le perdono que no me compre ningún cuadro. He de reconocer que lo suyo no es la pintura, no señor. De todas formas, me voy por las patas abajo cuando pone esa cara de bueno… Y no te digo nada cuando me pide un favor, porque entonces el que se vuelve

tonto soy yo. Desde ese momento no dejo de pensar en cómo satisfacerle, como si el mundo fuese a pararse en caso contrario. Todos sabemos que no hace las cosas para recibir nada a cambio. Es así de altruista, yo diría que una especie de santo laico… Hubiera llegado a Papa sin problemas de habérselo propuesto, o por lo menos le hubieran hecho cardenal. Sí, hay muchas cosas de él que me recuerdan al bueno de Tarancón.

Nora no sabía si Miguel Ángel hablaba en serio o no. Se encendió un cigarrillo para tener algo que hacer.

Mi vida se resume en los ratos que paso con él…, y que me hacen sentirme especial. Un día comprendí que me había enamorado como un idiota, en este mismo sitio, frente a esa estatua. No me arrepiento de nada, para qué voy a mentirte. Soy demasiado viejo para intentar engañar a los demás sobre mis sentimientos. Se vive bien así, enamorado de Sergio, aunque él ni siquiera se entere. No pienses que estoy saliendo del armario en estos momentos; es algo más complejo o a lo mejor lo más sencillo del mundo. He tenido varias relaciones con mujeres. Ninguna ha funcionado, pero no hay por qué buscar culpables, ni siquiera las causas. Los seres humanos siempre queremos buscar explicaciones a cualquier cosa, y nos olvidamos de vivir la vida…, nada más.

Miguel Ángel se levantó para estirar las piernas, y también lo hizo Nora. Le pesaban una barbaridad.

Sergio y Daniel, Jeckyll y Hide, Romeo y Julieta, Ortega y Gasset…, intentó reír el pintor con el juego de parejas.

A Nora le pareció que también tenía un olor especial. Desde la muerte de su ex marido todos los hombres olían bien.

¡Díselo, si puedes!, exclamó agarrándola del hombro. ¡Dile que le quieres, que le necesitas! ¡Déjate desear! No hagas como yo… Oblígale a admitir que te quiere, que está loco por ti. En el fondo no debe de ser difícil seducirle… A todos nos gusta que nos seduzcan, y Sergio no es ningún extraterrestre.

Nora sólo quería regresar a casa, quitarse los zapatos y esa falda tan ajustada, y ducharse. Se dio media vuelta y echó a andar. Pasó junto a unos mendigos que olían a orín y se movían

de un lado a otro buscando la mejor posición para dormir. Entre la seguridad y la libertad, ¿qué elegirían esos tipos?, se preguntó. Parecían libres, sabiéndose el centro de las miradas ajenas. Después de unos instantes de vacilación, Miguel Ángel corrió tras ella. Se puso a su lado e intentó buscar su mirada.

No puedes ser tan cobarde, le dijo abrazándola. Lo único que quiero es que seas feliz, que lo seamos todos. No sé cuánto tiempo seguirá abierta la librería, pero necesitamos a Sergio con nosotros. Por mí pueden desaparecer todos los libros, el piano, la guitarra y hasta mis cuadros. He leído muchos libros en mi vida, y no me importa recordarlos el tiempo que haga falta, pero no quiero vivir sin Sergio. ¿Para quién voy a pintar más cuadros si Daniel ha muerto y Sergio ya no está con nosotros?

Lanzó el cigarro consumido al suelo.

¿Qué papel juego yo en esta historia?, le preguntó Nora sintiendo un pinchazo en los ovarios que estuvo a punto de hacerle perder el sentido. El más importante de todos, le respondió Miguel Ángel apretándola todavía más, el más importante de todos… Hazme caso, aunque esta conversación te resulte ridícula.

Tal vez fuera un espejismo provocado por el dolor, pero a Nora le pareció que Miguel Ángel tenía lágrimas en los ojos.

No me importaría humillarme si supiera que tengo una oportunidad, dijo el que se parecía a Jesucristo, pero no es eso lo que me importa en estos momentos. Ahora no estamos hablando de mí, sino de la relación entre una profesora y su alumno. Has devuelto a Sergio las ganas de vivir que había perdido desde la muerte de Daniel, y te lo agradezco. Cuando te conocí, pensé que eras la típica profesora pedante que no ha salido nunca de la universidad, y que mete las narices donde no la llaman. No sé a cuánta gente puede interesarle que les hablen de Murakami y Borges, o de ese otro tipo que buscaba mujeres que supieran volar. Sin embargo, en seguida comprendí que tú también te habías doblado alguna vez, como la mayoría de nosotros, y que necesitabas de los demás. No hace falta que me cuentes nada. Todos tenemos problemas, y cosas que ocultar. Cada cual lleva una novela escrita en la frente; lo que diferencia unas de otras es

la forma de narrarlas. Daniel siempre decía que no hay más que tres grandes temas en literatura, el tiempo, el espacio y el otro. Ahí está todo, el amor y el deseo, el odio y la envidia, la muerte y la vida, la vejez y la niñez…

Nora también tiró el cigarro.

Gracias…, dijo, sintiendo que podía desmayarse en cualquier momento si no controlaba el dolor.

Se abrazó a él.

Gracias a ti por haberme acompañado a estas horas…, dijo el pintor besándola en la frente. Y por abrazarme. En estos tiempos la gente no suele abrazarse, está mal visto, tampoco es políticamente correcto.

Nora detuvo un taxi, se subió a él y apretó las manos contra el asiento. Abrió el bolso, buscó una buscapina y se tragó dos pastillas de golpe. Su casa estaba a unos minutos de allí, y debía relajarse. Intentó pensar en otras cosas, por ejemplo, en las novelas de Murakami. Su favorita era *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* , el relato de unos personajes que viven en el mundo de lo "real maravilloso".

La gente ya no se abraza, ni se toca…, pero en menos de una hora la habían abrazado dos personas.

Hacia la mitad de la novela, Nutmeg cuenta a Tooru Okada la historia de su vida, que a su vez contó a su hijo Cinnamon. En 1945 los rusos estaban a punto de invadir el estado japonés de Manchukuo, y Nutmeg y su madre tenían que abandonar el país. Pero el padre era veterinario del zoológico y el ejército de Japón había recibido la orden de matar a todos los animales. Nutmeg dice a Tooru que esas historias conformaron su propia mitología. Cada día hablaban con entusiasmo de todo ello. Del nombre de los animales que había en el parque zoológico, del brillo de sus pieles, del color de sus ojos, de los diversos olores que flotaban allí, del nombre, de los rostros de cada uno de los soldados, de su nacimiento, del peso del fusil, de las balas, del miedo, de la sed que sentían, de la forma de las nubes que flotaban en el cielo.

Cuando el taxista se detuvo en un semáforo de la calle Princesa, Nora se encontraba mejor.

Mientras cogía el ascensor, se dijo que los mundos paralelos eran incompletos. Nunca sabría cuántos hijos tuvo Lady Macbeth en los mundos de Macbeth y, aunque se preguntara si Pickwick estaba o no casado, no podría decir si el rey de Francia era calvo o no. En una novela histórica como *Guerra y Paz* , que respetaba el orden de la historia del mundo real, Napoleón tal vez conociese a Kutuzov o a Pierre y Natacha, pero no a Barark Obama o a José Luis Rodríguez Zapatero.

Se preparó un vaso de leche y se metió en la cama.

13

Apretó el botón del portero automático, se apoyó en la puerta y esperó a que subiera el cartero, un joven pelirrojo que ya parecía cansado a esas horas de la mañana. Firmó el certificado con una letra ilegible, cogió el sobre, cerró la puerta y se dirigió a la cocina. Vació los restos de la cafetera en un vaso de plástico, lo introdujo en el microondas y se fumó un cigarro sentada a la mesa. Tras unas prolijas explicaciones, los amenazaban con retirarles la ayuda económica si no les enviaban pronto las conclusiones del último ejercicio. Las normas eran claras, y no iban a hacer excepciones, ni aunque el catedrático José Antonio Amorós estuviera entre los investigadores. Quizá lo más sensato fuese pasar el spam al proyecto, se dijo, como con los correos electrónicos no deseados. Los botnets se habían puesto de moda, las redes sociales eran objeto de deseo de los spammers y los móviles de los troyanos.

Buscó el móvil y llamó a Amorós, pero tenía el teléfono apagado. Marcó el número de Sergio, pero tampoco lo cogió. Decidió limpiar las alfombras con una fregona ligeramente húmeda; la asistenta llevaba enferma una semana, y aquello empezaba a estar sucio. Al cabo de unos minutos se dirigió al cuarto de baño y se lavó las manos con jabón. Luego se miró en el espejo durante un buen rato.

Se sentó en el salón frente al portátil. La mesa estaba llena de libros abiertos, y en casi todas sus páginas se veían párrafos marcados con rotulados de colores. El aparato tenía varios años y cualquier día le daría un disgusto. Disponía del ordenador de la facultad, pero era un trasto aún más antiguo. Lo encendió y buscó las primeras páginas del texto.

Esa parte era cosa de Amorós.

La literatura poseía señales, como la convención, que indicaban al lector que la lengua era un discurso representado, una especie de sueño con el que se intentaban decir cosas

distintas de las que se decían. El ser humano no lograba entenderlo todo viviendo la realidad cotidiana, pero podía mirarse en el espejo de la ficción para profundizar en el conocimiento de sí mismo. Para Aristóteles lo “imposible verosímil es preferible a lo posible pero no convincente” (*Poética* , 1460a). La literatura producía placer y era fuente de conocimiento. La ciencia tan sólo conseguía llegar a un punto, y su puesto era ocupado por el arte. La mímesis se configuró como un proceso artístico con elementos de la realidad y otros inventados. El artista embellecía la realidad, la poetizaba.

Todo lo que tú quieras…, querido José Antonio, pero la tradición mimética desfiguró el pensamiento aristotélico hasta convertir la mímesis en una imitación burda de la realidad. Ni siquiera Aristóteles estaría de acuerdo con las interpretaciones que se han hecho de su pensamiento.

Apartó la vista de la pantalla y la fijó en los cuadros; otro día tendría que pasarles el paño del polvo, y encerar los muebles.

Para Russell, los términos ficcionales carecen de referencia, están vacíos, y las oraciones ficcionales son falsas, mientras que para Frege sí existe un sentido, pero no un referente ficcional. En opinión de ambos autores, no existen mundos tras las palabras ficcionales. Posteriormente, Saussure considerará dentro de la semántica lingüística que el lenguaje poético es autorreferencial (Doležel, 1999: 15 y ss). En el siglo XX teóricos de la literatura se propusieron recuperar la visión tradicional de la mímesis, adaptándola a los requerimientos de los nuevos enfoques sobre la ficción. Fueron los casos de Auerbach, Hamburguer y Ricoeur, entre otros. Para el primero, todas las épocas podían ser consideradas realistas y sólo cambiaba la presentación que se hiciera de ellas (Auerbach, 1982: 465 y ss). En el caso de Hamburguer, la literatura tenía el poder de que los hechos se observaban como reales, al despertar en el receptor la sensación de que los estaba viviendo y no eran una apariencia de la realidad (Hamburguer, 1995: 23 y ss). La intención de Ricoeur fue reelaborar la mímesis de Aristóteles y adaptarla al presente. El arte debía rehacer o redecir el mundo gracias a las “tres mímesis”. La mímesis 1 era el momento de la prefiguración, pues todo texto

remitía a un mundo que permitía convertirlo en inteligible. La mímesis 2 aludía a la configuración del proceso literario, la construcción de la trama. Por último, la refiguración era la mímesis 3, en el sentido de que el texto buscaba a un lector que le diera verdadero sentido (Ricoeur, 1981: 15-32).

Se acercó a la cocina y se sirvió lo que quedaba del café. No sabía a nada, pero al menos se metía algo caliente en el cuerpo. Mientras acariciaba la taza, pensó que casi nunca se resfriaba, algo que no dejaba de ser curioso. A su ex marido le ocurría lo contrario; en cuanto cambiaba el tiempo, cogía un resfriado. A lo largo de un año podía estar varias veces en la cama a causa de la gripe. Siempre que llegaba el mes de octubre se pasaba por el consultorio médico para ponerse la vacuna, pero ni siquiera así evitaba la enfermedad.

El planteamiento más extremo se resumía en una función que otorgaba referentes, pero que seguían sin ser reales, ya que el particular ficcional en contadísimas ocasiones coincidía con el real. Para solucionar esa deficiencia, la función será sustituida por una universalista (Auerbach), aunque ahora la semántica mimética se transformará en un lenguaje sin particulares. Acto seguido se convertirá en una función seudomimética, donde el constructor del mundo casi se transformaba en el protagonista. En los tres casos expuestos los particulares ficcionales continuarían sin habitar ese mundo de la realidad tomado como dominio de referencia. De manera resumida (Doležel, 1999: 21 y ss):

1. Función mimética:

El particular ficcional P/ f/ *representa al particular real* P/ r/.

2. Función universalista:

El particular ficcional P/ f/ *representa al universal real* U/r/.

3. Función seudomimética:

La fuente real F/r/ *representa (proporciona la representación) al particular ficcional* P/ f/.

Pero si todo se quedaba en eso, se preguntó, ¿qué sería de textos tan poco miméticos como los de Kafka, Borges, Cortázar, Rulfo, Calvino, Nabokov o el propio Murakami? Tenía que reescribir esa parte, aunque Amorós se enfadase. No se escribían

novelas para contar la vida de nadie, sino para transformarla.

Su amigo había insistido en incluir el origen de la novela en la investigación, con el fin de rastrear en la existencia de los mitos. El nacimiento de la mitología y las religiones tenía mucho que ver con la búsqueda de respuestas a las seculares preguntas del ser humano sobre por qué estaba en este mundo, qué lo había creado y para qué. En los orígenes, el hombre se extendió lentamente por África, pero después de miles de años no lograba inventar nada importante. De pronto aprendió a defenderse y a utilizar la capacidad de hablar; esa fue su primera victoria sobre el tiempo. Ya podía relatar su vida a sus descendientes, pues se había inventado un pasado. Después descubrió el fuego, sustituyó la caza por la agricultura y aprendió a escribir. La mitología le ofreció una explicación coherente del mundo; a la vez que contaba un relato, evocaba lo que se repetía continuamente. Tanto en las llanuras de la India como entre los indios americanos, en Grecia y Oriente Próximo, intentaba explicarse por qué existían costumbres y creencias que se escapaban a su imaginación. "Aquiles y Ulises existían en los relatos tradicionales antes de convertirse en argumentos de la *Ilíada* y la *Odisea,* y las mismas epopeyas homéricas fueron folclore –o literatura oral, si se quiere– antes de tener una difusión escrita" (Cristóbal, 2000: 29). Se podía hablar de los textos egipcios que describían la creación del mundo, del poema de la antigua Babilonia, *Enuma-Elis* , recitado ante el dios Marduk en las fiestas de Año Nuevo, y de los capítulos del *Génesis* en la tradición hebrea. Existía una tradición teogónica en los persas, donde Ormuz creaba a las criaturas buenas y Ahrimán a las malas, en los *Puranas* indios, poemas en los que se narraba el origen con genealogías de dioses y sabios, y pasajes del *Mahabharata* . La *Guerra de las Galias* citaba relatos similares en los druidas. Entre los germanos, Tácito se refirió a una poesía donde se mezclaban los dioses y los héroes. En Inglaterra, referencias del *Beowulf* se remontaban a primitivos relatos teogónicos. La literatura noruega también poseía obras como la *Edda* poética. El poema nacional finés, *Kalevala* , tenía connotaciones cosmogónicas. En la tradición griega, Hesiodo no era una excepción, con noticias de autores que crearon teogonías como Orfeo y Museo. Y, como dato curioso, se podía constatar

que el *Kojiki* había influido en las novelas de Murakami.

Se encendió otro cigarrillo, y le vino a la mente la imagen de Albertina buscando en su *Biblia* hueca. La vieja poeta también había tenido que volver a España para recuperar su propia mitología. No es que la hubiera perdido en México (“porque lo importante son las personas que nos rodean”), pero la memoria no era suficiente.

Históricamente había que remontarse a la Antigüedad, cuando los dioses lo controlaban todo, incluyendo la vida de los personajes. Con el Renacimiento surgió otra visión, y la fe ya no sería la única en ofrecer respuestas. El hombre se enfrentó al individuo con sus propios medios. En su *Teoría de la novela* , Lukács definió el género como la historia de un héroe problemático que vivía en un mundo complejo. Se cuestionaban las barreras sociales tradicionales, los valores no eran indiscutibles y los individuos ya no encontraban su lugar en el mundo. Don Quijote fue uno de esos héroes, al ser capaz de vivir la aventura en estado puro. Cervantes pensaba que había escrito un simple divertimento, pero sin el *Quijote* no se hubieran escrito el *Tristram Shandy* y *Santiago el fatalista* , y desaparecería la literatura inglesa, francesa y española de los siglos XVIII y XIX .

Aplastó la colilla en el cenicero y se bebió el café. Se puso las gafas, se llevó el dedo a la boca, lo mordió ligeramente, miró hacia unos libros que ocupaban la parte izquierda de la mesa y comenzó a escribir de memoria.

Un folclorista rumano encontró en una aldea una balada sobre un novio embrujado por una celosa hada que le empujó a un precipicio unos días antes de su boda. “Un grupo de pastores encuentra el cadáver del joven y lo llevan al pueblo, donde la novia le canta un precioso lamento funerario. A su pregunta de cuándo ocurrió aquello, le dicen que fue hace mucho: *in illo tempore.* Ante su insistencia, terminan asegurando que los hechos se remontan a cuarenta años atrás, y que la novia aún vive” (Pavel). La novia confirmará al investigador que su novio se había caído por un barranco, y murió entre dolores terribles. Tras regresar a la aldea, el folclorista contó la verdadera historia, pero nadie le hizo caso. La vieja estaba loca y se había olvidado de

todo, le dijeron. ¿Se podía decir que *Edipo Rey* era ficticio en un sentido moderno? Para sus usuarios originarios, ciertamente no, si es que por ficción se entendía un reino segregado del mundo real. La historia había convertido a Edipo en un personaje ficcional, y ya nadie lo dudaba, ni siquiera la gente que desconocía quién era.

Y aquí es donde discrepamos tú y yo otra vez, amigo José Antonio, dijo entre dientes. A pesar de que te cueste aceptarlo, el mundo se ve mejor a mil metros de altura, a bordo de una avioneta, o eso es lo que aseguran los que se empeñan en ver la realidad a distancia. El escritor puede crear un mundo propio independiente del real. Como ha escrito Todorov, "seguimos en relación con el absoluto o lo sagrado, pero uno y otro han abandonado el cielo y descendido sobre la tierra. No se trata de decir que, para los europeos, la religión ha muerto, sino que ha dejado de ofrecer el marco obligatorio en el que se estructura la sociedad en su conjunto como la experiencia de los individuos" (Todorov). A partir del siglo XVIII se modificó la actitud del artista ante la verdad y la realidad de la vida. La literatura convirtió al ser humano en algo diferente, héroe o villano, amante o amado, príncipe o mendigo. Breitinger (un suizo seguidor de Leibniz) distinguió entre los siguientes tipos de mundos maravillosos:

1.

Los mundos alegóricos de las cosas inanimadas("no-seres").

2.

Los mundos esópicos, con animales y objetos caracterizados por tener un discurso articulado.

3.

El tipo superior de lo maravilloso, formado por losmundos invisibles de los "espíritus" y que la literatura compartía con la mitología y la religión.

Baumgarten (otro suizo) dio un paso más y clasificó los mundos ficcionales en:

1º nivel.

– Ficciones verdaderas: con objetos posibles en elmundo real.

– Simples ficciones: con objetos imposibles en la rea-lidad.

2º nivel.

Las simples ficciones se dividían en:

– Ficciones heterocósmicas, que eran sólo imposiblesen el mundo real.

– Ficciones utópicas, imposibles en todos los mundosposibles.

Nora advirtió que no había citado los años y las páginas de las últimas obras. Las buscó entre la montaña de libros de la mesa, pero no tuvo éxito. Tras unos instantes de duda, siguió escribiendo.

Ese mundo de ficción nacía en el momento en que el autor lo creaba, no antes, y ahora sí tenía sentido hablar de un particular ficcional. El proceso creativo iba desde un shock inconsciente hasta una serie de ideas abstractas que de pronto adquirían un significado. Doležel elaboró una teoría de los mundos posibles en el marco de un modelo de múltiples mundos donde rechazaba las tradiciones mimética y seudomimética. Los mundos posibles eran mundos paralelos que rompían las ataduras que habían convertido el mundo real en la única referencia del arte. En el siglo XX se habían borrado las fronteras entre el mundo natural y el sobrenatural, y había surgido un mundo intermedio entre el mito clásico y el moderno. El ser humano empezaba a entender lo que significaba el cosmos impenetrable y ya no necesitaba utilizar la "red simbólica" de dioses y héroes que le permitieran enfrentarse al "absolutismo de la naturaleza". Ahora el peligro estaba en otra parte, como explicó Kafka con la metamorfosis de Gregor Samsa. Kafka acertó a ver que los acontecimientos que eran físicamente imposibles no podían ser interpretados como intervenciones milagrosas del mundo sobrenatural. Todas las categorías narrativas se generaban dentro de este mundo de manera espontánea; se veían gatos que parecían corderos e incluso se comportaban como seres humanos; también había objetos que tenían características tanto del mundo natural como del sobrenatural, muertos que convivían con vivos y monos que adquirían la sensibilidad del hombre gracias a la educación. Las

condiciones aléticas en el mundo híbrido exigían olvidarse de la disyuntiva mundo natural / sobrenatural, para alumbrar un mundo intermedio, como el que describió Rulfo con sus fantasmas de *Pedro Páramo* , los personajes de *Cien años de soledad* de García Márquez, el viaje mítico descrito por Fernando del Paso en *Palinuro de México* o los dos mundos de *1Q84* de Murakami.

Dejó el ordenador encendido, se levantó y se fue a su habitación. Abrió el armario y repasó la ropa; la mayoría de los vestidos estaban anticuados. Eligió uno que no se ponía desde la última vez que cenó fuera de casa con Amorós. Era un vestido rojo, bastante ceñido, que siempre la había sentado bien, aunque quizá ya no le sirviera. Últimamente había engordado varios kilos. Tardó en peinarse y pintarse los labios, mientras se miraba en el espejo. Quizá nunca lo hubiera hecho durante tanto tiempo.

Teniendo en cuenta que los sucesos del dominio visible (determinado) se construyen de forma explícita y los del invisible (indeterminado) lo hacen de manera implícita, en *El proceso* la textura presupone la existencia de una autoridad que ordena el arresto de Joseph K., pero que oculta su identidad. Más tarde se sabrá que ha sido cosa de La Corte, que, por otra parte, seguirá oculta e invisible hasta el final. Igualmente la sede del poder en *El castillo* se muestra oculta en una colina, atravesada por la niebla y la oscuridad; después se podrá leer que el castillo se perfila claramente, pero K. será incapaz de alcanzarlo. El uso del teléfono es un “pasadizo interior” que permite la comunicación entre las personas del mundo visible y los agentes de la institución invisible. Con un escritor como Kafka la secularización del mito clásico es total, al crear un mito moderno universal; en su mundo no hay seres sobrenaturales, ni milagros. Todo es normal dentro de la anormalidad de los acontecimientos. Con un escritor como Murakami las cosas no son tan evidentes. En la posmodernidad, las acciones humanas y las actividades de las instituciones sociales pueden ser incomprensibles, pero no es posible –carece de autentificación–, buscar una explicación sobrenatural y trascendente. La insensatez de los hombres y los conflictos históricos (bélicos, políticos, económicos e incluso sociales y culturales) no se pueden explicar con claves extrañas. El mito moderno reafirma la fragilidad de la condición humana que



explica el mito clásico, y los hombres son responsables de sus actos.

14

Subió al autobús en la parada de los arcos de Moncloa. Recorridos apenas cien metros no recordaba si había abonado o no el billete, absorta en el recuerdo de la imagen de un mendigo que se encogía en sus excrementos sobre el banco de la marquesina. El conductor tampoco lo sabía, aturdido por la música estridente de su transistor. Por primera vez, Nora no levantaba la vista para capturar las sombras perdidas de las azoteas.

Cerca de Callao recibió un mensaje de Amorós; había visto su llamada perdida y quería preguntarle si por fin había accedido a casarse con él. No tuvo más remedio que sonreír y pensar que su querido catedrático besaba bien. Era una de las cosas que más le gustaban de él, su apasionada forma de besar. Amorós besaba como si el mundo estuviese a punto de acabarse, y lo que conseguía era seducirte y que ya no quisieras que esas sensaciones desaparecieran. Era una lástima que no le gustara lo suficiente para valorar la posibilidad de enamorarse de él. Todos los hombres no eran unos capullos después de todo, ni querían abusar de ella. Cuando lo conoció, su marido también era una buena persona, pero a partir de cierto día empezó a considerarla como una más de sus posesiones. Su trabajo, su casa, su coche, sus vacaciones, su madre, su mujer, su escopeta de caza, su tiempo libre… El mundo entero estaba a su disposición, y podía ordenarlo y desordenarlo a su antojo. Su primacía sobre ese mundo era indiscutible, una especie de orden natural… Tenía que haberse vengado de él entonces, y de alguna forma lo hizo cuando decidió cuidarlo después de que le detectaran la enfermedad. Su marido vivía solo, y ahora el que meaba sangre era él. Nora le ponía los pañales y le ayudaba a hacer sus necesidades, y lo acompañaba al hospital mientras le practicaban la quimio y la radioterapia, y lo volvía a limpiar y a cambiar los pañales cuando regresaban a casa. También le hacía la comida, y se acercaba a la tienda de videos para alquilar películas. A su

marido le gustaba el cine negro, sobre todo *Al rojo vivo* , *Cayo largo* y *El sueño eterno* . Durante esas semanas la necesitó más que nunca.

Las calles Marqués de Cubas y Prado, en Madrid, en el centro de Madrid, reflejándose en las sombras con las que tropezaba a cada paso… Se detuvo unos minutos frente al escaparate de la librería, y también lo hizo en la puerta. La muchacha del disco le pareció menos ingenua que las otras veces.

¿Cómo era Daniel Barrios?

Volvió a hacer esa pregunta en cuanto Raúl Torres le confirmó que estaba solo. El cubano llevaba un traje oscuro que le sentaba bien; la corbata era bonita, con rayas grises que hacían juego con la camisa.

Un vividor…, dijo acariciándose la barbilla.

Raúl no era el hombre más guapo que había conocido, pero tampoco estaba mal, y se había recortado el bigote con gusto. Las cicatrices le daban un aspecto amenazante, eso sí, casi de malo de película, a lo Bogart o Cagney.

Un vividor y un tipo del que te podías fiar…, se pasó el dedo por una de las cicatrices. Si la policía nunca ha abierto esa puerta para arrestarme es porque sabe que Daniel no sería capaz de encubrir a un asesino. Hay cosas que están por encima de las leyes, y la buena reputación es una de ellas. Daniel se ganó su reputación poco a poco, hasta conseguir que el mundo supiera quién era.

¿Qué te pasó en Cuba?

Nora le hizo la pregunta desconociendo que nunca se había negado a responderla.

¡Que maté a un tipo!, exclamó con naturalidad, un militar hijo de perra que me tenía hasta lo huevos… Tragó saliva.

Era un cerdo y un corrupto. Se dedicaba a hacer la vida imposible a la gente del barrio, y se enriquecía con pequeños negocios, desde la extorsión al tráfico ilegal de ciertos productos. Pero lo peor es que un día empezó a insinuarse a mi mujer. Le hacía regalos y la invitaba a comer. Él tenía el poder absoluto, y a mí únicamente me quedaba cruzarme de brazos. Yo trabajaba

como redactor en un periódico local, y nunca había tenido problemas con el gobierno ni con la policía. Tampoco había escrito artículos subversivos y radicales, entre otras cosas porque no está en mi naturaleza.

Nora volvió a fijarse en sus cicatrices.

¿Estás justificando el asesinato?, le interrumpió pensando en sí misma. Lo hice por mi familia, pero también por mi dignidad, dijo Raúl. Quizá te resulte ridículo, pero yo no soy Daniel Barrios. Él se dejó la piel por sus ideas. ¡Tenías que haberle visto peleándose con cualquiera por defenderlas! Pero lo que ocurrió en España fue poca cosa comparado con los buenos tiempos de Fidel. ¿Qué hubiera hecho Daniel de haber vivido en Cuba? Supongo que lo mismo que yo, ni más ni menos.

Nora se encendió un cigarro.

No creo que fuese capaz de matar a nadie, dijo ella segura de sus palabras, ni siquiera para recuperar la dignidad. Tú no lo conociste…, dijo él. Es cierto, no lo conocí, repitió Nora. ¿Y si su mujer hubiera estado en peligro?, se defendió Raúl. Tampoco la conocí a ella…, dijo Nora sin más.

¿Era la única realidad posible o Raúl la estaba adornando con palabras para hacerla más verosímil?

No pretendo convencerte de nada, siguió Raúl como si hubiera leído sus pensamientos. No soy más que uno de los muchos parias que van de un país a otro en busca de integridad moral. Suena solemne, ¿no es cierto? Ahora se habla de inmigrantes que no pertenecen a ningún lugar. Lo que no suele decirse es que algunos son exiliados políticos y tan sólo buscan un sitio donde se respeten los derechos humanos. En este país se respetan; los españoles han hecho una estupenda transición política y viven felices. Últimamente ha subido tanto el nivel de vida que es comparable al de los países ricos de Europa. ¡La vida es maravillosa!, se oye decir a la gente por la calle. Y es cierto, ya pueden dormir tranquilos cada noche. ¿Para qué preocuparse por la falta de dignidad en otros países?

Nora se preguntó si era correcto llamarse exiliado político en esas circunstancias, pero no dijo nada.

Apenas te conozco yo tampoco, le dijo Raúl mirándola de arriba abajo, pero se ve que eres inteligente, y deberías saber que volvería a hacerlo si fuera preciso. No es fácil vivir con un muerto a tus espaldas, pero menos todavía quedarte de brazos cruzados mientras el mundo se desploma a tu alrededor. La mayoría de los problemas de conciencia se producen por culpa del miedo.

Nora pensó en el amigo de Pepe, y sintió un escalofrío.

¿Y Sergio?, le preguntó. ¿Qué ocurre con él?, dijo Raúl cruzándose de brazos. ¿Sería capaz de matar a alguien por defender esa dignidad de la que hablas?, fijó ella la mirada en la novela de Vonnegut.

Era un libro sobre las anfetaminas y las infinitas posibilidades de vivir en las nubes…, y más cosas eternas.

Sergio es demasiado joven, dijo el cubano, y entiende la vida de otra forma. Sus valores también son distintos. Hay valores eternos…, dijo ella. ¿También en la época de Internet?, le preguntó Raúl.

A Nora le vinieron a la mente esos oficiales y cadetes del Colegio Militar Leoncio Prado que habían quemado *La ciudad y los perros* , ya que calumniaba a la institución. Algo parecido dijo la primera mujer de Vargas Llosa al verse retratada en *La tía Julia y el escribidor* , y sentirse ofendida.

¿Tú también te has enamorado de él?, le preguntó Raúl con una cara diferente. ¿Por qué dices eso?, se limitó ella a responder. No sé…, dudó el cubano, será cosa de la intuición. A veces la intuición falla, dijo Nora. Con Sergio casi siempre acierto, se rió Raúl, como me ocurría con su padre. Ya sabes que los cubanos somos un poco brujos. Será por la sangre africana que llevamos en las venas.

Albertina abrió la puerta de la librería en esos momentos, y Nora se sintió aliviada, porque no sabía cómo seguir la conversación. La vieja poeta no se había maquillado en esa ocasión, tenía el pelo recogido hacia detrás y vestía una falda y una blusa de pana estropeadas. Lo primero que hizo fue buscar la *Biblia* , se acercó a su silla habitual y, antes de sentarse, se encendió un cigarrillo, como si fuera a vivir una eternidad. Nora

se sentó a su lado, y Raúl aprovechó para despedirse.

Que tengas suerte…, dijo a Nora a un paso de la puerta. Sergio siempre habla bien de sus profesores.

Es un buen chico…, equivocado, dijo Albertina en cuanto Raúl salió a la calle. ¿Qué hace en la Academia de Historia?, le preguntó Nora. La verdad es que no lo sé…, balbuceó la vieja poeta.

¿Ficción o realidad?, se dijo Nora, y luego preguntó a Albertina por Sergio.

¿Sergio?, se encogió la poeta de hombros. Es como si se lo hubiera tragado la tierra…, repitió Nora por enésima vez en los últimos días. ¿Aún no lo conoces?, dijo Albertina. Es igual que su padre.

Se levantó, se dirigió lentamente hacia el mueble de las bebidas y se sirvió un whisky con hielo.

¿Crees que te sentará bien?, le preguntó Nora. ¿Que si me sentará bien?, sonrió Albertina. Eso de morir joven es demasiado prosaico. Hay que saber vivir con cada edad, y morir en su momento. No creo que exista nada más triste que irse arrastrando por ahí como una cucaracha. Ni siquiera quieres matarla cuando la encuentras en el lavabo o entre los muebles de la cocina; por eso le perdonas la vida. He vivido demasiados años con el estómago lleno de cucarachas como para preocuparme.

Albertina se bebió el whisky de un trago, clavó los ojos en Nora y le dijo que luchara por el amor de Sergio. El muchacho era imprevisible, tan imprevisible como su padre, pero tenía que darle una oportunidad. Quizá ella fuese la elegida, después de todo. Desde el primer momento le había parecido una buena persona…, quizá demasiado callada para su gusto. Sergio la miraba de forma especial, con ese respeto que se tiene a las personas que se admiran. Siempre había extrañado a la pobre Nuria, y ella podría ser su madre, su hermana o cualquier otro miembro de la familia.

Le pidió que buscase el disco de Juan Ramón Jiménez. *Canciones del alma y Canciones del alma en la íntima comunicación de amor de Dios* . Le apetecía escuchar su peculiar voz una vez

más.

Esto se acaba…, añadió, y lo mejor es tener preparadas las maletas.

Era la última mujer modernista, pensó Nora, y apenas tenía nada que ver con las mujeres de Borges o Murakami. El mundo cambiaba rápidamente, y no daba tiempo a leer todo lo que se escribía.

Al menos le quedaba la voz de Daniel, añadió Albertina, cantando *Septiembre* cuando abría la puerta. A veces la sacaba a bailar, allí en medio, rodeados de libros y de todos sus amigos, mientras el disco giraba y ella sentía que recuperaba su juventud, y que Daniel era el hombre de su vida. Cuando volvía a girar, su hombre era Sergio y después Sinatra cantando *Septiembre*. Qué guapos eran todos, Daniel, Sergio, Sinatra…

Albertina abrió el bolso, sacó su libro y le dijo que se lo entregara a Sergio; era el último favor que le pedía.

En esos versos hablaba de Daniel y Sergio, y de ella… Nora encontró el disco entre las sinfonías de Mahler.

Tras ponerlo, creyó ver una lágrima en el rostro de Albertina. Era el retorno a la colina de los chopos, al hospital blanco, a una vida construida con los pequeños instantes de la memoria a pesar del recuerdo y las fotos en blanco y negro del álbum familiar. El año de infausto recuerdo… Y otra casa llena de melancolía lejos de España, los tiros por la calle como lágrimas de acero que le destrozaban el estómago y el cerebro, el único sentido que le quedaba a la memoria, para no saber y no tener que recordar todo lo negativo de la vida, para dejar de soñar.

Albertina había recreado su muerte, y ahora empezaba a vivir. Había escarbado en la buhardilla de su alma, y sólo había visto polvo. Sergio acercó su mano a la suya, y dibujó en su rostro su necesidad, su ceguera en sus ojos, su asfixia en su belleza, su sed en su pecho y en sus piernas, pero olvidó labrar su edad en sus manos. ¡De los mancos será el reino de los cielos!, dijo entonces, y Nora sintió que tampoco encontraba tantas diferencias con aquella mujer. Después engendró su poesía en su vientre y desnudó a los fantasmas del pasado. Sonaba un reloj que se reía

de la rima de los sexos. ¿Recuerdas niño, le preguntó? Éramos siempre tres: tú, yo y el otro. ¡El otro, que siempre nos separaba! Un ser invisible y ciego, sordo y mudo. ¿Recuerdas hombre? Los tres juntos, haciendo el amor los tres, amándoos tú y él, y yo contigo, y él conmigo. ¿Acaso no recuerdas aquella guerra? Tengo frío, me dijiste… Te oprimió mi pecho, anegando cada gota de tu boca en la saliva de mi ansia. ¡Ay!, exclamaste en un suspiro, mientras te dormías en mis brazos. Te vigilaba noche tras noche. A los ojos de los hombres nadie éramos, sentados en la luna, melancólicamente obscenos, exiliados, sentados en las estrellas. Quisiste un hijo para que llevara tu nombre, y te pusiste a rezar tus soledades, llenas de esperanza cuando el viento destrozaba nuestra casa. Y el niño nació, sin cuna ni patria. No me duele España, te dije, también se prostituye la luz. Me fui virgen y volví virgen…, y nos perdimos en una cama sin almohada. Y nuestros besos huyeron entre las sábanas de cera, unas sábanas tan pulcras, de rojo y gualda. Más tarde atrapé el desierto a tiempo, emblema de un oasis donde cobijarme. Bebiste de mi boca, Sergio, envuelto en el huracán del tiempo. Atrapé un desierto, como mi voz por llamarte tanto. Tu padre y yo nos escribíamos bajo las sábanas de una parecida desolación, y nos consumió el pasado, su recuerdo, el fruto de su espera y tu esperanza. Tus ojos tardaron en contestarme, pero nunca me importó. Te reíste de mi timidez, y seguí esperando. A nadie más quisimos embarcar en el velero, nadie más murió dormido. Quise ser Virgen en tu carne, y dibujé nuestro encuentro. Tu padre había desaparecido, perdió sus huellas en la arena, entre el rocío de la tarde que yo misma había regado. Besé sus labios en el espejo, y luego incineré mi cadáver. Y sofoqué el humo con el último aliento que me quedaba, la propia miel de los gusanos. Llora mi huerto por todos los que murieron por España: la nieve cayó sobre su cara y ya jamás quiso ser pura. Tu padre se guardó la llave de mi huerto, y llevó el frío invernal a sus rosales encarnados. No queda agua en el vaso, sólo tus labios en su borde. He perdido las gafas, los viejos ya no saben cantar, mejor será que se retiren a sus tumbas y lloren solos. No puedo correr a buscarte a tu castillo, tú has huido del mío; yo no puedo ser en él sin tu presencia, ni puedo ser el tuyo sin el mío. Todavía oigo tus voces en el tronco de mi

pasado, mañana… El mar se ha vestido de novio y se ha casado con tu cuerpo, el mar ríe, ríe, ríe…, engalanado con su túnica, el mar ha dormido tu paciencia. Alguien lo escribió una vez: "Vivir sólo en tu vientre, vivir sólo en tu pecho, vivir en la sementera de tu ropa y ser falda de tu esencia", luego vino una guerra y yo sólo pude creer en ti. Creo en ti por encima de todas las cosas, en tu cuerpo y en tu alma, en tus sienes y en tus ingles, creador de mi presente y mi futuro, semilla de mis ingles y mis sienes. Creo en tu padre, bien amado. Creo en el hijo que nunca tendremos. ¡Capturad mis huesos, enterrad mi muerte! Que el último fascista riegue con su sangre mi esquela. ¡Dejadme vivir! Asistiré a la misa de mi presente para que nunca me quitéis la poesía, porque siempre nos quedará la rosa. Con las sortijas de tu vientre vestiré mi mano, en las paredes del único futuro que me queda. Recorreré instante tras instante tu cuerpo con mis dedos. Ja, ja, ja, olvidaba que soy manca. Ten presente, niño, que todavía tengo que inventarte, aunque riegue con mi sangre los campos yertos del pasado que no tuve, quizá en la calle Goya, en la acera de los números impares. Repetiré monótonamente la misma canción al general del último ejército que queda sobre la tierra, hasta que me asalte el sueño profundo. Y volveré a soñar por orden de merecimientos: tus ojos, tus manos, tu pecho, tu pubis, se me olvidaba el alma, que te hizo. Vuelve la estrella nueva y vieja a mi encuentro, vuelves tú, mujer y niña. Las pisadas que se han borrado, el mar, los silencios, la furia, el cielo gris imperturbable, los besos vacíos de unos labios rojos. Mis palabras sólo recordaron lo que fueron cuando tú, Sergio, las enseñaste a sentir, porque sabemos que dios existe.

Era la lágrima de la última poeta del veintisiete, mientras Sinatra cantaba *The September Of My Years.*

Tercera parte

15

La plaza Santa Ana era una reunión de vividores sin complejos y creadores de prodigios. La literatura debía servir para buscar a los seres perdidos del planeta, y que la vida se llenara de libros, de las horas muertas en la librería de Sergio Barrios y en cualquier otra, en Nueva York y San Petersburgo, en Dublín y Nueva Delhi, en Buenos Aires y Ankara, en Estambul y Kyoto, en Westminster y Ottawa, en Lima y París, escuchando el rock sinfónico y conceptual de una banda de la que sólo se acordaba Miguel Ángel Andés, las sinfonías de Mahler, las canciones de Sinatra y la voz de Juan Ramón Jiménez. Nora había vuelto una vez más, pero en esta ocasión no se encontró con nadie, ni siquiera con Raúl y Anselmo. La puerta no estaba cerrada, así que entró, se sentó en la silla de Albertina, sacó unos folios del bolso y se puso a leerlos como si no tuviera otra cosa mejor que hacer. La libertad era el tiempo que se dedicaba al amor, y ella se había ganado su propio espacio. Dos días antes habían enterrado a Albertina en el cementerio civil de la Almudena, con la presencia de Elena y Pepe, que regresaron a Madrid para la ceremonia. Sergio no lo hizo, pero sus amigos no se lo reprocharon.

A pesar de su larga ausencia, percibía su olor por todas partes . Amorós no olía como él; en realidad no olía a nada, ni a nadie, y eso que era un buen partido. Algunas compañeras se le habían insinuado, y en la facultad siempre se hablaba del interés que despertaba en las alumnas un hombre maduro, culto, soltero y famoso. Sin embargo, se había empeñado en conquistarla a ella. Nora le decía que era aburrida y poco habladora, pero le daba igual. Sólo le importaban sus libros y Nora Acosta.

La libertad es el tiempo que dedicamos al amor… Era la voz de un tipo de veintitantos años, ojos azules, pelo corto y en punta, y gafas de diseño. Se había puesto un traje de Adolfo Domínguez, o algo así. La corbata floja le daba un aire entre bohemio y aristocrático, como el de la plaza.

¿De dónde sales?, fue lo que se le ocurrió decir a Nora, mientras se le caían los folios. De mi habitación, dijo Sergio agachándose para recogerlos. Por cierto, estás muy guapa, profesora, con ese aire juvenil… Me encanta el enorme jersey que llevas, y los vaqueros y ese pelo revuelto. Más de una alumna sentiría envidia si te viese en estos momentos. No sólo dirían que eres la profesora más interesante de la facultad, sino también la más sexy, por encima de Beatriz Talaván y Alba Martínez.

Era la misma calma al expresarse, y el uso de las palabras precisas.

¿Es tu proyecto sobre el futuro de la novela?, le preguntó con una de esas sonrisas que la dejaban estoqueada en mitad del patio. Un futuro que está por los suelos…, dijo Nora sonriendo también.

Guardó los folios en el bolso, y allí se encontró con el último libro de poemas de Albertina.

Me pidió que te lo diera antes de morir…, dijo escuetamente.

Era el testamento de una mujer acostumbrada a sentir miedo delante de las páginas en blanco y de los militares feroces.

Nunca me perdonaré no haber llegado a tiempo a su entierro, dijo Sergio antes de leer el primer poema.

Seguro que le hubiera gustado…, balbuceó Nora.

Sergio la miró pero no dijo nada, y siguió leyendo.

Dos mujeres de unos cuarenta años abrieron la puerta. A Nora le llamaron la atención el vestido rosa de una de ellas y las larguísimas piernas de la otra, que le proporcionaban una altura considerable. Lo que no podían ocultar era la típica timidez de tanta gente cuando entra en una librería, la misma que ella había sentido al empujar la puerta después de fijarse en la carátula de un disco de rock.

Buenos días…, balbuceó la mujer de las piernas largas. Mi amiga y yo queremos regalar un libro a un amigo, pero no nos ponemos de acuerdo.

Sergio dejó los folios de Albertina sobre la mesa.

Tienen la librería a su disposición, les comentó con evidente

desgana. Ni mi amiga ni yo somos grandes lectoras…, aseguró a la defensiva la del vestido rosa. En realidad nos gustan las novelas policíacas, dijo la alta.

Nora y Sergio se miraron fugazmente.

¿Y a su amigo?, les preguntó Nora intentando no parecer pedante. No lee demasiado…, le respondió la de rosa, pero queremos causarle buen efecto. Por eso hemos pensado en regalarle un libro.

Las dos mujeres continuaban indecisas. Nora se dirigió hacia una mesa, y cogió un libro de Murakami.

Seguro que les gusta…, aseguró decidida.

Las dos mujeres observaron la portada, y la de las piernas largas le preguntó si era una novela sobre el maratón.

No es una novela exactamente, dijo Nora, pero habla de lo que se siente al correr, y sobre el hecho de escribir. Su lenguaje es fácil y directo. ¡Estupendo!, exclamó la de rosa.

Sergio se levantó sin cambiar el gesto, cogió los libros y los envolvió como regalo; acto seguido acompañó a las dos mujeres hasta la puerta. Ni siquiera las despidió con un simple adiós. Se limitó a cerrar la puerta en cuanto salieron, y a comentar algo entre dientes que Nora no entendió.

¿Qué tal si te ofrezco un contrato en prácticas como vendedora?, dijo mientras encendía un cigarrillo. Con la condición de que me hagas fija pasado un tiempo, le respondió ella.

También se encendió un cigarrillo.

¿Vas a decirme ya dónde has estado?, le preguntó poco después buscando su mirada con afán. Por supuesto, aseguró el crío, pero antes me gustaría que supieras algunas cosas. El otro día dejamos la conversación a medias por culpa de Pepe, en realidad se quedó a medias hace años, en la facultad, durante aquel otoño seco y frío.

Le pidió que lo acompañara a su habitación.

Era la viva imagen de su padre, como diría Magda, se dijo Nora, del hombre especializado en partir el alma a las jóvenes

tontas y soñadoras.

En una de las estanterías estaban sus libros desde los diez a los quince años, el tiempo de viajar con el profesor Challenger, el periodista Malone, lord John Roxton y otro profesor, rival del primero, Summerlee, en busca de un mundo perdido, cuando el suyo aún estaba por hacer o se hacía con otras compañías, como las del capitán Nemo a bordo de su Nautilus, al lado de Axel y Aronnax, o las de Jim Hawkins, John Silver y el fantasma del capitán Flint en la aventura más excitante que había vivido hasta entonces, o las de Guillermo Brown, Tarzán y el mismísimo Sherlock Holmes.

Espero que te guste mi paraíso de los lectores adolescentes…, dijo Sergio con una tímida sonrisa. Cuando mi padre retiró todos esos libros de ahí fuera, yo los cogí, los guardé en cajas y los escondí debajo de la cama. Los empecé a leer poco a poco, sabiendo que eran importantes para mi padre, aunque no los vendiera. No tardé en comprender que el problema no estaba en los libros.

Nora iba a decirle que ella también había conocido un paraíso similar, pero no tuvo tiempo.

Mi madre se suicidó en esta cama…, dijo Sergio como si tal cosa. Su enfermedad le hacía pasar de la tristeza a la euforia en cuestión de segundos. Un día se puso a llorar, cerró su cuerpo con llave y la tiró lejos.

A Nora le habría gustado que Sergio la tomara en sus brazos y le hiciera sentirse segura, arropada, tranquila. Ella hubiera aprovechado para decirle que por fin un hombre había sido capaz de conquistarla.

Mi padre estaba en París… Había ido a visitar a un amigo con el que intercambiaba libros viejos. Mientras tanto mi madre se pudría en el tanatorio, quizá nos pudriéramos los dos sin saberlo.

Nora resistió la tentación y no lo miró a los ojos. No podían seguir desgastando algo que debía nacer de una apertura total a los sentimientos.

Mi padre nunca la entendió, continuó Sergio, y lo peor es que creo que yo tampoco lo hice. A veces no puedo dormir; tengo

unas pesadillas terribles. Las personas con una enfermedad mental tienen afectado su tono afectivo, la comunicación, incluso la forma de comportarse. Los médicos quisieron ingresarla en una clínica, pero mi padre se negó, y supongo que yo estuve de acuerdo.

A Nora se le consumió el cigarro sin haber dado una calada.

Los locos, Nora, ¿comprendes?, dijo Sergio poco después. Hay gente que piensa que hasta los veinticinco años se puede heredar la locura. Es uno de los mundos paralelos de los que te hablé, uno de los mundos paralelos de mi vida… Mi madre era un ser imprevisible con sus propias coordenadas mentales, con su propio tiempo y su propio espacio. En los momentos de tranquilidad conseguía que hablara conmigo de ciertas cosas. Una primavera llenó incluso la casa de flores, y el olor de la felicidad se alargó hasta el invierno. Luego volvieron las alucinaciones, la falta de concentración, el delirio…, y un día explotó… Me costó aceptar lo que había ocurrido, y ese año suspendí todas las asignaturas. Al año siguiente me matriculé en la facultad; necesitaba olvidar cuanto antes. El tiempo pasaba y no parecía que los síntomas de la locura estuvieran afectándome. La relación con mi padre continuaba siendo buena, a la vez que aumentaba mi amistad con Miguel Ángel, Pepe y los otros. La librería siempre estaba abierta, la gente no dejaba de entrar y salir, y la rutina se llenaba de sentido en compañía de mis amigos, hasta que un nuevo golpe volvió a poner a prueba mi capacidad de resistencia.

Sergio se detuvo en ese punto.

¿Preparo un café para los dos?, dijo intentando sonreír, pero quedándose a medias. Me parece bien, dijo Nora.

La ficción no se oponía a los hechos, pensó Nora mientras Sergio se dirigía a la cocina. Las obras ficticias podían estar basadas en observaciones o experiencias verídicas. Las obras que pretendían describir la verdad (autobiografías, reportajes periodísticos) podían tener información sesgada. La mente humana era capaz de crear múltiples mundos, sin que ninguno poseyera un papel dominante sobre los demás. Esto no sólo ocurría con la creación, sino con cualquier tipo de conocimiento. Podía hablarse de los mundos posibles de la semántica lógica, de

la filosofía, de la religión, de la ciencia natural, de la historiografía o de la teoría de la acción. Los mundos posibles de la ficción se derivaban de actividades como la poesía, la pintura, la escultura, la música, el cine o la televisión, y se constituían en objetos estéticos creados por sistemas semióticos que se valían del lenguaje, los colores, las formas, los tonos o la acción. Como podría asegurar Miguel Ángel, el mundo de la pintura no estaba constituido únicamente por imágenes, sino por ideas. Un cuadro no sólo debía verse, sino también leerse.

Sergio regresó a los pocos minutos con el ceño fruncido y la cafetera de cristal a rebosar en la mano.

¿Hasta cuándo crees que el ser humano es capaz de resistir?, le preguntó después de servir el café.

Sergio no esperó la respuesta, quizá porque Nora no parecía dispuesta a dársela.

Hace unos meses me llamó al móvil una funcionaria de la embajada de España en Cuba, que, por cierto, tenía una voz preciosa. Quería comunicarme que un hombre había aparecido muerto en el Malecón de La Habana, y que estaba prácticamente irreconocible. Lo importante para mí era que a pocos metros del cadáver la policía había encontrado el carné de identidad de mi padre.

Se dirigió hacia el escritorio, encendió una pequeña lámpara y cogió un disco de *Jethro Tull* , la historia del viejo que babeaba delante de las jovencitas, intentando retrasar su muerte.

Es un homenaje a mi padre…, dijo, sin que Nora fuera capaz de apreciar si existía o no ironía en sus palabras.

Tras la noticia de su muerte, añadió, viajé a Cuba, pero no conseguí más información. Hablé con gente del consulado y la embajada, con personas del gobierno y de la policía, pero fue en vano. El hombre del Malecón era mi padre, y no había nada más que hablar, salvo traerme su cadáver a España, algo que no hice. Autoricé su incineración allí mismo, y arrojé las cenizas al agua.

Ya estaba sonando *Aqualung.*

Desde entonces todos seguimos con la misma vida, dijo siguiendo el ritmo de la música. Miguel Ángel, María José, Raúl,

el propio Pepe… Sabemos que mi padre volverá cuando le apetezca envuelto en uno de esos trajes que le sientan estupendamente. ¿Tú también lo sabes?, le preguntó ella, antes de tomarse el café. Yo también deseo que la librería continúe abierta otros dos siglos, dijo él sirviéndose de nuevo. ¿Por eso desapareces durante más de dos semanas?, le preguntó ella.

Sergio la miró cariñosamente.

Dos semanas, dos años, toda la vida…, rió Sergio. Eso parece un bolero, dijo Nora con ganas de reír.

Como un avión que aterriza en el aeropuerto de Hamburgo, pensó mientras Sergio se tomaba su café, y hay tiempo para recordar una canción de los Beatles, o de Sinatra, o de un grupo de rock de los setenta.

Mi padre tenía una obsesión desde hace mucho, dijo Sergio, llevar a cabo una expedición a Samarcanda seiscientos años después de que se fundara la ciudad de Madrid en el centro de Asia. El proyecto había fracasado en multitud de ocasiones por falta de dinero, pero hace unas semanas se materializó gracias al interés del *Nuevo Madrid* , el periódico de César Figueroa, otro de mis clientes habituales. El resto del dinero lo pusieron el Ayuntamiento de Madrid y la universidad de Alcalá. Justo Sotelo y yo nos subimos a la avioneta al final. Era un viaje donde se mezclaba la aventura con la cultura, ya que debíamos reunirnos con algunas personalidades políticas y religiosas, y que me impediría asistir al recital de María José en el Círculo, pero no podía hacer otra cosa.

¿Por qué no se lo dijiste?, le preguntó como si ella fuese la destinataria de la respuesta. Al principio se me olvidó, le contestó Sergio con ingenuidad, y después me pareció innecesario. Ya sé que ese recital era importante para María José, y que lo llevaba preparando desde hacía tiempo, pero supongo que hará muchas lecturas de poemas en su vida. ¿Qué sientes por ella?, continuó Nora olvidándose de la expedición a Samarcanda. María José me gusta…, dijo Sergio sin cambiar el tono de voz de los últimos minutos. Es una mujer especial, diferente. Y valoro su ambición, sus deseos de triunfar. Su lenguaje es demasiado apasionado, si es que se puede decir algo así, pero resulta conmovedor.

Sergio encendió un cigarro para cada uno.

Conmoción y temblor, ¿quién dijo eso?, se preguntó fumando con ganas. Es compasión y temblor…, le corrigió Nora. ¿Ya no te acuerdas de mis clases? ¿Quieres que te cuente mi viaje a Samarcanda?, le preguntó Sergio sin tragarse el humo. Me lo vas a contar de todas formas, ¿me equivoco?, rió Nora con el cigarrillo en la mano. Sólo si me subes la nota que me pusiste…, siguió él, mirando el tragaluz. ¿Después de tanto tiempo?, dijo ella. Merecía algo más que un aprobado, dijo Sergio. Seguramente…, balbuceó Nora, pero no me apetece pelearme con las secretarias de la facultad.

Nora también observó cómo se diluía el humo en el tragaluz, y recordó la transformación de la rosa de Borges, algo tan absurdo como el hecho de que alguien quisiera acostarse con ella. Paracelso había suplicado a dios que le enviara un discípulo al que pudiera explicar su trabajo, y esa misma noche se presentó un joven en su casa con la intención de ver el prodigio de la rosa. ¿Crees que algo puede ser devuelto de la nada?, le preguntó Paracelso. Luego intentó explicarle que la rosa era eterna y sólo podría cambiar su apariencia, pero nada más. El muchacho insistió. Estaba decidido a contemplar la desaparición de la rosa y su posterior aparición. En un momento de descuido, cogió la rosa y la arrojó al fuego. La delicada rosa perdió su color casi al instante, y sólo quedó su ceniza. El joven esperó las palabras del maestro, incluso su enfado, pero Paracelso ni siquiera se inmutó.

¡Compasión y temblor!, exclamó Sergio mirando a Nora, y luego dijo: ¿Te he dicho que te encuentro muy guapa? Sí…, masculló ella, pero podrías repetirlo una vez más. O todas las veces que haga falta, rió Sergio.

16

Nuestro viaje sería similar al que hizo Clavijo en el siglo XV , salvando las distancias, porque él tardó tres años en llegar a Samarcanda, y nosotros pensábamos hacerlo en dos semanas. Queríamos alcanzar Estambul en avioneta, con escalas en Cádiz, África del Norte, Ibiza, Roma, Nápoles y Rodas, antes de atravesar en coche Turquía, Irán, Turkmenistán y Uzbekistán. Sentía una sensación extraña al viajar en el puesto de mi padre… Al final nos esperaban las cúpulas de malaquita y arabescos de las mezquitas y madrazas, sin olvidarnos de las escuelas coránicas que Rui González de Clavijo se encontró el año 1405. Clavijo nació en Madrid, en un palacio de la plaza de la Paja, junto a la capilla del Obispo. Era camarero real (y embajador) de Enrique III *El Doliente* y, junto a fray Alonso Páez y otros diez expedicionarios, tenía que cumplimentar al vencedor de la pugna entre el bajá turco Bayeceto y el dueño de las estepas asiáticas, el tártaro Timur Lang, *El Cojo* . Una herida en un pie causada por una flecha llevó a sus contemporáneos a apodarle de esa manera, de donde se deriva Tamerlán. El tártaro y el rey de Castilla intentaban frenar el avance de los turcos, que habían puesto las pezuñas de sus caballos en los Balcanes, y amenazaban Viena. Los tártaros vencieron a los turcos en la batalla de Angora. Clavijo salió andando de Segovia *,* y nosotros lo hicimos desde Cuatro Vientos a bordo de una Vulcan Air P-68 *Observer* , con la parte posterior de cristal, lo que nos permitía la visión desde el aire, que para mí es fundamental, como ya te he dicho. Los mundos posibles estarían a mi alcance desde arriba, y a lo mejor algún día podría hacerlos realidad. Sotelo y Figueroa también parecían disfrutar como niños, escribían y sacaban fotos. La idea era que Figueroa enviara una crónica cada día a su periódico a través de Facebook, pero desde el principio los móviles se quedaron sin cobertura. Las llamadas se cortaban continuamente, y decidimos olvidarnos de los teléfonos. De alguna manera nos poníamos a la misma altura tecnológica que en el siglo XV . Por motivos de seguridad no nos

dejaron aterrizar en Nápoles, y tuvimos problemas para hacer escala en otras partes. La psicosis del gobierno italiano recordando los atentados de Londres, Egipto y Estambul afectó a nuestros movimientos. Volamos a Cerdeña, donde dormimos, con la intención de partir a la mañana siguiente y recorrer las Bocas de Bonifacio. Nuestro vuelo, turbulento en algunos momentos, nos llevó a sobrevolar el Estrómboli. Cruzamos el Estrecho de Messina, y llegamos a la isla de Rodas, donde dormimos. Clavijo fue recibido en ese lugar por los caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén, quienes le aseguraron que sería difícil encontrarse con Tamerlán ya que había desistido de invadir Egipto. A vista de pájaro, sorteamos las islas griegas recorridas por Clavijo, y llegamos a Estambul, donde el aventurero se encontró con el emperador de Constantinopla. Sin duda, contempló la iglesia de Santa Sofía, la cisterna y el hipódromo. En esa ciudad nos recibió el cónsul de España, y le entregamos la bandera de Madrid. Sotelo comenzó a hablar sin parar del *Cuarteto de Alejandría* , y se nos indigestó la cena en el consulado. Clavijo naufragó en el mar Negro, pero salió vivo y llegó hasta Trebisonda. Nos acercamos al monte donde el Yak42 sufrió el accidente, y depositamos un ramo de flores mientras pensábamos en la soledad de las familias, entre valles y barrancos, en la Turquía del noroeste, frente al monumento donde un soldado turco lleva el cadáver de otro español. La soledad del paisaje y el recuerdo de los muertos nos empequeñecieron todavía más. Sotelo nos dijo que pensaba escribir un artículo en el *Diario Progresista* pidiendo justicia; los responsables del desastre no podían quedar en libertad. Figueroa le rogó que se calmara; ya se había hecho todo lo que se podía hacer, y tan sólo quedaba que se tramitara pronto la compensación económica. Nos dirigimos hacia el sur, y llegamos hasta Erzincan y Erzurum; en esta última ciudad descubrimos una madrasa del siglo XVIII . Seguimos por territorio kurdo. Llegamos a Doguguayacil, ciudad fronteriza con Irán, donde había tanquetas del ejército turco por las calles. Aprovechamos para conocer a un grupo de kurdos, que nos hablaron de su guerrilla, de su deseo de independencia, de sus sueños de lograr un estado propio. ¡Qué paradoja! Mientras nosotros nos tropezábamos con kurdos, Clavijo se encontró con

armenios cristianos. Los kurdos nos llevaron al monte Ararat, el del arca de Noé, y al día siguiente cruzamos la frontera iraní por el lugar donde Clavijo visitó un castillo cuyo dueño recomendó a su hijo para obispo. Luego llegamos a Khoy, primera ciudad persa para Clavijo, primera ciudad iraní para nosotros. En Khoy nos recibieron con los brazos abiertos y en seguida se nos acercaron decenas de personas. De entre todas ellas salió un joven –el peor vestido–, y nos invitó a conocer sus cultos y costumbres. Encontrarnos con ese muchacho fue una de las cosas más emocionantes. Nos habló de Borges y el *Coloquio de los pájaros* , y a mí se me puso la carne de gallina . De Khoy fuimos a Tabriz, donde dormimos, tras contemplar la Mezquita Azul. En esa ciudad, Clavijo descubrió el complejo sistema de postas de Tamerlán, lo que le ayudó a proseguir su camino, casi siempre de noche para evitar las elevadas temperaturas. Nosotros sufrimos 45 grados en el termómetro del vehículo, y Sotelo casi se nos muere de una insolación. Clavijo llegó a Soltania seiscientos años antes, y en la ciudad de los sultanes conoció al hijo de Tamerlán, Miraxa Mirasan, que lo agasajó y le mostró el camino a seguir. Descubrimos un mausoleo destinado para el yerno de Mahoma, el imán Ali, pero que sirvió para enterrar a su constructor, un sultán mogol. Muchas horas más tarde entramos en Teherán, y nos perdimos por el bazar más grande del mundo (el que se perdió realmente fue César Figueroa). Recibidos por el embajador de España, le entregamos la bandera de Madrid. Algunas mujeres de los pasdaran nos explicaron que rechazaban la modernidad, porque para ellas era "más importante no perder el alma", a diferencia de otras que nos hablaron de "la necesidad de ser iguales a los hombres". Es evidente que no existe un solo Irán, como no existe un único color para los ojos. ¿Te ha gustado la metáfora? En fin, tras abandonar Teherán, llegamos a Damghan, donde visitamos Tarikhumeh, la mezquita más antigua de Irán. Siguiendo a Clavijo, cruzamos Bastan y Jagosa, hasta llegar a Neysapur. En ese lugar él recibió la llamada de los enviados del Emperador, que le dijeron que acelerara la marcha para evitar posibles enfermedades. Al llegar a Neysapur, vimos una ciudad descrita por Clavijo, con sus huertos y minas de turquesas. Allí murió su acompañante militar, Gómez de Salazar. Tras rendirle

tributo, visitamos la tumba del poeta Omar Khayyan. Al tiempo que se encontraba tribus tártaras, Clavijo llegó a Mashad. Nos acercamos también a la tumba del octavo profeta, el imán Reza, envenenado por el califa Mamun, un lugar al que acuden doce millones de peregrinos al año. Y vimos la mezquita Azim-e-Gohar-Shad dedicada a la mujer del hijo de Tamerlán, Sha Rock. En esa ciudad nos recibieron un ayatollahislam y varios mulah, y hablamos de teología. Fueron un par de horas interesantes, pero no encontramos la espiritualidad del relato del joven iraní de Khoy. Preguntamos por el ayatollah Mustasadej, que había generado una gran oposición al régimen, y del que Jomeini dijo que iba a ser heredero, pero nos comentaron que estaba en Isfaham. De todas formas, parece ser que ya no le seguían las masas. Tanto en Mashad como en Teherán, los jóvenes ocupan una parte importante de la ciudad, donde las chicas sustituyen el chador por un pañuelo de colores que se ponen cada vez más hacia atrás. Abandonado Mashad, nos adentramos en la frontera con Turkmenistán. Dormimos en un refugio de frías baldosas, y a las seis de la mañana empezamos a cruzar el desierto Negro, el Karakoum. Pronto llegaron unos atroces 57 grados centígrados, que a Sotelo casi le vuelven loco. Figueroa se puso a contar anécdotas intentando que pensáramos en otras cosas, pero fue imposible. Esa noche dormimos en una casa de mala muerte, a 49 grados, y recordamos cómo Clavijo no tuvo más remedio que albergarse en chacatanes. Por esas tierras fue recibido por Mirabocar, llegó a Ancoi y Mashar-i-Sharif, atravesó el Amu-Daria, caminó por Termiz (donde Alejandro Magno consiguió vencer al rey Poro) y cruzó las Puertas de Hierro, la ciudad natal del Tamerlán, hasta llegar a Samarcanda. El paso de Turkmenistán fue espantoso. Veinticuatro controles militares, temperaturas extremas, cansancio… Cruzamos el Amu-Daria –el tercer río que nace del paraíso según Clavijo– y llegamos a Uzbequistán, una tierra de provisión, y de gente amable y divertida. Bukhara, la ciudad de las mezquitas azules, suponía volver a la Edad Media, entre callejuelas y niños que se bañaban en charcas. En Bukhara nos recibió el alcalde, y después el rector de la universidad del estado, un iluminado. Dos días después entrábamos en Samarcanda. Nos dio la bienvenida un arco iris

cristalino y una tenue lluvia que se nos metía por la piel agrietada. A la izquierda, el mausoleo del nieto de Tamerlán, a la derecha, la avenida Rui González de Clavijo, al fondo un distrito llamado Madrid. El viaje de regreso lo hicimos en un avión de línea regular, y Sotelo y yo no dejamos de vomitar. Las azafatas estaban hartas de nosotros, sobre todo de mi amigo, que no paraba de quejarse. Clavijo volvió a España de otra forma, siguiendo la Ruta de la Seda, que unía China con Europa a través de Asia Central, y trajo numerosos presentes de Tamerlán para Enrique III. El más preciado fueron tres doncellas cristianas capturadas en una razzia de sus tártaros que el guerrero devolvía a Europa en señal de amistad.

Estuve durmiendo cerca de un día…, hasta que entraste por esa puerta.

17

Omar Khayyan…, repitió Nora antes de lanzarse a hablar.

De alguna manera yo también viví una experiencia mística, o por lo menos religiosa, o lo que fuera. No volví a ser la misma persona desde que mi marido empezó a pegarme, y durante un tiempo me dirigí como una sonámbula a una iglesia, me sentaba en un banco y me pasaba el día en silencio, junto a un grupo de mujeres tan silenciosas como yo. Allí aprendí que es bueno estar en paz con el mundo. Nadie se enteró de lo que me ocurría, ni mis compañeros ni mis alumnos. El único que me preguntó en varias ocasiones fue Amorós, porque los golpes eran demasiado evidentes.

Sergio encendió un cigarro, y se lo pasó.

No quería hablar con nadie, siguió Nora. Como dice Amorós, el silencio es lo primero que se encuentra tras alcanzar la sabiduría. Mi marido podía matarme en cualquier momento; sin embargo, lo peor era la sensación de vacío, de no sentirse con fuerzas para ir a trabajar cada mañana. La literatura me salvó la vida, afortunadamente, y no fueron Borges y Cortázar, ni siquiera Murakami. ¿Quieres escuchar algo gracioso? Decidí releer todos los relatos de aventuras de mi adolescencia.

En la isla de la Tortuga algunos solían encerrar a los gatos en cajas llenas de piedras y los tiraban al océano, frente a Port-de-Paix o la loma de Tina, para que se ahogasen, aunque esto no lo dijo y sólo lo pensó.

Son casi los mismos que te gustaban a ti, dijo señalando hacia la estantería que le había enseñado antes de hablarle de Samarcanda.

En la isla de la Tortuga…

¿Puedo preguntarte por tu marido?, le dijo Sergio intentando no parecer indiscreto. Claro que puedes hacerlo, le respondió Nora, pero no tengo mucho más que decir. ¿Cómo pudo cambiar

de esa forma?, no se dio Sergio por enterado. Esa historia me ocurrió hace tiempo…, dijo ella. Algunos aseguran que es imposible borrar lo que aparece en Internet, y eso es lo que yo pensaba de mi marido, hasta que apareciste tú. Es verdad que no me lo puedo quitar de la cabeza, no soy tan ilusa como para no saberlo, pero ya no le tengo miedo. Y te lo debo a ti…, a tu aparición en mi vida.

Nora dijo las últimas palabras sin mirarlo; por eso no pudo ver que estaba a punto de besarla.

Quizá sea el momento de hablarte del iraní de Khoy…, dijo Sergio encendiéndose un cigarrillo. Le invitamos a comer, y el muchacho nos pagó con aquel relato. De todas formas esa era su profesión, la de contador de historias. Era lo que siempre quiso su padre, y el padre de su padre.

Nora aplastó su cigarro contra el cenicero.

¿Estás dispuesta a escucharla?, le preguntó con una sonrisa irresistible. Eres el mejor contador de historias que conozco, dijo Nora, incluso mejor que Amorós, o Beatriz Talaván y Erea Gómez juntas. Sólo pretendo que me subas la nota, ya lo sabes, dijo él. Por supuesto, dijo ella, aunque para eso tenga que pelearme con todas las amables secretarias de la facultad.

Alireza Barbar abrió el sobre, sacó la cuartilla y la leyó con preocupación. Era el final de su vida laboral después de cuarenta años de trabajo. Lo de menos eran las manchas de grasa que no salían con el jabón de su madre, ni siquiera con el gel que le compraba Leila desde que se casaron. Después llegaron las niñas, y con ellas un jabón infantil que tampoco había servido de gran cosa. Todos los libros tenían manchas de aceite en la portada y el borde de las páginas, pero a él no le importaba. Un día despertó pronto, se quitó las sábanas de encima, se restregó los ojos, se puso las zapatillas, se acercó al lavabo, se afeitó, se duchó, se roció con la colonia que adoraba Leila, preparó el desayuno y llegó al convencimiento de que el Aleph era una historia de amor. Entonces decidió reescribir el cuento desde la primera a la última página, con sus incongruencias y misterios. El Aleph es el principio unificador del mundo, la salvación a través de la escritura. Una sola página, un sólo poema, un sólo libro bastarían

para justificar la vida de su autor, incluso de un mecánico con las manos sucias. (Una vez soñó que le caía encima el motor de un coche y los médicos le cortaban los brazos a la altura de los codos. Y soñó que escribía con la boca hasta terminar el cuento. Las manchas de grasa habían desaparecido de los libros. Las hojas olían tan bien que sus hijas aprendían a leer en ellas embriagadas por su aroma. Después lo llevaban en silla de ruedas, entre gritos de alegría, por circos, teatros y palacios de congresos. Alireza se convertía así en una atracción, la octava maravilla del mundo sin levantarse de su silla de ruedas). El mecánico recordó que hacía muchos años que quería escribir algo sobre los ángeles. El Aleph era el signo que usaban los cabalistas para denotar una de las emanaciones de Dios: "Al cerebro…, al primer mandamiento…, al cielo del fuego…, al nombre divino que dice que soy el que soy…, a los serafines llamados bestias sagradas." El Aleph era Norah Lange, antes y después de saber de su existencia. La mujer mítica (ángel, inglesa e innumerable) prefirió a Oliverio Girondo, quizá porque este buscaba mujeres que supieran volar. Sin embargo, Barbar no quiso detenerse en esa historia. Al escribir el Aleph pretendía considerar a los ángeles igual que a los árboles, ya que ambos son una realidad del mundo. Así, vivimos nosotros envueltos en la emoción, pensó el mecánico. Y después leyó un poema sufí escrito por Farid ud-dim Attur, el *Coloquio de los pájaros* . Leyó cómo el simorgh, que era el rey de los pájaros, perdió una de sus plumas, y los pájaros decidieron encontrarla, para lo que atravesaron siete valles y siete desiertos y siete mares, que simbolizan las etapas del proceso de purificación (como los siete sellos y las siete trompetas y las siete copas del último libro de la *Biblia*), hasta que treinta de ellos llegaron exhaustos a una montaña sagrada, sólo para descubrir que ellos eran el simorgh y que el simorgh era cada uno de ellos. Había comprendido que, al sumergirse en el Aleph, podía integrarse en el orden objetivo del mundo. Sentía el Aleph dentro de él y no olvidó que Borges recordaba a Norah Lange, a pesar de que conociera a mil mujeres o habitara todas las bibliotecas del mundo. Y escribió que no podía dejar de acudir cada año a la casa de Beatriz Viterbo, y que allí se quedaba siempre más tiempo. Un día le dijeron que la casa iba a ser derruida. Y supo de la existencia de una esfera mágica

que suministraba a quien la veía una visión instantánea del universo. Era uno de los puntos del espacio que contenía todos los puntos, al igual que el simorgh era todos los pájaros que buscaban la pluma mágica en los desiertos, valles y mares. Entonces Barbar escribió que la esfera estaba en el sótano de la casa de Beatriz, y no se le olvidó recordar la *Comedia* de Dante, ese relato de la salvación del alma, el viaje al infierno y al purgatorio en compañía de Virgilio, un viaje al paraíso con Beatriz. En la casa del cuento estaban los dos árboles del paraíso, el de la Verdad y el del Bien y el Mal, pero para Barbar sólo había un árbol. De ese árbol habían salido todos los libros leídos con las manos manchadas de grasa. Ahora todo llegaba a su fin, y Beatriz sustituía cada uno de los libros de la biblioteca. El nuevo amor sería la rosa mística, y de sus pétalos saldría la obra maestra que le llevaría al paraíso como si también él fuera de la mano de Beatriz, la del Dolce Stil Nuevo, la de la *Vita Nuova* . Los místicos invocan una rosa, se dijo Barbar mientras reía a grandes carcajadas, un beso, un pájaro que es todos los pájaros, un sol que es todas las estrellas y el sol un cántaro de vino, un jardín y el acto sexual. De todas esas metáforas ninguna le servía para la esperada noche de júbilo. Terminó de escribir, y soltó carcajadas que retumbaron en la noche y despertaron a su mujer y a sus hijas, que se acercaron a él lentamente y lo abrazaron con cariño.

El silencio es lo primero que se encuentra tras alcanzar la sabiduría…, dijo Nora una vez más. En la tumba de mi madre puede leerse: “La libertad es el tiempo que dedicamos al amor”, dijo Sergio.

Omar Khayyan…, pensó Nora, y un joven iraní de Khoy contador de historias…, y Sinatra cantando *September* mientras Daniel Barrios saca a bailar a la última poeta del veintisiete, y los otros aplauden. La vida es corta, y hay que saber vivirla y hacérsela vivir a los demás, antes de que lleguen las nieves.

Ahí tienes el futuro de la novela, aseguró Sergio buscando la mirada de Nora, en el relato de ese muchacho iraní. Es posible…, balbuceó ella, y luego dijo con más claridad: La invención de la imprenta cambió el mundo de los libros, como lo está haciendo Internet. El mundo siempre va hacia adelante y así tiene que ser.

¡Así tiene que ser!, repitió la profesora, ahora para sí misma. El mundo siempre va hacia adelante y así tiene que ser.

Sergio dijo que con tanto misticismo se le había abierto el apetito, y lo mejor era preparar algo para comer.

Ella se encogió de hombros.

La comida no es lo mío, aseguró Nora, y no podré servirte de ayuda. ¡No te preocupes!, dijo Sergio, ya me encargo yo. Mis ensaladas están entre las más famosas del barrio. Mi padre no era buen cocinero, y desde que murió mi madre tuve que hacer las cosas yo solo. Ser huérfano también tiene sus ventajas.

Nora pensó que su antiguo alumno se merecía una matrícula de honor, aunque sólo fuera por mencionar a Omar Khayyan y recordarle la conferencia que había dado sobre Borges en la facultad, una tarde de otoño.

Sergio preparó unos canapés y una ensalada de tomate y aguacate; después abrió una botella de vino que su padre reservaba para los grandes momentos. Mientras esperaba, Nora le pidió permiso para utilizar uno de los ordenadores de la librería y leer una antigua entrada de su blog, donde hablaba del origen histórico de los libreros. Sergio aseguraba que su nombre inicial había sido el de "estacionario". Entre los siglos XII y XIII , la cultura occidental experimentó un gran progreso al nacer los "estudios generales" o "universidades". Para asegurar la calidad de la enseñanza, estas instituciones debían contar con instalaciones adecuadas, medios suficientes y un profesorado debidamente preparado y bien retribuido. A la relación de maestros en las materias más diversas, los documentos de la época añadieron una figura esencial: el librero o estacionario, garante de la calidad textual de los libros con que habían de formarse los estudiantes. Para cumplir con su función, el estacionario disponía de unos "ejemplares" (o copias de las obras estudiadas en clase) de calidad contrastada, que contaban con la aprobación del profesor responsable de la materia y, en definitiva, con la del rector. Al estar desencuadernados, varios copistas profesionales, si no los propios estudiantes, podían sacar copia de ese modelo fiable. Así las cosas, lejos aún del siglo de la imprenta, que revolucionó el universo del libro y la cultura libraria, al estacionario le

correspondía un papel esencial en la transmisión del conocimiento; por eso, Alfonso X el Sabio, en un documento del año 1254, tras hacer relación pormenorizada de los profesores que habían de ocuparse de la enseñanza en el estudio salmantino, incluyó un estacionario "que tenga los exemprarios buenos e correchos". En las *Siete Partidas* (1256-1265), y con carácter general, el monarca había escrito que el estacionario era indispensable en todo estudio general, pues gracias a él los estudiantes podían hacerse copias fiables y enmendar los errores de las defectuosas. El cambio en el sistema de producción del libro transformó su oficio y acabó por privarlo del nombre con que era conocido: de ahí en adelante, fue "librero" a secas.

Los amigos de Sergio no tardaron en aparecer, como si los atrajera el olor a comida, y en apenas unos minutos la librería de la plaza Santa Ana volvió a llenarse de gente. Raúl los amenazó con leerles las últimas páginas que había escrito sobre la dictadura de Cuba, pero los demás le callaron entre abucheos. Anselmo también se quejó de la última ocurrencia de Miguel Ángel; les había convencido para subir a su casa y enseñarles sus cuadros, seis pisos de una empinadísima escalera de madera.

Para no ver más que órganos sexuales…, se desplomó María José sobre una silla. Eso digo yo, dijo Pepe sentándose junto a ella, órganos sexuales de todos los tamaños, formas y colores. A mí me gustan más que todos estos…, dijo Elena apoyándose en el respaldo de la silla de María José y señalando hacia las paredes. ¿No será que Almodóvar te ha vuelto loca?, se rió Pepe, aunque para ello tuviese que abrir la boca del todo. No lo discuto, dijo la actriz, ese hombre parece de otra galaxia.

Sergio se dirigió, de nuevo, hacia el mueble del XVIII.

Sé lo que estás pensando…, le dijo Elena mientras cogía otra botella de vino. Si mi padre estuviera aquí, todo sería distinto, ¿me equivoco? Sin Albertina tampoco será lo mismo, dijo Pepe con tristeza. Supongo que Sergio ya no nos pedirá que rellenemos la *Biblia* con más cigarros, dijo Magda. Que casi siempre tenemos que pagar nosotros…, añadió Dominic abrazándose a su novia. Si hubierais mirado dentro de esos libros…, dijo Miguel Ángel señalando, como siempre, hacia las estanterías. No insistas, dijo

Anselmo serio. El contable de la librería soy yo, y puedo asegurarte que en los libros no hay nada, salvo literatura, y, como decía Daniel, la literatura y el dinero nunca se han llevado bien.

Un hombre de sesenta y tantos años abrió la puerta con determinación. Llevaba un traje de lino que le sentaba estupendamente, y un sombrero beis. No tenía gafas, pero en lo demás se parecía a Sergio, con una nariz recta y larga, ojos azules y barbilla pronunciada. No se había afeitado en varios días.

¿Eres el fantasma del padre de Sergio o el mismísimo Daniel en persona?, le preguntó Miguel Ángel acercándose a él.

Le cogió el sombrero y miró en su interior, como si buscara algo excepcional.

Creíamos que habías muerto, dijo Pepe abrazándolo. Esta es la silla de Albertina…, si no recuerdo mal, dijo Daniel. Albertina ha muerto, dijo Sergio, y ni tú ni yo estuvimos aquí para enterrarla.

Sergio no tenía ninguna intención de acercarse a su padre.

¿Sabéis dónde está su *Biblia* ?, les preguntó Daniel echando un vistazo a la librería. Albertina se la llevó a la tumba, dijo Nora.

Le dio la mano, y se presentó en pocas palabras.

Nora está haciendo una investigación sobre el futuro de la novela, no pudo callarse Miguel Ángel, como si la literatura fuese una ciencia empírica que pudiera controlarse a nuestro antojo. Lo más divertido es que nos usa a nosotros como conejillos de Indias, se rió Dominic alargando la mano a Daniel. Debe de ser por lo de los repugnantes animalitos que viven debajo de las piedras…, dijo Magda besándolo en ambas mejillas. Que pisamos casi sin querer, aseguró Dominic. Seguro que a Daniel se le ocurre alguna solución para las novelas, dijo Miguel Ángel antes de toser.

Daniel se limitó a pedir una cerveza fría.

Ahora nos dirás qué te ha ocurrido en todo este tiempo, le dijo María José abrazándole con cariño. Las cosas sólo existen si se cuentan…, dijo Elena dándole otro abrazo. O se escriben, añadió Sergio mirando a su padre, pero manteniendo las distancias. Creíamos que te habías convertido en un fiambre…, sonrió Anselmo. ¡Un fiambre cubano!, bromeó Raúl antes de apretarlo con fuerza durante unos segundos. O un cadáver exquisito como

los de antes, aseguró Miguel Ángel. ¿Pensabais que iba a dejar la librería en vuestras manos?, se encogió Daniel de hombros. Nadie es imprescindible en este mundo, sentenció Sergio abriendo la cerveza a su padre. Ni en ese otro…, dijo Daniel señalando con el dedo hacia arriba. Ni siquiera el bueno de Virgilio quiso entrar en el cielo, así que a mí que no me esperen durante treinta o cuarenta años por lo menos.

Nora pensó en los mundos posibles de Justo Sotelo, que tanto llamaban la atención a Sergio. El desarrollo de Internet había logrado que la información circulase más libremente que en otros momentos de la historia, pero nadie garantizaba que no estuviera relacionada con objetivos ocultos, y en ocasiones delictivos. Después de todo ya nadie se acordaba de la existencia de los viejos “estacionarios” medievales. Incluso se hablaba del fin de la era de los ordenadores, pues los teléfonos móviles o las “tabletas” empezaban a comportarse como ellos. El problema no era sólo semántico cuando se aseguraba que la información iba a estar centralizada en la “nube” de Internet.

18

Cuando el taxi nos dejó en la rua Da Duarte, frente al Hotel Mundial, no tuve ninguna duda. Berlín quedaba lejos. Había comenzado a olvidarlo con la ayuda del taxista que nos llevó al centro de la ciudad. Valiéndose de un inglés fluido, aquel tipo pequeño de perpetua sonrisa en los labios nos dijo que se ponía a nuestra disposición para servirnos de guía a través de la ciudad escondida. Lisboa era una ciudad fascinante, deprimentemente fascinante, como podríamos comprobar pronto. En el caso de que fuéramos a quedarnos durante unos días nos recomendaba que nos instaláramos en el Hotel Borges, un lugar donde no tendríamos ninguna posibilidad de sentirnos solos, pero sí de suicidarnos de melancolía. Eran las diez de la noche, y mi amigo Lukas Brücke quería descansar; el viaje lo había dejado exhausto. Preguntó al taxista por el importe, pero este no tenía intención de despedirse, ni de callarse. Ya me pagarán, no hay prisa, dijo sonriendo. Si les parece les llevo al Borges y nos acercamos al castillo; no tardarán en comprobar la magia del barrio de Alfama. El alemán le dijo que habíamos reservado dos habitaciones en ese hotel, y quería estar despejado al día siguiente, así que lo mejor era que nos despidiéramos allí mismo. Soy vago y pedigüeño…, dijo Queirós como si tal cosa. ¿Les tendré que suplicar que se lleven una visión distinta de la ciudad? Brücke se puso a jugar con sus gafas: se las quitó, volvió a ponérselas, se las ajustó, se las quitó de nuevo. Llegué a pensar que perdía la paciencia, pero, tras dejarlas sobre su nariz, me preguntó mi opinión. Después de todo, aquel viaje era un tanto especial, por no decir una locura. Entre la inseguridad de Brücke y la imaginación de Queirós, elegí esta última. Como le he dicho a Sergio tantas veces, no es un problema de confundir la ficción con la realidad, sino de hacer cosas que merezcan la pena. No hay que arrepentirse de nada, sino actuar, seguir el camino mirando siempre hacia adelante. Lo importante es entusiasmarse por la vida, tener la capacidad de maravillarse con ella. Pueden decir de nosotros que somos

testarudos, pero eso no debe preocuparnos. El secreto es perseguir la luz blanca de la ternura… Apenas unos minutos después un conserje con la cara llena de granos nos asignaba las habitaciones 403 y 404 del Hotel Borges. Desde la ventana se veía la escultura de bronce de Pessoa, en la entrada del café La Brasileira. Fernando Pessoa fue un poeta que tan sólo escribía cosas que merecían la pena. Se pasó la vida en busca del nombre, la definición y la medida de las cosas, y no tuvo paciencia para ello. Y también lo consiguió antes de morir, como Albertina… No hicimos esperar demasiado al taxista. A través de calles estrechas llegamos a la puerta principal del Castelao de Sao Jorge, y en seguida nos adentramos en el pequeño parque. Cumpliendo con su perfecto papel de guía, nos pidió que nos acercáramos al mirador, desde donde se divisaba "uno de los rostros de la ciudad". Las tenues luces de las farolas, otras luces todavía más oscuras de algún bar que se negaba a cerrar, el rumor de los barcos descascarillados… Todo eso debió animar a Queirós, que se puso a hablar del viaje de Ulises a Lisboa, de romanos y de árabes, y hasta de judíos… Volvimos al lugar donde habíamos dejado el coche, y Queirós aprovechó para hacernos otra proposición. Le encantaría enseñarnos su casa, que estaba a dos pasos de allí. Vivía solo, en el Beco do Garcés, una placita a la que podíamos acceder por el Beco de Santa Helena o la rua do Castelo Picao. Al alemán no le hizo gracia esta nueva salida del portugués, todo lo contrario que a mí, pero no quiso contrariarme. Me había cogido afecto, y no hubiera llegado hasta allí sin mi ayuda. No tardamos en comprobar que la casa de Queirós era un palacio en ruinas; los edificios colindantes estaban deshabitados, con paredes rajadas que conservaban una pátina del esplendor de otra época. En medio de una realidad que luchaba contra la apatía y el paso del tiempo, el edificio de dos plantas ofrecía la posibilidad de que viajaras, efectivamente, a otro tiempo, quizá al que vio nacer a Pessoa, durante el reinado de Pedro I. Tras un pequeño vestíbulo se accedía a un patio hexagonal lleno de geranios y petunias, y con una palmera en el centro. Las habitaciones estaban a ambos lados del patio. Pessoa fue un solitario que no dejó de caminar por las calles de Lisboa, nos dijo Queirós en cierto momento, antes de enseñarnos las

habitaciones. Brücke aseguró que todo le recordaba a un museo: los suelos crujían, las mesas estaban preparadas a propósito, como si esperasen la llegada de invitados. El alemán aprovechó para recostarse en una cama, y nosotros seguimos el recorrido. Queirós me llevó hasta la biblioteca, un lugar inmenso atestado de libros. Tras sentarme en un escritorio, le pregunté por qué un intelectual como él trabajaba de taxista. Se echó a reír, y me respondió que tenía que comer. El resto del tiempo lo llenaba con algo que no costaba dinero. Podía recordar la frase de Hiperión: “El hombre es un dios en cuanto es hombre, y cuando es un dios, es hermoso”. Luego se tendió de espaldas sobre la mesa, cruzó las manos por debajo de la nuca y, mirando el techo donde había dibujadas escenas mitológicas, dijo que era un heterónimo de Pessoa. El poeta había escrito que somos quien no somos, o lo escribió Soares; y Caeiro aseguró que ser poeta no era una ambición suya, sino su manera de estar solo. Portugal era tierra de poetas, y nadie les quitaría la luz y la tristeza. Invasiones árabes y cristianas, terremotos, fascismos… La revolución de los claveles fue pura poesía. Reis se equivocó cuando dijo que no sabía de quién recordaba su pasado, ya que era el pasado de la profunda melancolía. No serviría de nada que intentara convencerlo de que la sociedad evolucionaba más rápido que ellos; él también odiaba la mentira porque era inexacta. De qué servía que el hombre fuera dios, como había dicho Hölderlin, si se empeñaba en despreciarse a sí mismo. No podíamos ser de la altura de lo que somos, sino de lo que sentimos. Su trabajo como taxista no le impedía escribir cosas de ese estilo; así tenía baúles enteros… Al día siguiente había desaparecido. Lo busqué por todos los rincones de la casa, incluso por las calles de los alrededores, pero no pude dar con él, así que tuve que seguir averiguando cosas por mi cuenta.

Daniel cerró los ojos unos instantes, y Nora aprovechó para fijarse en su cansancio. Era un hombre atractivo, demasiado mayor para ella, pero del que también podría enamorarse, como de Sergio. Entre el padre y el hijo había cuarenta años de diferencia, y lo más curioso era que ella estaba en medio.

Ese Lukas Brücke parece un tipo curioso, dijo Miguel Ángel tras encender un cigarro y alargárselo a Daniel, y lo del

heterónimo de Pessoa ni siquiera se me habría ocurrido a mí, qué cojones. Me gusta la idea de perseguir la luz de la ternura, y lo de las mentiras inexactas.

Daniel dio una calada, y se tragó el humo. Respiró con fuerza y esbozó una sonrisa. Aún tenía ganas de seguir hablando.

Desayunamos en el café Rossío, rodeados de turistas; Lukas Brücke parecía encantado con aquel jaleo. La gente entraba y salía sin parar, y comían, sobre todo comían con desbordante fruición. Reconozco que los dulces eran deliciosos y el café estaba cargado, como me gusta a mí. Alrededor de las once le dije que teníamos que trabajar; habíamos ido a Lisboa a trabajar, y lo mejor era ponerse en marcha. Bajamos a la Plaça do Comercio y nos subimos a un tranvía. Mi amigo volvió a disfrutar como un adolescente. Al final del barrio de Belém, pasada la Doca de Bom Susesso y dentro del mar, estaba la famosa torre. Brücke me dijo que era un símbolo para los navegantes portugueses. Si llegaban destrozados después de una batalla perdida, la torre les daba alas para recuperarse, y los hacía soñar en nuevas embarcaciones, renacentistas, pequeñas, enigmáticas, austeras, como la propia torre. Por el contrario, si el triunfo les había sonreído, al verla sabían que ahí mismo, muy cerca, estaban los suyos para alzar sus brazos y sus corazones por la victoria… Miré perplejo a mi amigo, y durante un instante creí que se había transformado en un heterónimo de Queirós. Minutos después empezábamos a consultar el archivo de la torre, que era lo que nos había llevado hasta allí. Los franceses fueron derrotados en la batalla de Torres Vedras, al norte de Lisboa, y los echaron de Portugal en 1811; sus tesoros quedaron en manos de aristócratas portugueses. Parte de los mismos fueron utilizados años después por Fernando de Sajonia Coburgo Gotha en el palacio da Pena, en Cintra, que construyó para su mujer María de la Gloria, la adolescente reina de Portugal. No obstante, las piezas más valiosas desaparecieron de Lisboa durante los ocho años en que Pedro IV fue emperador de Brasil, de 1826 a 1834. Uno de los documentos aseguraba que un inmenso tesoro había salido del puerto de Lisboa con destino a ultramar. Seguimos rastreando entre el polvo y el desinterés de los investigadores, y dimos con una carpeta donde se contaba con detalle el último viaje de “La reina de Portugal” con destino a

Brasil. Después de dejar atrás las Azores, la tripulación del barco se amotinó y exigió un cambio de rumbo. A pesar de que todo se había llevado en secreto, algunos miembros de la tripulación averiguaron que no viajaban en busca de especias, sino cargados de cofres repletos de joyas y monedas de oro para Pedro IV. El destino era el mar de las Antillas. Los amotinados pretendían recalar en alguna de las islas que rodean Cuba, y, por fin, decidieron hacerlo en la Península de Guanahacabiles. Sin embargo, cerca de allí les sorprendió un "tifón terrible y mortal" y el barco naufragó en una isla desconocida para la cartografía de la época (y lo sigue siendo para la actual, incluso para Google, porque Brücke y yo la estuvimos rastreando en Internet, pero sin éxito). Y ahí terminaba la historia, al menos aparentemente. Consultamos más documentos y, aunque todos aludían a naufragios de navíos portugueses en el océano Atlántico, ninguno aludía a "La reina de Portugal".

¿Dónde conociste a Brücke?, le preguntó Miguel Ángel, cada vez más interesado en esa historia de naufragios. Aquí mismo, le respondió Daniel. Vino varias veces hace tiempo, y se llevó todos los libros de historia que mencionaban al emperador Pedro IV. Hablaba poco, pero nos hicimos amigos.

Todo ello se decía en una librería del centro de Madrid, una ciudad que para Nora nunca había tenido río ni catedral, y ella no dejaba de pensar que el mundo visible no era más que una imagen del invisible y, como en un reflejo, las cosas no existían realmente, sino de una manera equívoca.

Lo que me extraña es que no os acordéis de él…, siguió Daniel, un tipo alto, rubio y atractivo. Los innumerables amigos de Daniel…, dijo Magda. Y sus innumerables aventuras, dijo Dominic sujetándose las gafas. Uno hace lo que puede, dijo Daniel abrazando a Miguel Ángel. O lo que le dejan…, admitió el que se parecía a Jesucristo. No creo que debas quejarte de falta de amigos…, añadió Daniel. No me quejo, aseguró Miguel Ángel, pero últimamente me siento solo, qué le vamos a hacer.

Durante unos instantes el centro de atención pasó de Daniel a Miguel Ángel. Sus amigos escucharon sus palabras como si estuvieran en mitad de una celebración religiosa que requiriese

toda su atención.

Nadie está preparado para vivir solo, dijo Miguel Ángel casi con lágrimas en los ojos. Yo todavía tengo a mi madre, pero cada día se encuentra peor, y sé que pronto le ocurrirá lo que a Albertina. No me importa reconocer que estoy harto de sentarme en el mismo banco frente a la escultura de Valle-Inclán, subir y bajar la Cuesta Moyano como un fantasma y encerrarme en las salas del Museo del Prado. No quiero morirme solo más veces, ni oír ese piano que siempre tiene las velas encendidas. La soledad es un estado de ánimo, y a veces es preciso sentirla hasta lo más profundo del corazón para entenderla.

La aparición de Queirós tras llegar al aeropuerto de Lisboa debía tener algún significado que hasta entonces se nos había escapado. Brücke y yo deambulamos por el centro sin saber qué hacer. La Plaça Rossío era el paradigma de la luz y la melancolía, y apenas le quedaba nada de la época de los autos de fe y las corridas de toros, y algo similar le ocurría a la plaza de al lado, la de Figueira, con la estatua ecuestre de Juan I. Por la rua do Ouro nos pareció ver a un oficinista conocido que caminaba hacia la Plaça do Comercio, y volvimos a verlo por la rua da Prata. Entonces fue cuando dije a mi amigo que volviéramos a la casa de Queirós. El alemán no puso buena cara, pero cedió una vez más. La puerta estaba entreabierta, aunque el taxista continuaba sin dar señales de vida. Nos dirigimos directamente a la biblioteca, y después de revolver en las estanterías dimos con una serie de pliegos grapados que aludían al viaje a Brasil de “La reina de Portugal”. Ya sabíamos que después de recoger suministros en las Azores, la tripulación se había amotinado, aunque terminaron naufragando cerca de la península de Guanahacabiles debido a un tifón. El capitán Celso Furtado, o Furtados, un hombre de confianza, Fernando Cardoso, y cuatro de los amotinados fueron los únicos supervivientes. Decidieron proteger los cofres, pero sólo pudieron salvar uno. Lo enterraron junto a la desembocadura de un río, bajo las hojas de un árbol gigante. Construyeron un bote con los restos de la embarcación, y se lanzaron al mar. Después de perder la noción del tiempo, unos pescadores los condujeron a Pinar del Río, y de allí pasaron a La Habana. Invirtieron varios días en recuperarse, y partieron hacia Lisboa.

Una vez en Portugal, Furtado convenció al ministro de la guerra para enviar una expedición a la isla. Unas semanas más tarde, el propio Furtado viajó como guía de una flota de cuatro embarcaciones. Llegaron a las costas de Cuba, bordearon la isla de los Pinos y la Península de Guanahacabiles, pero la isla no aparecía. Tras varias semanas de intensa búsqueda, el capitán de la expedición decidió regresar a Lisboa, y Celso Furtado perdió la razón.

19

Lo primero que escuchamos al llegar a La Habana fue la canción de un tipo que olía a orín. “Yoruba soy, lloro en yoruba / lucumí./Yoruba soy /cantando voy /llorando estoy /y cuando no soy yoruba /soy congo, mandinga, carabalí…” Brücke me pidió que le tradujera la canción, porque no acababa de entenderla, pero un sujeto elegante, con traje azul y gafas de sol, que por lo visto pertenecía a la policía, nos dijo que no podíamos estar allí, ni siquiera para oír la canción de un mulato. El alemán se llevó otra sorpresa frente a la parada de taxis; no estaba acostumbrado a ver tal mezcla de automóviles: los había de Italia, Japón, la antigua Unión Soviética, Argentina, México, Estados Unidos… El taxi que nos acercó a la ciudad era de Venezuela. El conductor era un tipo hablador, de pelo blanco y rizado. Empezó por preguntarnos por el motivo que nos había llevado a Cuba, y después se refirió a los miembros de su familia: su mujer, sus siete hijos y los abuelos, que vivían en Siboney, cerca de Santiago de Cuba. Y no dejó de insistir en que teníamos que visitar la Sierra Maestra y los cayos. Brücke apenas podía aguantar el pegajoso calor que le secaba la garganta, y del que no se libró hasta llegar al Hotel Deauville, en el Malecón. Mi amigo sólo quería dormir, como siempre después de un largo viaje. Los cuarenta grados de temperatura lo habían derrotado, pese a su cuerpo de atleta. Pedimos dos habitaciones, y me volví a la calle pensando que tenía que telefonear a Sergio, y contarle el lío en el que me había metido, pero me daba una pereza enorme. En las últimas semanas habíamos hablado varias veces (o nos habíamos enviado mensajes), pero sólo para recordarnos que estábamos bien. También lo hice con Pepe y Miguel Ángel. Caminé por el Malecón, mientras me miraba en el espejo zarandeado por las olas, con el retrato que formaban los esqueletos calcáreos de los animales marinos que afloraban a la superficie, atravesaban el cristal y escupían la espuma en forma de corales. La avenida terminaría en algún sitio, me dije, aunque sólo fuera en el fondo

de mis pensamientos. Llegué al parque José Martí casi sin darme cuenta, me columpié en una palmera, corté una mariposa y regresé a través del Vedado… Al día siguiente nos hartamos de comer arroz congrí, ajiaco y ropa vieja, y beber sidra con coñac, es decir, España en llamas, bajo la mirada de José Martí. En el puerto nadie nos hizo el menor caso: negros, mulatos, blancos, asiáticos, todos tenían algo que hacer, hasta que un sujeto maduro, de piel blanca y pelo rizado, llamado Ronaldo Mejías, nos ofreció su lancha. Era una pequeña embarcación dedicada a los trabajos más variopintos, desde la pesca y el turismo, hasta servir como improvisado carguero. En realidad, pertenecía al primo de su hermana, la única forma de despistar a las patrullas de los Comités de Defensa de la Revolución. Nos citamos para las siete de la mañana del día siguiente. Esa noche dormí menos horas de las previstas por culpa de una novela que encontré en la mesilla de noche, y que parecía esperar mi llegada. En realidad, allí había varios libros. Los había leído todos menos la novelita de Martí. Aunque sabía que era considerada la primera obra modernista de Latinoamérica, nunca me había sentido atraído por el cubano. Por la mañana avisé en recepción sobre los libros olvidados por algún cliente amante de la lectura, pero me dijeron que eran propiedad del hotel. Cuando llegamos al puerto, Ronaldo ya nos esperaba, en compañía de dos de sus hijos, Carmelo y Jorge, de doce y quince años de edad. Lukas Brücke fue tajante con el itinerario: Pinar del Río, Mariel, Bahía Honda… Descansamos cerca de La Palma y enfilamos hacia la Península de Guanahacabiles. Ronaldo estaba feliz, pues las patrullas sólo nos detuvieron en dos ocasiones, y en ambos casos para decirnos que no nos alejásemos de la costa. Por espacio de tres horas descartamos, una a una, las pequeñas islas, pero no había ni rastro de la que buscábamos.

Daniel se levantó, y se dirigió hacia la cocina y regresó con una cerveza en la mano. Nora no apartaba la mirada de él. Su magnetismo era indudable. Contaba las cosas como si las estuviera viviendo de nuevo, con esa curiosidad por la vida que recomendaba a Sergio.

Por la noche recibí una visita inesperada. Eran dos tipos de mediana edad, mal encarados y vestidos con el traje de la policía.

Se sentaron al borde de la cama, y yo en la única silla. El más viejo, completamente calvo, se puso a hablar como si tuviera todo el tiempo del mundo. Quería pedirme disculpas, me dijo, pero la ocasión requería esa invasión de mi intimidad. Su nombre era Keynes, y su compañero se llamaba Friedman. No era la primera vez que los confundían con los célebres economistas, pero sólo eran miembros de la policía estatal. Friedman se sujetó las gafas de alambre, y me dijo con voz gangosa que quería que les hablara de mi excursión por el mar. Les extrañaba ese afán por dar vueltas a la Península en un radio de cincuenta o sesenta millas. ¡Buscábamos un tesoro!, exclamé serio ante el asombro de los policías. Debido a una serie de casualidades, Brücke y yo habíamos conocido la historia de una isla desconocida donde había naufragado un barco en los primeros años del siglo XIX , repleto de joyas y monedas de oro. Nos encantaban los enigmas, y habíamos decidido pasar las vacaciones buscando tesoros. Friedman dijo que me estaba riendo de ellos. Keynes tomó la iniciativa; aceptaba mis explicaciones, pero podíamos habérselo dicho desde el principio. El gobierno hubiera puesto a nuestra disposición los medios necesarios para desentrañar ese misterio, ya que los turistas eran importantes para la economía de su país… Cuando me quedé solo, me acerqué a la habitación de Brücke, y le conté lo sucedido. El alemán escuchó impávido el relato; se limitó a restregarse los ojos y a decirme que estaba cansado. Poco después se presentaron otros dos tipos que también se sentaron en la cama. El más delgado tenía una cicatriz en la mejilla, y dijo que se llamaba Ford. El otro se apellidaba Smith, y tenía los dientes deformes. Eran profesores de historia de Berkeley, y una conocida multinacional les había contratado para documentar los barcos naufragados frente a las costas de América en los últimos siglos. Llevaban un tiempo tras la pista de "La reina de Portugal", así que les convendría trabajar juntos, dijo Ford. Abandonaron la habitación minutos después entre sonrisas de complicidad. La cita sería en el puerto apenas unas horas más tarde, y ya os puedo decir que el segundo viaje no fue diferente del primero. Sólo recuerdo las canciones tristes de Ronaldo sobre el alma inocente de su pueblo, y, por supuesto, el viento suave y húmedo que nos calaba las entrañas.

Me gusta tu historia…, le interrumpió Miguel Ángel antes de asegurar que le apetecia tomarse una infusión, aunque quizá le falte dramatismo. Aún no ha terminado, supongo, le defendió María José, mientras Daniel se relajaba aflojándose el nudo de la corbata. Estoy con nuestra poeta, dijo Anselmo sirviéndose un vaso de vino. Me parece una fábula interesante, dijo Elena. Por cierto, ¿queréis que os hable de mi película? Entre unas cosas y otras todavía no es he contado nada. El guión es una delicia. Ahora sólo falta que Raúl nos lea su ensayo sobre Cuba, se rió Pepe.

Llegó el día del eclipse de sol, la esperanza de unos tipos empeñados en encontrar un tesoro. Esa mañana habíamos quedado con Ford y Smith en una taberna próxima a la catedral. La humedad era grande y el calor sofocante. La cita con Ronaldo también era en el lugar de siempre. Nuestro hombre se presentó con retraso, quejándose de que había tenido que encerrar a sus hijos ante su insistencia en acompañarlo. Además, se había despedido de su mujer con lágrimas en los ojos, tras rezar una plegaria a la Virgen de Regla. Tenía la corazonada de que no iba a regresar, o de que no iba a hacerlo de la misma forma. El máximo efecto del eclipse se produciría alrededor de las cuatro de la tarde, según los pronósticos más fiables, y era preciso que estuviéramos en ese lugar con cierta antelación. Esta vez Ronaldo fue más explícito con relación al misterio de la isla. Después de dejar atrás la Península de Guanahacabiles deberíamos adentrarnos en alta mar; en un par de horas encontraríamos unas islas deshabitadas. Una de ellas era invisible para los ojos de los hombres, pero no para los dioses y fantasmas de los muertos. La fábula era concluyente: “Ese día un eclipse dejará en la oscuridad a las pequeñas islas, aseguró Ronaldo, menos la isla donde viven los dioses…”. Los acontecimientos se sucedieron con rapidez tras una plácida navegación. Smith notó ruidos que procedían de uno de los extremos de la embarcación, debajo de unas redes medio rotas. Al levantarlas, descubrió los pequeños cuerpos de Carmelo y Jorge; su padre estuvo a punto de lanzarlos por la borda. Después se nos acercó una lancha. Era la policía costera, con Keynes y Friedman a la cabeza. Cuando Ronaldo detuvo la embarcación frente al grupo de islas deshabitadas, a las tres de la

tarde exactamente, los policías se miraron sorprendidos. Aquel era el lugar menos indicado para llevar a cabo una visita turística por los alrededores de Cuba, salvo que esperásemos una nueva embarcación para hacer contrabando. Ronaldo amenizó la espera con los versos de Nicolás Guillén, y Jorge lo acompañó con la guitarra. “Yoruba soy, lloro en yoruba /lucumí. /Como soy un yoruba de Cuba, /quiero que hasta Cuba suba mi llanto yoruba / que sale de mí. /Yoruba soy /cantando voy /llorando estoy /y cuando no soy yoruba /soy congo, mandinga, carabalí. /Atiendan, amigos, mi son, que empieza así: /Adivinanza /de la esperanza: / lo mío es tuyo /lo tuyo es mío, /toda la sangre /formando un río”. El mar estaba en calma, y yo observaba la belleza adolescente de Jorge. Era como Isaac esperando el sacrificio en manos de su padre. Su piel blanca, su pelo corto y rizado, la pureza de sus ojos, de su mirada, la rapidez de sus dedos con las cuerdas, todo ello lo convertía en un ejemplo perfecto para la inmolación. Carmelo seguía con su juego de origen africano, el Wari, con el tablero negro y los garbanzos de colores. Los dos policías de Fidel Castro me interesaban poco, salvo el fácil juego de palabras con sus apellidos. Y en cuanto a Smith y Ford no eran más que dos intelectuales empeñados en un juego del que desconocían las reglas, algo parecido a lo que podía ocurrirle a Ronaldo, con su santería y sus canciones.

¿Me dais otro cigarro?, dijo Daniel de pronto.

Los demás protestaron, ruidosamente, ante esta nueva interrupción, sobre todo Dominic y Magda.

Daniel continuó con un nuevo cigarrillo en los labios. Ronaldo dio la voz de alarma: el sol perdía su fuerza. En un instante, el mar se convirtió en una inmensa hoguera, y de pronto escupió una isla. Aquella isla siempre había estado allí, dijo Ronaldo, pero no podíamos verla porque era la isla de los dioses y los fantasmas de los muertos. De pronto me vi pisando la fina arena de la playa, mientras Carmelo y Jorge reían y empezaban a jugar al Wari. Desde ese instante nos emborrachamos del verde azul cristalino a través del espejo de las olas, con el retrato que formaban los esqueletos calcáreos de los animales que afloraban a la superficie, atravesaban el cristal y escupían la espuma en forma de corales.

Ronaldo y sus hijos cantaban: “Yoruba soy, lloro en yoruba / lucumí. /Como soy un yoruba de Cuba, /quiero que hasta Cuba suba mi llanto yoruba /que sale de mí. /Yoruba soy /cantando voy /llorando estoy /y cuando no soy yoruba /soy congo, mandinga, carabalí. /Atiendan, amigos, mi son, que empieza así: /Adivinanza /de la esperanza: /lo mío es tuyo /lo tuyo es mío, / toda la sangre /formando un río.” Caminamos entre los excesos de la isla: árboles de grandes hojas coriáceas, ceibas de más de sesenta metros, palmeras que parecían llorar, bejucas enanas, helechos de algodón, selaginelas que cantaban dulces melodías. El agua formaba paredes, y los arroyos lo alfombraban todo. De vez en cuando nos deteníamos para arrancar una manzana, acariciar una ciruela y sentir el aroma de un níspero. Llegamos a ver manadas de cerdos salvajes, algún agutí y al rey de los roedores de América, el chigüire o capibara, con sus cincuenta kilos de peso. Los perros se acercaban, nos olían y lamían, y se alejaban sin ladrar. Nos encontramos ánades con dos cabezas, guacamayos y loros, incluso sijús plataneros y sinsontes. Antes de pararnos frente a una inmensa laguna sobre la que caía un manantial, bordeamos otras dos más pequeñas infestadas de iguanas de dos metros de longitud, de careis y caguamas de divinos colores. Toda la isla era un regalo para quien fuera capaz de descubrirla. Tras subir a la cima de un altozano descubrimos un valle salpicado por puntos de color naranja, que no eran otra cosa que amanitas muscarias. Y no pudimos sustraernos al recuerdo del mito de Perséfone: quien come ciertas plantas se alimenta con su sustancia y se arriesga a renovar un crimen. Los griegos sabían que sus dioses preservaban los cereales, a pesar de que no pudieron evitar el robo de Prometeo. Un fresco románico de la capilla de Plaincouralt reproduce a Eva junto a la serpiente bíblica enroscada al tronco del árbol del conocimiento, en realidad una amanita muscaria de la misma altura que la mujer. Los paraísos son jardines regados por un río de cuatro cabezas, con una serpiente sabia y frutales cargados de joyas. Atravesamos el valle, y subimos una loma gemela. Al llegar a lo alto, observamos atónitos una inmensa meseta regada por un río, que desembocaba en el mar. En el río se juntaban cuatro afluentes, que partían de un monte paralelo. De pronto, Keynes sacó una

pistola y comenzó a disparar. Primero cayó su propio compañero, y después lo hicieron Smith y Ford, en este orden. Lukas y yo nos lanzamos hacia abajo por el pequeño monte. La desembocadura cada vez estaba más cerca, y a medida que nos acercábamos veíamos con más nitidez el árbol gigante de la leyenda. Oímos más disparos a nuestras espaldas. Intenté correr aún más deprisa, pero tropecé y caí de bruces. Lo siguiente que recuerdo es que desperté en una taberna de la ciudad. La cabeza estaba a punto de estallarme.

Parece ser que tu documento de identidad apareció en el Malecón…, dijo Sergio, junto a un cadáver irreconocible. La policía supuso que eras tú, y eso fue lo que dijeron a las autoridades españolas. Estuve varias semanas hablando con todo el mundo, y al final llegué a la conclusión de que tal vez tuvieran razón.

Como en la isla de la Tortuga, frente a Port-de-Paix o la loma de Tina, recuperó Nora una de sus obsesiones.

Sergio es capaz de viajar a la luna en avioneta para resolver el enigma, dijo Pepe cogiendo a Daniel del hombro. Y convencer a los lunáticos de que la vida es bella, dijo Elena acariciando la cabeza del novelista. Y hay que exprimirla al máximo para que tenga sentido, aseguró Anselmo. ¿Quién murió en el Malecón, porque no entiendo nada?, preguntó Miguel Ángel preocupado. No tengo ni idea…, le respondió Daniel. ¿Por qué tendríamos que creer tu historia?, insistió el que se parecía a Jesucristo. No hace falta que lo hagas, dijo Daniel sonriendo, pero sabes de sobra que habrás incumplido el pacto de ficción del buen lector, o del buen oyente. ¿Dónde has estado desde entonces?, no podía dejarlo Miguel Ángel. Os juro que no lo sé…, dijo Daniel con una mueca graciosa. Era como si me hubiera bebido toda la barra de la taberna, de todas las tabernas de Cuba.

Daniel clavó la mirada en su hijo.

¿Tú me crees?, le preguntó echándose un trago de cerveza.

20

La mujer abrió la puerta de la librería, y Daniel se apresuró a decirles que se había encontrado con María en el aeropuerto y le había invitado a pasarse por allí. Habían compartido el taxi hasta la plaza, pues ella se alojaba en el hotel. El pelo de María Kodama era inconfundible, así como su mezcla de rasgos japoneses y alemanes, y la abundancia de anillos de plata en las manos. Nora observó cierta complicidad en la sonrisa de Sergio, como si recordara su conferencia del Aula Magna. Sólo faltaban Beatriz Talaván, Alba Martínez, Erea Gómez, Beatriz Malanda y el propio Amorós para llevarle la contraria. La mitología creada en torno al escritor argentino hacía pensar en un hombre que nunca abandonaba su torre de marfil, pero no era cierto. Desde sus primeros amores de juventud hasta la consagración definitiva al lado de Kodama, Borges conoció a muchas mujeres, aunque sólo una le dejó una huella imborrable.

Borges admiraba a los Beatles, los Rolling y Pink Floyd…, dijo María Kodama en cierto momento con voz cansada; también le gustaban el blues, la milonga, los espirituales negros y los tangos antiguos. Lo más curioso es que se pasaba buena parte del día en silencio, encerrado en sí mismo. Una de sus ocupaciones favoritas era pensar, lo que no le impedía sacar tiempo para maravillarse y reírse con cualquier tontería. Nunca olvidaría su encuentro con Cortázar en el Museo del Prado. Se quitaron la palabra continuamente, como dos críos que quisieran llevar siempre la razón.

Nora dejó sonar el móvil varios segundos, pero la viuda de Borges seguía hablando (lo último que escuchó es que había venido a Madrid para preparar la celebración del “año Borges” y que estaba tan emocionada como cuando vivía con él) y decidió salir fuera para responder a Amorós. Un amigo del ministerio acababa de confirmarle que era el principal candidato para recibir el Príncipe de Asturias. El jurado parecía inclinarse por un

filólogo de su experiencia en la era de Internet.

Podríamos casarnos para celebrarlo, añadió Amorós con la voz grave que tanto le gustaba a ella. Sus besos y su voz…, se dijo Nora, y ahora el Príncipe de Asturias… Amorós lo tenía todo para hacerle feliz.

Te lo agradezco, le respondió, pero sabes lo que siento. Siempre serás mi mejor amigo, y eso también es importante. ¿Al menos me acompañarás cuando reciba el premio de manos del Príncipe?, insistió Amorós. Quiero tenerte cerca para que se entere todo el mundo de lo que siento por ti. ¿Incluso nuestros compañeros de la facultad?, sonrió Nora.

Se fijó en el escaparate de la librería. Alguien había puesto dos novelas de Murakami en un sitio visible.

Nuestros compañeros ya lo saben, dijo él.

Y tú también…, dijo ella.

Sabes que te quiero.

Y tú que yo no te quiero.

Tal vez algún día…

Creo que no… Hace tiempo que perdí la confianza en los hombres.

Yo no soy tu marido.

Ya me había dado cuenta.

Soy una buena persona…

Eres una de las mejores personas que conozco.

Que te quiere…

Y que nunca ha hecho daño a nadie.

El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona…, no sé dónde lo he oído.

Su marido tampoco había hecho daño a nadie cuando lo conoció. Era simpático, guapo e inteligente. Siempre le decía que la quería. Hasta ese momento no había conocido a nadie como él. Le enviaba flores a la universidad, y le invitaba a cenar en los mejores restaurantes. Se enamoró de él como una idiota.

A veces hemos ido a buenos restaurantes.

José Antonio…

¡Vaya, por fin me llamas por mi nombre!

Sólo quería decirte que no has entendido nada. No quiero casarme, ni volver a sentir que necesito a un hombre. ¿Entonces?

Hace poco criticaste mi artículo del *Nuevo Madrid* sobre Virginia Woolf y su "habitación" propia.

No tiene sentido que hagas demagogia conmigo, te conozco demasiado bien.

¿Y a Virginia Woolf?

A Virginia Woolf también, te lo aseguro. Pero te pareció mal mi defensa de las mujeres… A lo mejor sólo quería llamar tu atención.

Así nunca llamarás mi atención.

Nora apartó el teléfono del oído, bajó el brazo, miró a la plaza y luego al hotel, hacia las habitaciones superiores. Una de ellas tenía la puerta de la terraza abierta, y el viento movía los visillos.

Volvió a acercar el móvil al oído.

Lo único que podemos hacer tú y yo es terminar de una vez el proyecto de investigación, dijo entonces.

Tuvo que repetir esas palabras varias veces, pues parecía que Amorós no la escuchaba bien.

¿Sólo te importa el futuro de la novela?, dijo Amorós por fin.

Sabes que no…

Nunca voy a pasar de ser tu ayudante, ¿me equivoco?

Suena bien.

De nuevo el amigo ideal…

¡Más o menos!, soltó ella una carcajada.

Eso es lo último que querría escuchar un hombre enamorado.

Te ha salido una frase preciosa.

Pero sincera.

Me apetece ir contigo a Oviedo, ¿lo sabías?

Menos mal…

Lo que no quiero es que me dediques el premio.

Entonces, sería capaz de rechazarlo.

¿Te vale con un simple revolcón en una habitación del hotel Reconquista?

El hotel favorito de Woody Allen.

Cuando no roban las gafas a su escultura…

¿Te acostarás conmigo a pesar de haber criticado tu artículo sobre Virginia Woolf?

Todo sea por el Príncipe de Asturias…

En ese momento se cortó la comunicación. Nora lo llamó en seguida, pero Amorós se había quedado sin batería. Regresó a la librería. A Daniel Barrios se le veía feliz; en un año le había dado tiempo a morir y a resucitar, incluso a descubrir una isla que sólo se podía distinguir tras un eclipse de sol, y que estaba llena de amanitas muscarias. Artaud se habría dado un buen festín en ella. Cuando Daniel se puso a hablar de dioses, Nora sintió que no había tanta diferencia de edad entre ellos. En Cuba existían leyendas para todos los gustos. Una se refería a la isla donde se reunían los espíritus de los muertos para invocar a los dioses; en la Antigüedad se tenía la creencia de que era el cielo. El dios supremo estaba personificado en Olofi, el creador de todas las cosas. Los santos eran los orishas, los cuidadores del rebaño. El primer orisha fue Ochún, que simbolizaba el amor, y sólo podía casarse con el que adivinara su nombre. El viejo Oruela logró hacerlo, pero Ochún le fue infiel con dos guerreros, Chango y Ogún, el rey de la montaña. Otros orishas célebres fueron Yemana, la reina del agua salada y origen de los hombres, y Olokun, el rey de las profundidades.

Iba a cerrar la puerta cuando dos mujeres maduras le preguntaron si podían pasar. Nora les abrió la puerta por completo. Eran las viudas de otros dos escritores célebres, Pilar del Río y Asunción Mateo, y nada más verlas María Kodama se les acercó con muestras de alegría. Daniel hizo lo mismo, y luego se dirigió a su escritorio, abrió un cajón y sacó las primeras ediciones de unas obras de Saramago, Borges y Alberti. Los tres

habían pasado buenos ratos entre aquellas paredes bebiéndose su mejor vino.

Siempre defendieron los derechos humanos…, aseguró Pilar del Río observando el libro de su marido.

Pilar era una mujer hermosa, y se expresaba con una dicción perfecta. En su mirada había cierta tristeza.

Vivieron épocas diferentes, pero demostraron la misma integridad moral, añadió Asunción Mateo con una sonrisa aniñada. Yo trabajaba como profesora en un instituto y conocí a Alberti en un homenaje a Machado. No tardé en comprobar que era fácil enamorarse de él, y no sólo por su impresionante presencia.

Pilar le dio la razón; a ella le había ocurrido lo mismo con su marido.

Nora no se movía de la puerta.

Al rato, Amorós volvió a llamarla. Esta vez se dirigió al cuarto de baño para hablar con más tranquilidad. Amorós se empeñaba en terminar la conversación, y a ella no le quedaba más remedio que hacerlo, pues en caso contrario la estaría llamando toda la tarde.

¿Estás en la librería?, fue lo primero que le preguntó. ¿Cómo lo has adivinado? No olvides que soy catedrático… ¡No lo sabía!

¿Estás con Sergio Barrios?

Nora se miró en el espejo, y dudó sobre la respuesta más adecuada.

Estamos en la cama… ¿Te parece bien?

Por supuesto que no.

¿Y qué quieres que haga?

Que te levantes…

Pareces un crío, querido catedrático y futuro premio Príncipe de Asturias.

Únicamente soy un hombre enamorado.

¡Me vas a hacer llorar!

¿Disfrutas humillándome?

En absoluto.

¿Entonces?

No sé cómo puedes decir eso.

Sólo quería decirte que eres una mujer asombrosa…, y que disfruté con tu artículo sobre Virginia Woolf. No esperaba menos… ¡Te quiero, Nora!

Eso fue lo que le dijo Borges a Norah Lange antes de que ella se fuera con otro. Y ahora su viuda está en la librería de Sergio, ¿no te resulta emocionante?

Amorós tardó en responder.

¿Te has preguntado alguna vez qué habrá sido de Oliverio Girondo y Norah Lange?

¿Quieres que lo mire en Internet?

No, sólo quiero que pienses en ello. Al final, sólo nos acordamos de Borges.

Nora bajó instintivamente el brazo. Aquel espejo le decía que no era fea, aunque estaba un poco estropeada, y la vida le decía que su ex marido había muerto y debía darse prisa en olvidarlo, ahora que ya no lo temía y la casa de muñecas se había derrumbado, como la casa de Beatriz Viterbo.

No creo que Borges fuera más feliz que Girondo, dijo reanudando la conversación.

Es posible…

Tú tampoco puedes quejarte. Tus libros se leen en las mejores universidades del mundo, y tus opiniones influyen en el canon literario. Lo del Príncipe de Asturias no es más que un simple reconocimiento. Todavía eres joven, querido José Antonio Amorós, y seguro que recibirás otros premios.

También es posible, pero… ¿Qué?

Es posible que ocurra todo eso…, pero nunca te tendré en mis brazos.

Como Borges con Norah Lange, y tampoco se acabó el mundo.

¡Nora Acosta, te quiero!

No dejas de decirlo.

Y te lo diré siempre, incluso cuando Sergio Barrios se haya cansado de ti.

¿Me seguirás esperando para entonces?

¿Es una pregunta retórica?

Por supuesto…, recuerda que ya tengo cincuenta años.

Y yo cincuenta y siete.

Lo que significa que dentro de poco seremos dos personas mayores.

Entonces, tal vez tenga alguna oportunidad.

¿No te cansas nunca?

El hombre es un Dios cuando sueña… … y un mendigo cuando reflexiona.

21

Me envolví en la sábana, abrí la puerta del balcón y salí al exterior. No sentía frío, sólo deseos de volar sobre los tejados. Los barrenderos lanzaban chorros de agua con sus mangueras, unos mendigos dormían a la intemperie en un rincón, varias camionetas repartían barriles de cerveza, la alondra de Lorca levantaba el vuelo para regresar a sus manos en la última planta del teatro, la librería seguía abierta, aunque fuera de noche. Y fue entonces cuando vi una naturaleza ávida a mis pies, con árboles de enormes hojas coriáceas, ceibas vírgenes de sesenta metros que no resistían que el hombre las manipulara para utilizar la fibra sedosa de sus vainas y convertir las semillas en aceite, palmeras como el cocotero y la coroja, bejucas traídas de Taiwan e Indonesia. Y también vi helechos, selaginelas y pequeños arbustos. El agua formaba bellísimas cascadas y riachuelos que lo alfombraban todo, en aquella mezcla de húmeda sabana y selva oscura… Y el baobab altivo con sus diez metros de diámetro, y hasta el árbol botella. Allá abajo una mujer que se parecía a mí se detenía frente a los árboles frutales y arrancaba una manzana, acariciaba una ciruela, admiraba la dureza de los aguacates, respiraba el aroma del níspero y la serba. Sergio me decía que volviera, que iba a coger una pulmonía. Todavía estábamos en invierno y no llevaba nada encima, salvo aquella sábana arrugada. Pero no le hice caso, empeñada en contemplar las manadas de cerdos salvajes, los roedores reales, los capibaras o chigüires, y esos perros que se arrimaban a los hombres para ser acariciados. Quería ver a las palomas silvestres, por si también se acercaban al poeta que había escrito sobre mujeres insatisfechas, y escuchar los cantos festivos de loros y guacamayos, de sijús plataneros y sinsontes, y sentir miedo al pasar junto a las lagunas infestadas de careis y caguamas, y los árboles por donde se deslizaban los majás amenazantes. Yo sabía que Marx y Nietzsche habían muerto, y hasta el realismo. Era lo que siempre explicaba en clase a mis alumnos, pero ahora quería verlo con mis propios

ojos, para comprobar que Nora Acosta se había transformado en Norah Lange, y aquella mujer de la plaza Santa Ana encontraba amanitas muscarias en su camino, y las arrancaba y se las comía, y se las ofrecía a Sergio Barrios para que se levantara y volara en sus brazos. Cerré los ojos, entré en la habitación y me acerqué a Sergio. Había tenido que esperar cincuenta años para llevar la iniciativa. Deseaba a Sergio como también había deseado a mi marido, pero ahora me sentía libre… Y no era por una cuestión meramente sexual. El sexo nunca había sido un problema para mí; el único problema era la persona con la que lo había practicado. Mientras Amorós y yo estudiábamos el futuro de la novela en la época de Internet, me había perdido en una plaza del centro de Madrid, en medio de un mar de cerveza y cocaína. ¿El libro de la risa de Aristóteles? Como si Eco tuviera la respuesta, o tal vez Narciso. Antes de salir de la librería, Sergio me había presentado a Justo Sotelo, que se había pasado por allí para saludar a la viuda de Borges. Sotelo me dio la mano, y yo aproveché para fijarme en sus ojos tristes y sus bonitas gafas de pasta. Sergio ya había besado a su padre, y los dos se miraban con cariño. Me apetecía seguir hablando de los mundos paralelos y su viaje a Samarcanda, pero decidí que lo mejor era marcharme. No sería una despedida definitiva, por supuesto; podría volver cualquier otro día, cuando hubiera acabado la investigación y los exámenes estuviesen corregidos. El presente es lo único que cuenta, me dije, y debemos aprender de los errores cometidos en el pasado. Muchas novelas se refugian en el mito, sus historias no tienen finales cerrados y hablan de la nueva realidad que se mezcla con la ficción. De todo eso me habría gustado hablar con Sotelo, pero comprendí que él tampoco era la persona adecuada. No me quedaba más remedio que encontrar mi propio jardín, y descender al pozo para soñar la realidad que me estaba transformando sin darme cuenta. Abrí la puerta y salí sin despedirme; a lo lejos se escuchaba al pájaro que da cuerda al mundo. Sin embargo, Sergio no me dejó irme sola; salió detrás de mí, y cuando estuvo a mi altura rodeó mi cintura con su brazo. Instintivamente, sin decir una sola palabra, nos dirigimos al hotel donde *Jethro Tull* aún podría tocar *Too old to rock n roll: Too young to die.* Ian Anderson estaba mayor y ya no tendría nada que ver

con el músico que asombró al mundo en el concierto de Londres, pero a nosotros no nos importaba. Entramos en el vestíbulo, y pedimos una habitación. El recepcionista conocía a Sergio, y nos ofreció una de las habitaciones del último piso, con esos balcones que se abren a la plaza desde donde puedes asomarte envuelta en una sábana después de hacer el amor. Sergio me pareció el hombre más hermoso del mundo, como en los versos de la última poeta del veintisiete, y mi cerebro no tardó en ceder a sus impulsos. En nuestras miradas se podría resumir el viaje de Albertina al exilio, el melancólico retorno a ninguna parte, aunque ya no hubiera nada que temer… Un espasmo recorrió mi mente cuando aquel hombre hermoso se acercó a mí, y acarició mi piel. Me vi reflejada en los espejos de la habitación; mi marido me perseguía, pero Sergio no le dejaba atraparme. Albertina también se lo impedía con su *Biblia* . La boca de Sergio acariciaba mis pies, rodeaba las uñas con la lengua e hincaba los dientes en mi carne. Dejaba un reguero de saliva a lo largo de los muslos, y regueros de racimos, de nieve, de tabaco, de vapor de agua, de granos de arena, de páginas de libros donde escondía billetes de cincuenta euros. Miré hacia arriba y nuestros ojos se encontraron, y sentí como si unas agujas penetraran en mi piel. Era lo que estaba esperando, el momento de apostar por mí, sólo por mí, resolución de ser feliz, vuelvo a tomar esa resolución… , para que estalle mi cabeza como un carrusel de fuegos artificiales, ubu rey, nuevas drogas, la primera muerte por sobredosis, morfina, el club de los hachischiens, hachís cocido con mantequilla y opio diluido en café, y Aldous Huxley que se pasa por la librería a saludar a Daniel Barrios. En brazos de Sergio me sentía como Molly Bloom recitando su monólogo, convertida en el tipo que se parecía a Jesucristo. Sergio me miraba y sonreía, y yo me dejaba desear, hasta que comprendí que era yo la que tenía que reaccionar. Nunca deberíamos ser sólo los límites de nuestro lenguaje. Ahí estaba el calor de todos los infiernos, el relato de todas las aventuras, el mapa con todas las explicaciones, y así el mundo podía conocer la historia del tesoro de Daniel Barrios. La isla siempre había estado allí, pero nadie era capaz de verla, porque era la isla de los dioses. Toda la sangre formando un río. Las lágrimas se desplomaban por mi cara e iban a parar a la suya.

Sergio y yo volvíamos a pisar la arena blanca de la playa y llegábamos a la laguna. Ninguno estaba dispuesto a descansar. Sólo bebimos agua un par de veces. Por fin nos detuvimos a comer en la zona desértica; Sergio casi no podía masticar, se tragaba los alimentos con prisa. El sudor caía lentamente por nuestros corazones. Llegamos a las montañas que había visto Daniel, y al valle de las amanitas muscarias, y allí encontramos el cuerpo de Lukas Brücke atravesado por una bala. El cadáver no estaba carbonizado, todo lo contrario, incluso parecía satisfecho. Era como el juego del Wari, dije yo. Al llegar a lo más alto, vimos el mar, y una meseta regada por un río. En el río se juntaban cuatro afluentes, y a un lado se distinguía un árbol enorme. Sus hojas estaban cargadas de hojas centelleantes; eran los reflejos de las joyas y monedas de oro de un cofre abierto a nuestros pies. Sergio abrió los ojos y me miró con cariño, y me dio las gracias. Yo le abracé con todas mis fuerzas, y rompí a llorar como una adolescente; a él también se le saltaron las lágrimas. Nos tumbamos abrazados, y nos tapamos con la sábana. Y fue entonces cuando Sergio me dijo que habían estado a punto de matarle en una mezquita de Irán. Justo Sotelo se había empeñado en visitarla, pese a estar prohibido para los occidentales. Se pusieron ropas de la gente del lugar, incluyendo la bufanda que servía para cubrirles la cabeza, y durante unos minutos se detuvieron frente a la qibia, el mihrab y las fuentes de ablución, hasta que un militar que paseaba por allí con su familia les dijo que lo acompañaran a otra sala, y luego les pidió la documentación. Sergio lo entretuvo hablando de la revuelta de finales de los setenta, y Sotelo aprovechó para dirigirse nervioso hacia la salida con el móvil en la mano. Cuando se quedaron solos el militar sacó su arma y apuntó a Sergio a la sien. Durante unos segundos creyó que iba a morir, y se le pasaron un sinfín de cosas por la cabeza, empezando por el suicidio de su madre, hasta que una de las hijas del militar, de poco más de diez años, entró en la sala, tiró de la ropa a su padre y comenzó a llorar desconsolada. El sujeto se guardó el arma, y cogió a su hija en brazos antes de pedir perdón a Sergio. No sabía qué le había ocurrido, le dijo en un inglés perfecto, pero había perdido la cabeza sin ningún motivo. Mientras salía de la mezquita y marcaba el número de

teléfono de Sotelo, Sergio pensó que el llanto de un hijo podía ser más elocuente que todas las palabras del mundo.

Madrid, Puerto de la Cruz y La Adrada
Agosto 2008 - diciembre 2011



El vendedor de mariposas

Bazán, Óscar

9788494260704

298 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Adriano Jacquier nunca imaginó que llegaría a trabajar en una oficina semejante. Guiado por Juan, su extraño amigo con disfraz de

personaje de cine negro, acepta uno de los dos puestos libres ofertados por la sucursal de Valladolid. Su profesión es simple: vender. Junto al misterio del producto que ofrece, se entrelazan las sombras y la luz, la muerte y la vida, confeccionando una tela de araña en la que los protagonistas se mueven por caminos prefijados por intereses ancestrales. Con el tono y ritmo de un thriller sobrecogedor, la trama sigue los viajes de Adriano por diferentes partes del mundo, en donde coincide con una brumosa mujer que afirma ser la dueña de su vida, y cuyo resplandor pronto se cierne en las tinieblas ¿A qué se dedica el vendedor de mariposas? Tal vez ni el propio Adriano podría responder a tal pregunta, pero la invitación queda abierta para quien quiera intentar dar con su solución en el claroscuro de las páginas que habita. "El vendedor de mariposas" fue seleccionada finalista en la 68 edición del premio Nadal.



Las lágrimas necesarias

Rupérez, Ángel
9788494522130
171 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En estos 16 relatos, con resonancias que van de Horacio Quiroga a Raymond Carver, pasando por Henry James y Scott Fitzgerald, sin

olvidar a Hemingway, Isaak Bábel, Unamuno y Bécquer, se abordan diferentes temáticas: la degradación autodestructiva de algunos jóvenes en los 70, la cruel separación durante la guerra civil entre Antonio Machado y su hermano Manuel, el destrozo que provoca la enfermedad de Altzheimer, Schubert en Viena asistiendo al entierro de la joven que sugiere su composición La muerte y la doncella, Miles Davis en Nueva York grabando su disco inmortal Kind of Blue, Patrick Modiano en París y en Madrid buscándose a sí mismo, Gil de Biedma evocado en su casa familiar de Nava de la Asunción, la nostalgia que mueve extrañas montañas de afectos periclitados, la venganza que persigue sombras esfumadas, la narrativa que remueve oscuros laberintos, la guerra lejana que se infiltra fantasmagóricamente en el presente de un personaje, la muerte que no se sabe si es o no es. Temas todos ellos sujetos al dato irreversible de la precariedad de la vida humana, sometida al inapelable límite de la muerte que, con frecuencia, sustenta, explícita o implícitamente, la arquitectura y el sentido de estos relatos.



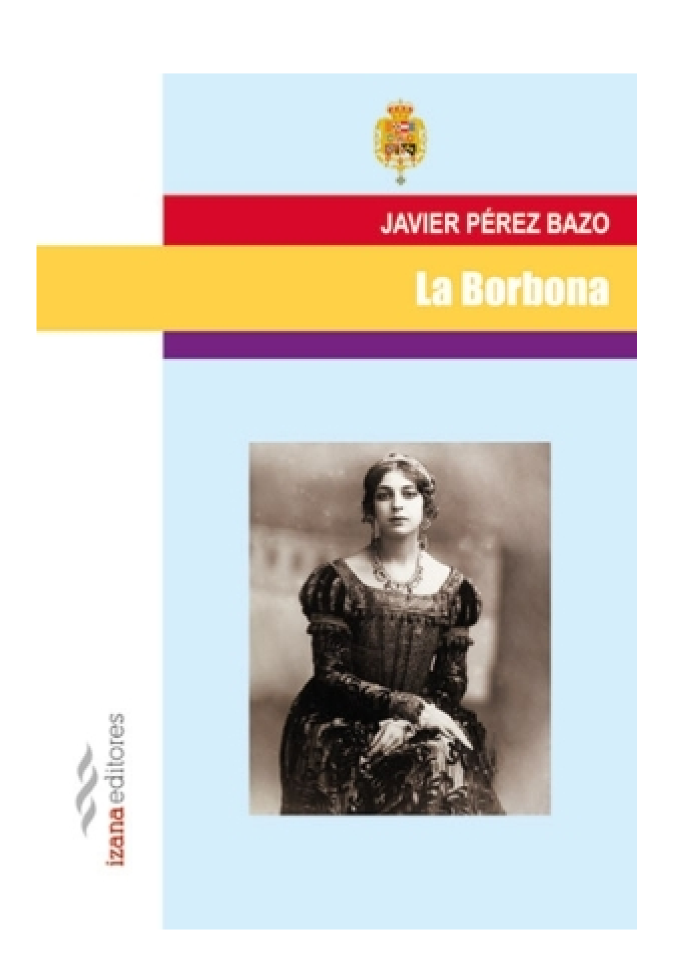
Vidas de tinta

Pascual, Moisés
9788494260773
284 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En Espejos de humo el «patasendero» Candines, «que solo quería saber el paradero de su padre, apuró tanto la vida solo para ver si lo

encontraba». También en esta Soledad, hecha de vidas de tinta y así no siempre es fácil decidir «dónde está la verdad y dónde la fábula», subyace la orfandad y el rastreo del padre perdido, como en las mejores historias de Stevenson. Y en ese cambiar de cielo que es todo viaje, sea de huida o de búsqueda, bajo el horizonte cargado de presagios de un hexámetro horaciano, «la vida nos trae y lleva como a reata de ciegos», según dice un personaje de la trama. Moisés Pascual Pozas, que había escrito Las voces de Candama y Espejos de humo en un recio, poderoso castellano, vibrante por el sonido sin concesiones de su prosa, la enriquece aquí con los registros y los lenguajes de allende y aquende el océano, en una aventura bien trabada y orquestada, en que las palabras pueden azotarte el rostro como esa «agua enojada y bien esquiva que llaman aguacero». Pero en esa vida, que «reparte caricias y mazazos de manera ciega», aparece el amor en la primavera del otoño, y toca al lector decidir dónde se halla la dudosa línea fronteriza entre «la impostura y la verdad, lo vivido y lo inventado».



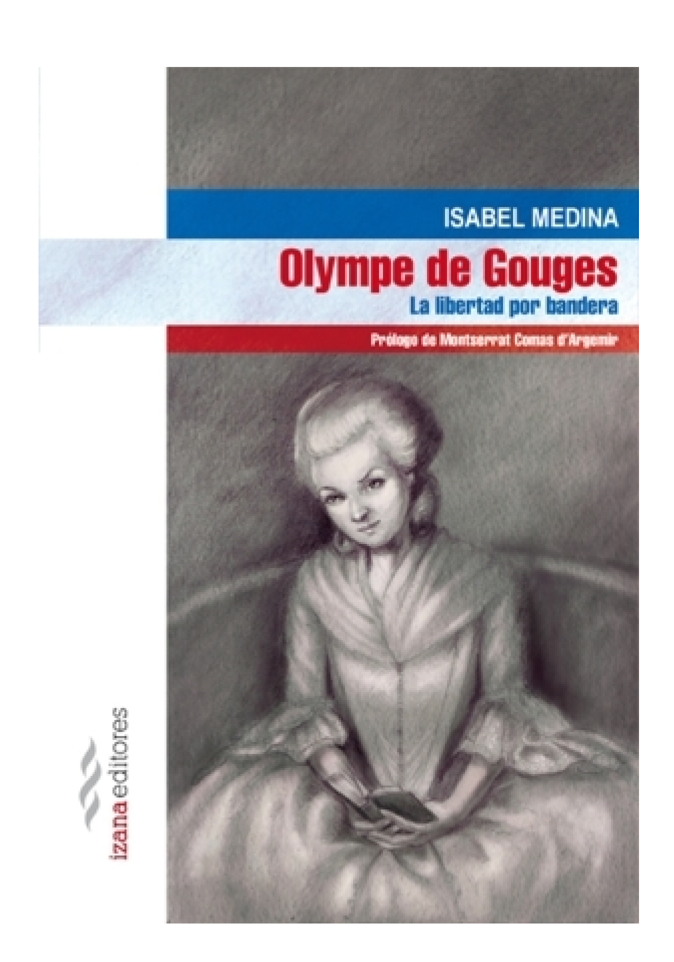
La Borbona

Pérez Bazo, Javier
9788494522123
434 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

He aquí la novela que corrige las versiones bastardas de la historia de La Moragas (1896-1936), actriz destacada del teatro español del

primer tercio del siglo pasado. Javier Pérez Bazo restituye la verdad de quien, después de un brevísimo matrimonio con el célebre torero mexicano Rodolfo Gaona, mereció los favores de Alfonso XIII al despuntar los años veinte, convirtiéndose en su consejera política y madre de dos bastardos nunca por él reconocidos. Retirada de los escenarios y aún por nacer el segundo, Leandro Ruiz Moragas, la actriz decidió abrir su alcoba al escritor y crítico teatral Juan Chabás, crear con él una compañía, y mudar sus afanes monárquicos por el fervor republicano.



Olympe de Gouges

Medina, Isabel
9788494522109
468 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta novela es una biografía histórica novelada que recrea la vida de OLYMPE DE GOUGES, una revolucionaria francesa que escribió

la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, por lo que se consideraría hoy, precursora del feminismo y que fue, además, una extraordinaria humanista que estaba a favor de los derechos de los negros, que se atrevería a representar en una obra de teatro, en la Comédie Française, se manifiesta contra la pena de muerte y sensible a los estragos de la pobreza propone una ayuda social. Mediante una narración que alterna la primera persona, el diálogo y la recreación indirecta, Isabel Medina construye la increíble biografía de esta excepcional mujer. Olympe de Gouges, que había llegado a París, con 20 años y viuda con un hijo, que no fue una intelectual al uso, pero que con su compromiso, alumbró El Siglo de las Luces. Su actitud en defensa de la justicia en la época en que la guillotina se había convertido en el primer ministro de Francia, la llevaría al cadalso el día 3 de noviembre de 1793. Esta novela fue publicada en París, en junio-2015, por la editorial L ´Harmattan, y según sus propios traductores Jean-Marie Flores y Marie-Claire Durán, Isabel Medina ha escrito una novela netamente francesa o netamente europea.